

3 1761 06743459 7
PQ
6523
G53A17
18--





OBRAS DE ENRIQUE GIL.

IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO
Calle del Rubio, núm. 25.



OBRAS

DE

ENRIQUE GIL

y Carrasco

AHORA POR PRIMERA VEZ REUNIDAS EN COLECCION

I

POESÍAS LÍRICAS

MADRID

CASA EDITORIAL DE MEDINA Y NAVARRO

Calle del Rubio, núm. 25

DOS PALABRAS.

Poeta lírico de intensa ternura, de apacible y melancólico idealismo y de suavidad incomparable, siquier alguna vez adolezca de difuso ó de incorrecto; novelista que descuella entre los que con mayor fortuna han seguido en España las huellas del inmortal Walter Scott; crítico de juicio penetrante, ámplio y seguro, y pintor tan galano como discreto y exacto de *impresiones de viajes*, monumentos, tipos provinciales y escenas de costumbres, fué Enrique Gil uno de los astros más brillantes que desde 1837 hasta 1845 resplandecieron en los horizontes de la patria literatura. Y tan luminoso rastro dejó en pos de sí, que á pesar del tiempo trascurrido y de las trascendentales revoluciones acaecidas en el modo de ser moral y político de nuestra nacion, á que han sido consiguientes otras no ménos profundas en el gusto del público, todavía hoy conserva alto

prestigio entre cuantos á las bellas letras rinden culto; prueba inequívoca de que sus producciones encierran no escasos quilates de mérito real y positivo, independiente de los pasajeros caprichos de la moda, que á tantas medianías suele encumbrar al pináculo de la fama, para dejarlas caer luego en la sima del descrédito, y, en breve plazo, del olvido.

Hános parecido, por tanto, tarea digna y honrosa la de reunir en coleccion los varios é interesantes escritos de aquel malogrado ingenio, salvándolos así del peligro de desaparecer para siempre, á que por lo efímero de casi todas las publicaciones donde salieron á luz, se hallaban tan expuestos, y facilitando juntamente su lectura á los amantes de lo bueno y de lo bello. Ya ántes de ahora hubo quien concibiese tal idea. Sabemos que Pastor Diaz fué excitado alguna vez á ponerla por obra. Móviles muy poderosos para inducirle á ello eran el patriotismo, el interes literario y la buena memoria de Enrique Gil, con quien tan estrecho cariño le unia; pero los cuidados de la política por una parte, y por otra la dificultad de allegar los numerosos periódicos en que dichas obras quedaron desparramadas, impidiéronle realizar empresa tan grata á su corazon de amigo, de español y de literato. Nosotros, más desasidos de los negocios públicos, y sin poder competir con el ilustre publicista sino en el buen deseo, la hemos acometido arrostrando no pequeños obstácu-

los, en la confianza de hacer una cosa, aunque imperfecta, meritoria. Dímonos, pues, á recorrer y examinar raras colecciones de los diarios y revistas de que fué redactor ó colaborador Enrique Gil; y no sin fortuna, pues creemos que pocos frutos de su privilegiado ingenio se habrán escapado á nuestras diligentes pesquisas. En cuanto á las poesías—que ocupan este primer volúmen—pecaríamos de ingratos y poco sinceros si callásemos que nos ha evitado no corto trabajo el Sr. D. Joaquin del Pino, hermano político de nuestro autor, proporcionándonoslas por mediacion del Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto, amigo cariñoso de Enrique Gil, y propicio siempre á cuanto puede redundar en beneficio de la pública ilustracion y del buen nombre de la patria.

Pensábamos en un principio encabezar esta coleccion con un detenido exámen crítico de las obras que ha de contener; mas la falta de salud, el deseo de no dilatar la publicacion del presente tomo y, sobre todo, la consideracion de que semejante trabajo podrá hacerse al fin con mayor copia de datos y seguridad del acierto, nos han inducido á dejarle para *epílogo*, en vez de ponerle como *prólogo*. En cambio hallará el lector á continuacion (y no tememos afirmar que con placer sumo) la biografía del autor, escrita por su hermano D. Eugenio y por nosotros adicionada mediante algunas notas, tres poesías del mismo,

consagradas á su recuerdo, otra en octavas reales del Sr. D. Fernando de la Vera é Isla, y, por último, una epístola del Sr. D. Eulogio Florentino Sanz, dedicada á conmemorar el dia en que falleció el simpático y tiernísimo cantor de *La violeta*.

G. Laverde.

UN ENSUEÑO.—BIOGRAFÍA. [a]

Si el sueño es un reflejo de la muerte, ¿cómo dudar que algo debe haber más allá de la tumba, cuando tambien durmiendo sentimos, gozamos y sufrimos?

I.

El 9 de Mayo de 1848, una cruel pesadumbre rompió el más fuerte de los lazos que por entónces me ligaban á la vida. Como en las cinco ó seis noches que precedieron á mi desgracia, apenas se habian cerrado mis párpados un solo instante,

---

(a) Este ingenioso escrito, con las tres poesías que siguen, fué impreso en Leon por la viuda é hijos de Miñon, en 1855, en un folleto de 26 páginas, en 4.° Las notas señaladas con letras, son del colector; del autor de la biografía, las restantes. Quizá se repare en la forma algo hiperbólica y extraña de ésta; pero las buenas dotes literarias que denota, el interes que le da la circunstancia de ser obra de una persona tan allegada al autor, y la consideracion de que tratándose de un poeta romántico, no deja de tener sus razones de congruencia el presentar el relato de su vida en forma romántica, creemos que basten para justificar su reimpresion en el lugar que aquí le damos.

el insomnio y el dolor de una pérdida que yo creia irreparable, me produjeron uno de esos accesos de fiebre, bajo cuya influencia el pensamiento recorre los espacios del delirio, á la manera de una leve pluma arrebatada por un huracan impetuoso.

Horribles pesadillas me asaltaron. Creíme lanzado á los aires por una mano invisible y poderosa, formando séquito fúnebre en torno mio grupos de fantásticas figuras con pálidos semblantes bañados en lágrimas, que una tras otra venian á sacudir sobre mi frente, cayendo en ella como plomo derretido. Las fibras de mi cerebro, ya excitadas por la calentura, latian aceleradamente con estremecimientos convulsivos, ora contrayéndose como las cuerdas de un arpa á la accion del fuego, ora dilatándose cual si fueran á romperse, y ambas transiciones me causaban dolores tan intensos, que sin perder la razon ó la existencia no siempre podrian soportarse.

Por un supremo esfuerzo de mi delirante imaginacion, tal vez debido á la misma intensidad del sufrimiento, logré adelantarme hasta perder de vista los fantasmas que ántes me asediaban, aturdiéndome con espantosos alaridos. El cielo, que habia aparecido sobre mi cabeza cubierto de lóbregas nubes, pesadas para ella como enormes montañas, fué recobrando de pronto toda la pureza de su éter y ostentando en profusion infinita sus brillantes luminarias. Era aquello un océano sin fin de azul y fuego, y ¡cosa extraña! á pesar del vivísimo resplandor de las estrellas, cuyos discos se habian más que centuplicado á mis ojos, fijábanse en ellas ávidos de luz, como pudiera clavar los suyos en el faro de cercano puerto un marinero próximo al naufragio.

Así seguí en mi delirio hendiendo rápido el espacio, no sé por cuanto tiempo; recuerdo solamente que si alguna vez descendia mi mirada há-

cia la tierra, se me presentaba como un pequeño punto negro, formando rudo contraste con los infinitos mundos iluminados que sobre mi frente giraban. ¡Extasis delicioso despues de la pasada agonía! ¡Extasis que súbito interrumpió una voz venida de las alturas, mandándome bajar de nuevo á la oscura mansion que habia abandonado!

II.

Héme aquí por encanto de mi ensueño en el cementerio de la parroquia católica de Berlin, llamada santa Eduvígis. Héme aquí arrodillado ante un modesto, pero elegante sepulcro, rodeado de flores, y ostentando una cruz de hierro con los extremos dorados y en su bajorelieve un ángel en actitud llorosa. ¿Qué restos inanimados encierra esa tumba cuya propiedad está asegurada por cien años? ¿Qué mano generosa levantó en ella el signo de nuestra redencion y plantó esas flores? (1) Leamos.

Á DON ENRIQUE GIL Y CARRASCO
FALLECIDO EN BERLIN
EL 22 DE FEBRERO DE 1846,
SU AMIGO
JOSÉ DE URBISTONDO.

Ahogada con los sollozos, barbotaba mi garganta estas palabras, al paso que dos hilos de

(1) El conocido escritor D. Fernando de la Vera completó la obra de amistad del Sr. Urbistondo, hallándose de secretario de la legacion de España en aquella capital. La familia de Enrique Gil bendice esos dos nombres y rinde aquí un público testimonio de gratitud hácia los señores conde de Adanero, Sierra Pambley, del Bosque y Álvarez Quiñones, que probaron ser generosos amigos de aquel infortunado jóven, áun despues de su muerte.

lágrimas caian sobre la funeraria losa. Una y mil veces estampé en ella mis labios; una y mil veces lancé á la soledad de que me veia rodeado tremendos gritos llamando al hermano que allí dormia el profundo sueño de la muerte; y Dios sin duda hubo de tener piedad, pues que de pronto un hondo suspiro respondió á mis ayes.

¡Era él! ¡Ay! ¿Qué digo? Sus hundidos ojos no reflejaban ya el azul de los cielos: lirios reemplazaban las rosas de otro tiempo, y en su dilatada frente, espejo en vida del alma más noble y generosa, leíase el triste epílogo de una historia escrita con lágrimas sobre su corazon, en que aún seguia fija la descarnada mano *como se le encontró despues de muerto!*

Quise, loco de dolor, precipitarme en sus brazos; pero un ademan de silencio me contuvo enclavado al pié de la cruz, y con voz solemne y triste me dijo:

—¡Cielo santo! ¡Qué desesperacion, qué gritos tan desgarradores turban el reposo de los muertos! Y ¿eres tú, hermano, quien los exhala: tú, que al descender de esa resplandeciente bóveda, debias comprender que el que sobre ella fija su planta no puede ser llorado?

—Bien sé, le respondí, que la vida de los ángeles gozabas, cuando con las manos en cruz, los ojos yertos, cadáver te trajeron á este sepulcro: bien sé que en el mundo eras un peregrino fatigado, un moribundo cisne sin lagos en él donde posar tu vuelo; y sin embargo, corren mis lágrimas al ver que tus restos descansan en tierra extraña; al ver la soledad en que los tuyos hemos quedado con perderte; al ver destruidas la fe del corazon, sus esperanzas más dulces y la ventura de nuestra madre.

—Óyeme, pues; que no en balde permite Dios que el espíritu torne otra vez á su antigua cár-

cel. Hablaré contigo y calmaré tu pena; pero ántes verás en sus principales fases mi tránsito por este enlutado valle que tú vas atravesando para llegar pronto tambien á sus confines. Hé aquí este cristal de una óptica santa, misteriosa, que el Señor te entrega por mi mano ¡pobre alma enferma! Mira por él y dime lo que á tus ojos vaya presentándose.

III.

—Estoy viendo una poblacion, situada casi en los confines occidentales de la provincia de Leon. Es Villafranca del Vierzo, y en el templo de santa Catalina imprimen ahora en la frente de un hermoso niño el primer sacramento de nuestra religion. Ha nacido dos dias ántes, el 15 de Julio de 1815 y su nombre es el tuyo (*b*).

—Prosigue.

—Nueve años han pasado, y en este momento te veo en Ponferrada (*c*), á las márgenes del Sil, arrojando ramos de madreselva en su corriente. Nuestros padres vienen á tu encuentro con la sonrisa en los labios, y tú, loco de alegría, corres á sus brazos. ¡Qué cuadro de felicidad tan seductora! ¡Cuán en armonía con el sublime panorama que Dios desenvuelve ante mi vista! Nubes de púrpura y nacar extienden un velo vaporoso sobre el sol de occidente: en imponentes masas se elevan los torreones y murallas del castillo del *Temple*, donde profesó tu *Señor de Bembibre: el rio de las ondas claras y las arenas de oro* se desliza en sonoro curso lamiendo la áspera falda, sobre cuya cresta tiene sus cimientos la ruinosa for-

(*b*) Fueron sus padres D. Juan Gil y doña Manuela Carrasco, de honrado linaje y medianamente acomodados de bienes de fortuna.

(*c*) Allí comenzó y acabó sus estudios de latinidad con los Padres Agustinos.

taleza: los verdes almendros mecidos por la brisa, las colinas de viñedo coronadas, los montes Pajariel y Castro, gigantes y silenciosos centinelas de la villa, las tres riberas de frondosas huertas plantadas de frutales en que multitud de ruiseñores interrumpen el silencio de las noches de Mayo y Junio con sus inimitables cantos; y en último término, la cordillera de montañas que circundan el Vierzo; todo esto veo. ¡Oh, gracias, hermano mio; que tambien en ese delicioso verjel se arrulló mi infancia despues que la tuya!

—¿Cómo no aparecer alfombrado de azucenas el camino que me ves ir siguiendo? Pero ¡bramará la tempestad, las lágrimas caerán sobre las tristes flores, y heridas de muerte quedarán!... Continúa, hermano.

—El crepúsculo de la niñez te envuelve entre sus sombras. ¿Dónde estás? ¡Ah! ya acierto: en el pórtico del silencioso monasterio de Espinareda (*d*). Los religiosos benedictinos mezclados con los novicios y colegiales se agrupan en torno tuyo. ¡Cómo te abrazan! ¡Cómo lloran contigo al despedirte! No te aflijas, hermano, que ese culto de cariño que abandonas, tendrás en todas partes.

La sombría ciudad de Astorga va pasando por esta óptica con su antigua catedral, bajo cuyas bóvedas nuestras oraciones de la niñez se elevaron al cielo algunas veces. Tambien te veo en su seminario con la beca y ropon de colegial. La escena cambia, pues en este momento paseas por los claustros de la universidad de Valladolid (*e*);

(*d*) En este monasterio estuvo de alumno interno y principió los estudios de filosofía que terminó dos años despues (1831) en el seminario conciliar de Astorga.

(*e*) En esta universidad empezó la carrera de leyes; pero desgracias imprevistas pusieron repetidos estorbos á la prosecucion de sus estudios, al paso que disminuyeron considerablemente las facultades de su familia. Por fin, los terminó en Madrid, recibiéndose de abogado en 1839.

pero ¡ay hermano mio! ó este cristal se empaña, ó la tempestad de que ántes hablabas ha descargado ya, segun es melancólica la nube que oscurece tu frente.

¡Lo último era verdad! Has llegado á Madrid; pero ¡cuán solo, cuán triste y desconocido! Quince meses de nuevas angustias, despues de seis años de lágrimas, han desarrollado en tu generoso, impresionable corazon, el gérmen de la melancolía que será hasta la muerte el distintivo de tu carácter pensador y profundo. Si Dios no te envia *una gota de rocío*, ¿qué será de ti, pobre lirio de veintiun años?

¡El milagro se ha obrado! *La Gota de rocío* (*f*) ha caido del cielo para cambiar la oscura faz de tu vida! Es el primer canto de un jóven ruiseñor, fresco como las hojas que cubren su nido, dulce como el susurro de la fuente en que su sed apaga: es el símbolo misterioso de tu existencia, el prólogo de un poema de amor.

Veo en tu redor multitud de personas notables que te felicitan como poeta de esperanzas. ¡Con qué gratitud fijas tu mirada en Espronceda, que *te sacó de las tinieblas del desierto!* ¡Con qué cariño en Pino y Ulloa, esos dos tiernos amigos que tantas veces mitigaron tus pesares!

¿Por qué has vuelto á los campos de tu niñez, pobre ruiseñor del Vierzo? ¿Será que el hijo va á despedirse para siempre de su madre? ¡Ay! El ángel de la muerte ha debido darte el primer aviso, porque en tu rostro distingo la profunda y re-

---

(*f*) Alude á la poesia de este título, inserta en *El Español* del 17 de Diciembre de 1837, por la cual Enrique Gil empezó á ser conocido y apreciado en los circulos literarios. Sucesivamente dió á luz en el *Semanario pintoresco*, *El Piloto*, *La Legalidad*, *El Liceo*, *El Entreacto*, *El Iris*, y principalmente en *El Correo nacional*, casi todas las que forman la presente coleccion. Escribió tambien gran número de artículos de crítica literaria, costumbres, viajes, etc., en *El Correo nacional*, *Semanario pintoresco*, *El Pensamiento*, *El Laberinto* y *El Sol*.

ciente huella de una enfermedad gravísima; pero las auras del otoño reaniman tu sangre; la primavera de 1840 completa la obra, y tres años más tarde brotará de tu pluma *El Señor de Bembibre* (*g*); ¡noble y melancólica figura sobre un fondo de lágrimas que un ángel va derramando en su corta peregrinacion!

¡Cuán rudo golpe descarga ahora sobre tu corazon la suerte! Espronceda acaba de morir! (*h*) Las tumbas del cementerio de San Sebastian repiten en apagados ecos los ayes de tu pecho desgarrado. *El águila hermosa* remontó su vuelo para esperarte más alta que el sol: ¿cuánto tiempo te aguardará?

Hemos llegado al 20 de Mayo de 1844. En la rada de Barcelona veo el *Fenicio*, elegante vapor frances de la carrera del Mediterráneo, pronto á hacerse á la mar para Marsella. Sobre cubierta te diviso en un religioso y profundo arrobamiento, clavados los ojos en aquella poblacion, la última que miras de tu patria. ¡Ay! ¿Adónde vas, hermano mio? Vuelve á esa playa que abandonas. Mira que ese buque es para ti la barca de la Laguna Estigia: mira que los hielos del Norte dejarán frio tu corazon ántes que pasen dos años! Oye, en nombre de Dios, la voz de tus amigos que te disuaden de tan funesto viaje! Noble es la mision que llevas á Alemania (1); pero ¡ay! la muerte

---

(*g*) Esta interesante novela fué publicada por Mellado en la *Biblioteca popular*.

(*h*) El dia 23 de Mayo de 1842. Se alude á la elegía que va al fin de este volúmen.

(1) Las instrucciones que recibió del ministerio de Estado le prevenian que en su viaje por los diferentes reinos que formaron parte del antiguo *Cuerpo germánico*, fuesen objeto de sus investigaciones y estudio.

1.° El estado político de cada país, sus relaciones con los demas de la *Confederacion* y potencias extrañas, poblacion, rentas y fuerzas militares.

2.° Leyes que constituian la organizacion general, provincial y municipal.

se interpondrá en tu camino y entónces ¿qué será de tu anciana madre y de sus hijos? ¡Inútil suplicar! ¡Escrito está que el sol que en Weimar la tumba de Schiller ilumina, ha de alumbrar en Berlin la tuya!

Como arrebatadas por un furioso torbellino pasan ante mi vista las ciudades que tú vas recor-

---

3.° Estadística.

4.° Instruccion primaria, secundaria y superior, y establecimientos científicos y literarios.

5.° Agricultura, sus adelantos y situacion.

6.° Cría de ganado vacuno, caballar, lanar y casas de monta y cruzamiento de razas para los diversos servicios á que se destinan los caballos en Alemania: carneros merinos en Sajonia procedentes de España, y mejora de sus lanas.

7.° Exámen de la industria en los ramos principales á que se dedican los habitantes, primeras materias, máquinas y grandes establecimientos manufactureros.

8.° Comercio de importacion y exportacion: artículos principales en uno y otro, consumos del pais, productos de nuestro suelo ó industria que tuviesen demanda, ó que ofrecieran útil despacho y medios adecuados para introducir su uso.

9.° Organizacion del Zollwerein ó *liga telónica* de Alemania, estados que se hubiesen adherido á la union aduanera, idea de las ventajas y perjuicios que ocasionase, y relaciones útiles que la España pudiera establecer con el Zollwerein.

10. Navegacion de los Estados alemanes, situados á orillas de los mares del Norte y Báltico, noticia circunstanciada de la de las ciudades anseáticas, y comunicaciones fluviales en el centro de Alemania.

11. Líneas de caminos de hierro.

Tal era en resúmen la vasta comision que el Gobierno confiaba á su proverbial aplicacion y reconocido talento, aparte de las instrucciones reservadas que respecto á política pudiera haberle dado, atendida la incomunicacion diplomática en que por entónces se hallaban las dos Córtes.

Para la formacion de un cuadro de tan colosales proporciones, indispensable era prepararse convenientemente, no sólo adquiriendo un completo conocimiento del idioma aleman, sino tambien relaciones con los altos funcionarios á quienes necesariamente tendria que recurrir en demanda de datos. El primer escollo logró dominarlo con el no interrumpido estudio de seis horas diarias en los pocos meses que su salud se lo permitió; y respecto al segundo, en el ministerio de Estado debe constar por sus comunicaciones oficiales hasta qué punto supo con exquisito tacto y mejor fortuna relacionarse con los altos empleados de la administracion prusiana en todos sus ramos.

La muerte vino á sorprenderle ántes de concluir sus trabajos sobre el Zollwerein, escritos en francés: asunto á que por su gran interes creyó deber dar la preferencia.

riendo con la de un viajero observador y profundo, cuanto lo permite el apresuramiento de tu marcha. Francia, Bélgica, Holanda, las orillas del Rhin y parte de Alemania me presentan sus más notables poblaciones... ¡Dios de misericordia! ¡Hé aquí el término de tu viaje, pobre peregrino! Ya has llegado á Berlin.

Extranjero, pero confiando en la Providencia y en tus propias fuerzas, entras en esa gran capital donde nadie te conoce, el 24 de Setiembre. A los pocos dias, sin embargo, tu nombre se pronunciará en todos los círculos distinguidos, porque ese venerable anciano que ahora estrecha tu mano entre las suyas, el famoso baron de Humboldt será para ti un segundo padre. El marqués de Dalmacia, embajador de Francia y el conde de Montessny su secretario, pronto tu íntimo amigo, te prodigan distinciones, y á su ejemplo los demas individuos del cuerpo diplomático. Ya ha cesado de todo punto tu soledad, pues en este momento un consejero íntimo del rey Federico Guillermo viene á invitarte oficialmente para el festin régio con que S. M. solemniza la exposicion de las artes é industria que se verifica en la capital de su monarquía.

Son las dos de la tarde del 6 de Octubre. En un convoy especial del camino de hierro de Potsdam veo ir entrando, mezclados con extranjeros de distincion, los hombres más notables de la Prusia, por su cuna, por sus riquezas, por su talento en las artes y en las ciencias. Al llegar á Potsdam recibe á la comitiva otro convoy de sesenta carruajes, tirados por soberbios caballos, que en doble fila arrancan hácia el parque y bosques de Sans-Soucí. Lo pausado y silencioso del movimiento por las calles enarenadas, los trajes de los convidados, todos de negro y con corbatas blancas, realzan la originalidad del cuadro

en medio de esos sitios sembrados de magníficos lagos, de hermosas quintas, de fuentes, collados y admirables arboledas, que convierten esa Real mansion en la más *real* que la imaginacion puede crearse. Despues de dos horas de marcha por largos rodeos y anochecido ya, el brillante séquito se detiene al frente del palacio de Sans-Soucí, que, iluminado interiormente con infinidad de arañas y candelabros, arroja bastante luz para verte bajar ahora de uno de los coches. Todo el mundo penetra en un vasto salon de la planta baja del alcázar, donde es servido el té con profusion de dulces y ramilletes de diversas clases. El Rey se presenta al lado de su augusta esposa, seguido de los príncipes, y juntos dan la vuelta á la sala, hallando para todos una sonrisa ó una palabra lisonjera: la fisonomía del Rey inteligente y benévola respira satisfaccion al verse objeto de veneracion y amor por parte de los concurrentes: la de la Reina, á pesar de sus padecimientos, tiene una expresion que la realza, y revela tesoros de angélica dulzura.

Despues de esta pausada vuelta, comienza la ópera cantada por la compañía de Berlin, que nada notable ofrece, sino los trajes de las damas de la córte, brillantes algunos por su riqueza y buen gusto. La Reina y la Princesa Real, que cautiva la atencion aún más por sus gracias que por sus adornos, ocupan el primer banco que el monarca les ha cedido con noble galantería, colocándose en el segundo. Ni un viva, ni una voz se oyen; pero cuando S. M. entra ó sale, todos los circunstantes se ponen en pié con el mayor respeto y en silencio profundo.

La concurrencia pasa al salon de la cena, donde la mesa del Rey y de la real familia ocupa el centro. Á ella son admitidas algunas personas, entre otras lord Pálmerston y su esposa: los de-

mas toman asiento indistintamente en las que se ven alrededor de la cámara. La cena concluye, y Federico Guillermo, la Reina, los Príncipes y Princesas con más despacio que la vez primera recorren nuevamente el numeroso cuadro de sus convidados, dirigiéndoles palabras de bondad. Los ministros del Interior y de la Guerra se acercan contigo al príncipe de Vitgensein, íntimo amigo del difunto monarca, para que te presente á S. M. en concepto de literato; pero no habiéndose ofrecido ocasion oportuna, se aplaza tan señalada honra para otro dia (1). El salon va quedando desierto, y los que hace un momento lo poblaban, regresan á Berlin despues de media noche en el mismo órden que de allí salieron.

Desnudos de verdor comienza á mostrar sus árboles el *Thiergarten* (2): marchitas las hojas se arrastran por el suelo á impulso de los vientos septentrionales que anuncian la llegada del invierno. A pesar de sus rigores y del profundo estudio á que consagras las horas, tu salud no se ha alterado todavía. ¿Permitirá la misericordia de Dios que la planta del Mediodía se aclimate entre las nieves del Septentrion? ¿Escuchará los ardientes votos que por tu existencia van derechos à su trono? Esta esperanza debiera alentar mi pecho, y sin embargo, ¿por qué me parecen tan tristes las galas de esa nueva primavera?

---

(1) La presentacion del autor de estas obras á las princesas de Prusia se verificó por el baron de Humboldt al poco tiempo, en un baile que dió el ministro de Negocios Extranjeros, baron de Bulow. La conversacion giró en los diez ó doce minutos de su duracion, sobre España, el clima de Berlin y el viaje del autor. Algunas noches despues, en otro concierto dado por el conde de Arnim, ministro del Interior, sus altezas reales se dignaron dirigirle la palabra algunas veces. Convidado á comer el dia de Reyes del siguiente año por el príncipe Cárlos de Prusia, llevó éste su bondad hasta el punto de convidar igualmente al marqués de Lucchesini como amigo del difunto Gil. En varias ocasiones obtuvo despues la misma honra.

(2) El parque de Berlin.

¿por qué los perfumes que deben exhalar esas flores que estoy viendo, no llegan hasta mí, ni los rayos de ese sol que las vivifica, penetran en las tinieblas de mi corazon? Las flores se agostan: las mieses de los campos van adquiriendo su color dorado y pronto caerán bajo la hoz del segador, como las generaciones de la tierra vienen cayendo una tras otra bajo la guadaña de la muerte.

....

....

¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! Ella te escoge ahora por blanco de sus tiros! Un torrente de sangre brota de tu pecho y enrojece tus descoloridos labios. ¡Qué horrible sepulcral silencio reina en ese aposento del dolor, interrumpido únicamente por tu respiracion anhelosa! Hé aquí el segundo aviso del ángel de los sepulcros, y de esta vez ¡ay de mí! no te salvarán las auras de la Silesia, adonde acabas de llegar con el gérmen de una enfermedad incurable. ¡Oh cuán pronto las profecias de tu corazon (1) se cambiarán en espantosa realidad!

Un segundo ataque, más terrible que el primero, te postra nuevamente moribundo. El doctor Welzel (2) tiene que dejar sin sangre tus venas

---

(1) Véase lo que decia en el artículo primero de su *Bosquejo de un viaje á una provincia del interior*, inserto en *El Sol*, correspondiente al 2 de Febrero de 1843:

«Tal vez el torbellino de la suerte nos arrojará á una playa extranjera »dentro de poco; tal vez la mano se helará cuando quiera coger de nuevo »la pluma. El tiempo y las cosas pasan como las hojas de los árboles, sin »que para ellos haya primavera vivificadora. ¡Extraña manía la del po- »bre entendimiento humano, que á toda costa quiere dejar estampada »su huella en la arena movediza de su camino!»

Ocho años ántes de su muerte ya habia simbolizado la alegoría del cisne en algunas de sus poesías.

(2) Hé aquí la traduccion de la última carta que con tal motivo escribió al íntimo amigo del enfermo.

«Al Sr. D. Joaquin del Pino, el doctor Cárlos Welzel, médico de los baños de Reinerz.

para prolongar algunos meses tu existencia. La voz de tu próximo fin se esparce por Reinerz, y multitud de personas desconocidas se agolpan á las puertas de tu casa para informarse de tu situacion con interes profundo. En Berlin, en Paris y más allá de los Pirineos, tus amigos te lloran por muerto, para cambiar su afliccion en alegría al saber al poco tiempo que aún existes, si existir se llama llegar á la capital de Prusia en el deplorable estado en que te veo. La enfermedad hace rápidos progresos, y el médico de cámara del príncipe Cárlos y el doctor Heim que te asisten con celoso esmero, reconocen la inutilidad de sus esfuerzos para salvarte. Tampoco para ti es un misterio ¡pobre hermano mio!, y no obstante, seis dias ántes de tu muerte escribes entre congojas profundas y con mano trémula á nuestra madre, ocultando la gravedad del mal é infundiéndola esperanzas que tú no abrigas. ¡Oh! ¡Hasta en el borde del sepulcro no se desmiente la sublime abnegacion de tu alma!... El valor abandona á la mia para continuar mirando por este enlutado cristal, segun se acerca la catástrofe. Deja que descanse, hermano mio, si no quieres verme morir á tus piés.

»Nuestro amigo Enrique Gil, de cuyo estado enteré á usted en mis cartas del 6 y del 15 de este mes, salió de aquí para Berlin el dia 18.

»¡Oh dolor! Una emotísis pertinaz que recorriendo las cavernas pulmolanes desarrolla y excita los tubérculos, siempre es un signo fatal y peligroso á la vida, áun cuando de una manera leve se reproduzca.

»Por esta y otras razones traté de impedir la salida del enfermo; pero temiendo el frio de nuestras montañas y llevado de su deseo de regresar á su otra patria (Berlin), no quiso permanecer aquí más tiempo.

»No en balde temo que fallezca en el viaje de otro ataque repentino, como sucede con frecuencia.

»Por lo demas, crónica ya su enfermedad y declarada tisis pulmonal sin duda alguna, es de todo punto incurable, y por consiguiente conviene ir preparando con prudencia á la madre del enfermo para su próxima muerte. ¡Quiera el cielo que al ménos pueda llegar á Berlin el desgraciado!—Reinerz, reino de Prusia, provincia de Silesia, á 20 de Setiembre de 1845.»

—Pues bien; yo concluiré por ti—respondió la sombra amada.—Contados son los momentos que puedo permanecer á tu lado, y quiero que apures hasta la última gota del cáliz, para que tu alma se eleve despues sobre los dolores que aún habrás de atravesar.

—Cúmplase tu voluntad, hermano mio.

—En la mañana del 21 de Febrero conocí que mis padecimientos tocaban á su término. Una terrible angustia me oprimia el pecho: los objetos todos, confusos é informes, se movian á mi rededor: en mis oidos resonaban incesantemente ecos de lúgubres campanas, y el cerebro trastornado con la próxima disolucion de mi sér, apenas podia coordinar una sola idea.

Aquella mañana vino como de costumbre á verme mi generoso amigo Urbistondo. Triste y en un silencio sepulcral pasó la hora que estuvo á mi cabecera: al marcharse estreché su mano como quien se despide para las desconocidas regiones de la muerte, y recuerdo que la convulsiva carcajada que entónces me arrancó el delirio, heló la sangre en el corazon del noble jóven.

Las últimas sombras de la tarde fueron invadiendo mi triste y solitaria habitacion, y los síntomas empezaron á declararse mortales en el más alto grado: á media noche hice entender por señas á mi leal From que rodase el lecho hasta el medio de la sala, pues cada vez me ahogaba más la falta de aire. ¡Dios mio! balbuceé: ¡bendita sea tu misericordia! Hé aquí los precursores de la agonía final; pero *si caro infirma, spiritus quidem promptus*. De repente el pensamiento, rompiendo las redes que le envolvian y recobrando su postrer destello, á la manera de una antorcha que ántes de apagarse despide más vivo resplandor, se lanzó hácia vosotros, ó más bien vinísteis á su llamamiento, porque en torno de mi lecho

de dolor se me figuró ver á nuestra madre contigo y sus tres hijas llorando de rodillas. Mis ojos estaban secos, pero el corazon tambien vertia lágrimas que se mezclaban á las vuestras; porque el alma, aunque ya en los umbrales de su patria, apegada todavía á las afecciones terrenales, sondeaba con inefable mirada el pasado y el porvenir de los séres sin ventura que venian á darme el último adios ¡Ay! ¡cuánto sufrí en aquellos momentos! ¿Qué iba á ser de la que me llevó en sus entrañas, muerto el hijo que tanto idolatraba? ¿Qué de aquellas criaturas huérfanas que compartian su desesperacion? Ví que la indigencia amenazaba inexorable sus breves dias, porque no hallarian compasion en sus semejantes, á pesar de haberse llamado amigos mios: ví la no lejana muerte de nuestra hermana mayor, mártir en su padecer, santa en su resignacion, cuya vida hubiera podido prolongarse á no haber carecido de los cuidados que, por mezquinos, desprecian los nombrados poderosos de la tierra: ví el abandono de todos por doquiera y las lágrimas diarias de vuestros ojos que en vano intentarian enjugar algunas manos generosas. La lucha era demasiado cruel para que pudiera sostenerse muchas horas: recogí, pues, mis fuerzas moribundas para enviaros un beso de amor á cada uno: llevé la mano al corazon y en aquel instante el alma dejó de ser su compañera (1).

Tú no podrias comprender, hermano mio, los goces del espíritu que desde el valle de las tinieblas y del llanto se lanza á las fuentes de luz, y de pronto se encuentra entre los escogidos del Señor, en medio de su gloria infinita, oyendo los himnos de amor y de ventura de los ángeles y recorriendo aquellos paraísos sin limites y embal-

(1) Eran las siete de la mañana del domingo 22 de Febrero de 1846.

samados con el aliento de Dios; pero al saber que yo soy uno de esos bienaventurados, ¿te atreverás todavía á exhalar una queja sacrílega? ¿Podrá justificar tus lágrimas mi ausencia? ¡Oh! Bien haces en caer de rodillas sobre esta tumba, que pronto volverá á encerrar el cuerpo en que te habla mi espíritu: bien haces en implorar el perdon del Criador y agradecerle que yo haya bajado á rasgar los velos de tu entendimiento. Acabas de ver el cuadro sinóptico de mi primera existencia: ¡arroyo miserable y de aguas turbias que corrió presuroso á hundirse en el gran mar de la eternidad! ¡Y esto es lo que vosotros llamais vida! ¡Reposar la cabeza en la almohada de la cuna, para dejarla caer en la del féretro despues de un sueño más ó ménos largo, pero siempre corto! Alza del suelo, hermano, y prosigue mirando hácia vuestro mundo: ¡vasto teatro decorado con las ruinas del paraíso, en que, desde la caida del primer hombre, la humanidad representa sus miserias y dolores, sus deleznables alegrías, sus crímenes nefandos! Ya no verás sobre su faz más que un cadáver y el desamparo de los tuyos; pero no olvides que la mano del Redentor ha grabado en la bóveda del cielo estas palabras: *Si tus hermanos te rechazan, ¿por qué lloras? Llegarás á mí purificado con tus sufrimientos y tuyo será el reino de mi Padre.* No olvides que las lágrimas de resignacion caen en las flores que *arriba* nos esperan, como en las flores de *aquí abajo* cae el rocío de los cielos. Y ahora continúa, que ya te escucho.

—Tu cadáver es en efecto lo primero que á mi vista se aparece: tu cadáver, que despues de tres dias conducen en este momento al cementerio católico en que nos hallamos. Varios coches del cuerpo diplomático y de algunas personas distinguidas siguen el convoy fúnebre, miéntras en la

casa mortuoria se hallan el baron de Humboldt, el mayordomo del príncipe Cárlos de Prusia, el banquero Mendelssohn y el ministro del Brasil. Las últimas lágrimas de tus amigos Urbistondo y D. Mateo Ballenilla, oficial de la república de Venezuela, caen sobre tu rostro helado. ¡Ay de mí! Tambien yo miro por la vez postrera esas facciones dulces, melancólicas, que nada se han alterado durante esos tres dias. ¡Oh desventura! ¿Qué queda en la tierra de tantas esperanzas, de tan rica juventud? ¡Un sepulcro á cuatrocientas leguas de tu cuna!

Un empleado civil del gobierno prusiano y el canciller de la Embajada de Francia han extendido el acta de tu fallecimiento, autorizándola como testigos Urbistondo y Ballenilla. Los sellos se ponen en seguida sobre todos tus efectos: ¡reliquias preciosas que los tuyos no llevarán nunca á sus labios, porque la Providencia ha decretado que el dolor sea completo! Dos mil setecientos cuarenta y un francos importan las deudas liquidadas por gastos de tu enfermedad, entierro, derechos de justicia (1) y otros varios, y como tus créditos no alcanzan á cubrirlas, *justo es que judicialmente se vendan en pública subasta y á precio ínfimo tus ropas, tus libros, los muebles de tu casa, para que el decoro del nombre español no padezca.* Pero ¡ay pobre hermano! Todo ello no alcanza aún para pagar á tus acreedores, y es preciso que á los *ocho* meses de tu muerte, el Embajador de

---

(1) En la liquidacion remitida por la Legacion de Francia al ministerio de Negocios Extranjeros figura una partida de 787 francos por gastos de justicia; efecto, sin duda, de la competencia suscitada entre aquella y el Tribunal prusiano, y de los procedimientos á que dió lugar el abandono en que se dejó la testamentaría de aquel jóven por espacio de ocho meses con sorpresa de sus numerosos amigos en aquella córte. ¡Fatal estrella la de algunas familias, que áun al través de las nieblas del sepulcro, sigue alumbrando sus pasos por los más ásperos senderos de la suerte!

España en Paris se obligue á hacerlo en nombre del gobierno, si no han de correr la misma suerte la medalla de oro que debiste al rey de Prusia y otras alhajas de corto valor. ¡Oh! ¡gracias, gracias, ministros de mi patria, por haberlas salvado del naufragio! Verdad es que llegará el dia en que haya necesidad de ofreceros esas mismas alhajas (1): los acreedores no hicieron más que mudar de nombre, y el tesoro de España, *para salir de sus apuros, reclamará los tres mil cuatrocientos doce reales que anticipó generosamente* (i); pero siquiera no volverán los extranjeros á admirarse con el espectáculo de una almoneda española, y áun cuando la desvalida anciana que más adelante se acercará á pediros una limosna, tuviera que desprenderse de aquellos recuerdos, no os maldeciria por eso. ¡Una madre tiene bastantes con los de su propio corazon!

IV.

¿Por qué da la vuelta este cristal por sí mismo, hermano mio? ¡Ah! ya comprendo: este lado representa sin duda el porvenir de tu familia. Más de cuatrocientas leguas me apartan de tu sepulcro apenas cerrado todavía, y con planta vacilante recorro de nuevo los sitios en que se meció tu cuna. Allí está la Aguiana, desde cuyo elevado pico tu vista de águila desentrañaba un tiempo las bellezas del país que domina: allí la fértil ribera de Bembibre, el lago de Carucedo con sus tranquilas aguas, el Sil con sus bulliciosas ondas y la gradería de frondosos sotos que

(1) Histórico.
(i) Amargas palabras de un alma lecerada por el dolor. El Ministerio de Estado no reclamó nunca el reintegro de aquella cantidad.

arrancan de Corullon hasta la cumbre del monte... ¡Oh cuán desolados y tristes debieron parecer á *María* los campos de Jerusalen despues que *Jesus* hubo dado su último suspiro en la cruz de redencion! ¡Tristes se fijan tambien los ojos de una madre en esos campos del Vierzo adonde me trasporta esta óptica del cielo!

¿Quién es esa anciana que de rodillas ante la imágen de la *Vírgen de los Dolores* está rezando el rosario de cada noche? ¿Por qué espira en la garganta su voz al querer articular un *Pater noster,* y á su acento, tembloroso por la emocion y los años, responden los ahogados sollozos de sus hijas arrodilladas á su lado? Es nuestra madre, Enrique, que reza por el descanso de tu alma; nuestras hermanas son, que lloran tu pérdida y su desamparo. Una de ellas, segun pronosticaste, irá pronto á reunírsete en los cielos; pero á las demas aún les reserva el Omnipotente largas horas de lágrimas y privaciones.

Hé ahí á esa misma anciana, que obligada por la imperiosa ley del vivir, se acerca por segunda vez con el corazon partido al Congreso de los diputados, diciendo: *Si de algo valen los méritos del hijo que me robó la muerte, dadme un pedazo de pan, porque yo soy pobre y no tengo á quien volver los ojos: hacedme el bien que yo hacia á mis semejantes cuando Dios me daba medios para ello.* Magníficos discursos se pronuncian á tu memoria, hermano mio. Oigamos á uno de tus amigos, de ardiente corazon y sublime inteligencia:

«Muy breves palabras voy á decir al Congreso. Unido con vínculos de cordial amistad al distinguido cuanto malogrado jóven D. Enrique Gil, y habiéndoseme hecho instancias para que apoye esta peticion, así en el Congreso como cerca del Gobierno de S. M., me levanto á abogar por una causa afortunadamente bastante

justa para no necesitar defensor. Segun deberá constar de un documento de que no se hace mérito en el dictámen, hace ya dos años que la desgraciada madre de D. Enrique Gil presentó al Congreso otra peticion igual á esta. Yo no tenia entónces el honor de ser diputado; pero recuerdo que fué calorosamente apoyada, y que esta idea fué acogida por la comision y por el Congreso con visibles muestras de simpatía. Ni podia ser de otra manera, señores. Todos los hombres que han pertenecido á la generacion literaria á que perteneció Enrique Gil, á esa generacion que tiene dignos y nobles representantes en este sitio, han pronunciado alguna vez aquel nombre con encomio y alabanza. Yo no haré su elogio: baste decir que, nombrado por el Gobierno para desempeñar una comision científica y literaria en Alemania, el rigor del clima y su constancia en el estudio le acarrearon una enfermedad que le condujo en breve tiempo al sepulcro, dejando en la orfandad á una madre anciana y pobre. ¿Y no es justo, señores, que á esta anciana le demos nosotros un pedazo del pan que ha perdido al perder á su hijo? Yo de mí sé decir que cuando se presenta un proyecto pidiendo una pension para la madre ó para la hija de un soldado que ha muerto en el campo de batalla, tengo una satisfaccion en votar ese proyecto. Ahora bien, los hombres de la ciencia son tambien una especie de milicia que da gloria á su patria. El Sr. Gil era un noble soldado de esa noble milicia de la inteligencia, y ha muerto sirviendo á su país. No insistiré más. Estoy seguro que si esta cuestion pudiera presentarse bajo su verdadera forma, el Congreso la votaria por unanimidad. Pero ya que esto no pueda ser, desearia que algun individuo de la comision se sirviera apoyar esta peticion en el mismo sentido que he tenido el honor de hacerlo.»

«Pocas veces (se le contesta) la Comision ha tenido que sujetarse al reglamento con más disgusto que en la ocasion presente. Trátase de una recompensa merecida á la madre de un jóven ilustre por sus talentos y por sus servicios, y la Comision, que no puede más que proponer resoluciones de puro trámite de las tres á que está limitada, ha adoptado la más satisfactoria, la que puede producir más resultado. El Congreso no puede entrar en actos de gobierno, ni conceder nada, si no viene por medio de un expediente promovido y sustanciado por el Gobierno. La Comision, pues, ha propuesto lo que creia más favorable, y siente mucho que el reglamento no le permita proponer algo sobre el fondo de la cuestion.»

«Igual peticion, señores, (añade otro de tus buenos amigos) fué hecha en la legislatura pasada, y los señores de aquellos bancos y de estos la apoyaron igualmente. D. Enrique Gil cuenta en unos y otros muchos apasionados. Era el apoyo y sosten de su familia: ella miraba en él su porvenir. El Gobierno le destinó de secretario de legacion á la córte de Berlin, y aquel clima no le convenia; sin embargo, aceptó el cargo honroso que se le conferia y en él sucumbió. ¿Negará el Ministerio la pension que su familia desolada reclama? Seguramente que no; pensiones tan justas honran á los Congresos que las piden y á los ministros que las otorgan.»

«El señor ministro de Estado (replica uno de los consejeros de la corona) no se halla presente por estar indispuesto: yo le trasmitiré los votos del Congreso, y no dudo que, acogiéndolos como deben ser acogidos, propondrá la resolucion conveniente.»

¡Oh sér bienaventurado! ¿Asoma á tus labios una sonrisa de amargura? ¿Conoces que esos

arranques de un entusiasmo generoso, esas hermosas frases darán por resultado, como en la vez primera otras no ménos bellas, una compasion estéril y pasajera? ¿Conoces que la promesa que acabamos de escuchar no pasará más allá del recinto en que se ha pronunciado y que en el camino de la caridad el hombre se cansa pronto? Pero ¡cuán injusto soy en quejarme de su abandono! Olvido que esa pension de gracia seria una usurpacion al Estado, harto pobre tambien para poder soportar tan inmenso sacrificio. ¿En qué méritos se fundaria por otra parte? Es cierto que tú, hermano mio, falleciste víctima de tu aplicacion y del rigoroso clima de Alemania; es cierto que tú preparaste en Berlin la opinion pública para el reconocimiento de mi Reina, destruyendo prevenciones desfavorables que abrigaban elevadas personas, augustas algunas de ellas, y aceleraste el ansiado dia en que dos naciones abriesen recíprocamente las puertas á su industria y comercio; pero ¿son servicios bastantes para recompensa tan grande como se pide? Resérvense éstas para otros séres más dignos. No muy lejano contemplo el dia en que mi triste patria se verá invadida por una epidemia devastadora: habrá entre sus víctimas hombres mártires, ante quiencs yo inclino mi frente desde ahora con santo respeto: habrá otros que perecerán sin hacer abnegacion de su vida. Unos y otros dejarán viudas, huérfanos, cuyo porvenir será preciso asegurar de una manera espléndida. ¡Ay! las migajas de ese pan que les alargará la patria, bastarian sin embargo para nuestra indigente madre! ¿No podrias, hermano mio, hacerme un hueco en tu sepulcro?

—Y ¿crees tú que en las tumbas de los amados del Señor caben acaso los que así se rebelan contra sus decretos? ¡Ay de ti, mísero hermano, si

dejas que avasallen tu pensamiento los terrores de un infortunio pasajero! ¡Ay de ti, si no comprendes que las lágrimas aquí derramadas se convierten en cristalino rio, por cuya apacible corriente boga el alma hasta los cielos! ¿Estarian estos tan poblados sin las catacumbas de Roma? ¡Los que tú acusas de inhumanos, son los sin ventura, que en la hora de su tránsito final no verán las blancas apariciones del bien! Compadéceles sin odiarles, porque al fin la Providencia que vela sobre el egoismo de los hombres, no os ha negado *el pan de cada dia* hasta el presente, ni abrigo á vuestros cuerpos, ni un techo que de la intemperie os guarezca. Enmudezcan vuestros dolores ante el dolor futuro de un pueblo que Dios inscribe en el libro de los desastres expiatorios. ¡Ay! Tú lo has dicho: llegará por desgracia un dia en que un azote cruel diezmará hasta por tercera vez los habitantes de tu patria: vendrá en pos otra guerra fratricida que regará con sangre los frutos de sus campos y acaso la mano del Eterno derrumbará los tronos viejos para erigir otros nuevos (*j*). Llora, sí; pero llora como el profeta la ruina de Jerusalen, y reconociendo tu obcecacion, torna á la senda de que así te apartas. Prométeme ser resignado y fuerte en lo que vosotros llamais desgracia y *arriba* nombramos fuente del bien; prométeme ser compasivo con el triste, generoso con quien te ofenda y humilde en las dichas que Dios pueda enviarte para probar tu corazon. ¡Es tan fugaz vuestra vida, que sus dolores y alegrías ¿merecen acaso que aparte un solo instante el alma sus miradas de la patria que la espera? Yo volveré á bajar en tus noches de delirio para acabar de fortalecer la tuya; pero ahora es forzoso separarnos, porque la luz del

(*j*) ¡Extraña profecía!

alba se acerca. Ya oyes las campanas de Berlin que la anuncian, excepto las de santa Eduvígis que doblan á muerto. Adios, pues, hermano mio. Yo, habitante de estas sombras en que te dejo, me despediria diciéndote: *hasta dentro de unos años*. Espíritu de las alturas, me alejo de ti diciéndote: *hasta luego*.

¡Ay! Extendí los brazos, porque la adorada vision desaparecia de mis ojos en serena ascension á la morada del Eterno. Ya á una distancia inmensa, me pareció ver que un ángel en la primera infancia, radiante de felicidad, de hermosura y de inocencia, le salia al encuentro y le asía de la mano. Despues ya no ví más, y caí de rodillas sobre el helado granito del sepulcro.

....

....

V.

Habia llegado el momento de despertar; mas fué para continuar creyéndome aún bajo el dominio del ensueño que en aquel instante terminaba. Las primeras vislumbres de la aurora penetraban en efecto por los cristales de los balcones: las campanas de San Martin de Salamanca anunciaban á los fieles con sus lenguas de bronce que en el templo iba á celebrarse misa de ángel, y una pobre madre sin hijos sollozaba convulsivamente á la cabecera de mi lecho. Aquellos sollozos profundos, desgarradores, me volvieron la conciencia de mi situacion. Acababan de llevar de mi desierta casa el cadáver de un niño: ¡Tambien se llamaba Enrique! ¡Tambien en el cielo estaba!

¡Perdon, Dios mio, si á pesar de tu profético aviso, corrieron mis lágrimas nuevamente!

EUGENIO GIL Y CARRASCO.

Á MI HIJO.

Tu corazon, hijo mio,
No comprende el egoismo
Del mundo, ni el hondo abismo
Que á veces se encuentra en él;
Mas pasarán harto pronto
Los años de tu inocencia
Y en pos vendrá otra existencia
De desventura crüel;
¡Que hay de lágrimas legados
Y el triste da vida al triste!
Por eso sé que naciste
Para sufrir y llorar;
Mas recuerda, hijo del alma,
Cuando comience tu llanto,
Que tambien entre quebranto
Ví mis dias resbalar.
Y recuerda que al Eterno
Siempre ofrecí mis dolores,
Porque en ellos via flores
Para otra vida mejor.
Así los tuyos ofrece,
Pobre lirio, cuando vengan,
Y ¡los cielos te sostengan
En la virtud y el honor!

Al bajar á la tumba el sér que lloro,
Tú, serafin del cielo, aún no vivias:
Años despues á iluminar venias
Mis noches de tinieblas y afliccion.
Iris de luz y de esperanza fuiste,
Resurreccion feliz de otros amores:
Y el bien que me tragiste ¿con dolores
Ha de pagar mi amante corazon?
¿Hé de rasgar la venturosa venda

Con que hoy cubres tus ojos infantiles,
Las rosas deshojar de tus pensiles,
Donde juegan los ángeles del bien?
No obstante es fuerza; que la voz de un padre
Que reclama la tumba es cariñosa,
Y encierra profrecía misteriosa
Que puede ser del huérfano sosten.
¡Huérfano, si, que al espirar tu infancia
Y al nacer otra edad brillante y pura,
Este valle de sombras y amargura
Habré dejado para siempre yo!
Y ¿qué fuera de ti, pobre hijo mio,
Á la vida lanzándote inexperto?
¿No ves que entónces estará ya muerto
El padre que hasta aquí te protegió?
Esas lúgubres páginas que he escrito,
Regadas con el llanto de mis ojos,
Te mostrarán del mundo los abrojos,
Ofreciéndote al par una leccion.
Aprende en ella lo que el mundo vale,
Y sin buscar sus dichas engañosas,
Tus ojos vuelve á las fragantes rosas
Que al triste aguardan en la azul mansion.

Flor como tú, de mágicos colores,
Fué otro Enrique tambien ¡pobre hijo mio!
Quizá la más feliz entre las flores,
Amada por el sol, por el rocío.
Sereno el cielo de su frente pura,
Claras las fuentes de su vírgen alma,
No duraba su llanto más que dura
El rocío en las hojas de la palma.
Unos tras otros sus primeros años
En un espejo seductor veia,
Á los embates del dolor extraños,
Reflejar de los cielos la alegría.
Breve, hijo mio, fué tan bella aurora,
(Aún ménos ¡ay de mí! duró la mia)

Que dichas de la tierra engañadora
Nacen y mueren en un solo dia.
  Cambiáronse las de *él* en triste suerte,
Y aunque despues le sonrió la gloria,
Estando herido el corazon de muerte,
¿Cómo no ser su luz, luz ilusoria?
  ¡Ya ves lo que quedó de dicha tanta!
Un sepulcro en Berlin, lágrimas, duelo!
Pero no olvides que con leve planta
Hoy recorre los ámbitos del cielo.
  No olvides que al vivir que aquí arrastramos,
Debiéramos más bien nombrarle muerte,
Pues que á vivir tan sólo comenzamos
Cuando en la tumba somos polvo inerte.
  No olvides que las lágrimas han sido
Siempre sendero que á los cielos guió:
El que lloró *aquí abajo* escarnecido,
Dichas y luz sin fin *arriba* halló.
  Sé resignado en la desgracia y fuerte,
Modesto y generoso como *él* fué,
Y humilde en los favores de la suerte
Y cariñoso con el triste sé.
  Perdona al que te ofenda; á todos ama,
Que Dios por todos espiró en la cruz,
Y de sublime caridad la llama
Ilumine tu dulce juventud.
  Sigue, hijo mio, sigue mis consejos
Cuando al alcance estén de tu razon,
Que del amor de un padre son reflejos,
E intérpretes de Dios los padres son.

Diciembre de 1854.

XXXVI

LA PRIMAVERA DE 1846.

(Á la memoria de mi hermano.)

Corre otra vez la sávia de los árboles
En trasparentes lágrimas de vida
Y en las florestas óyese sentida
Vaga cancion de amante ruiseñor.
Visten de nuevo los flotantes prados
Su manto de amapolas y esmeralda,
Y de los montes la pendiente falda
Vistosa cubre la retama en flor;

Y el sonoro torrente á desatarse
En caprichosas trenzas de alba espuma,
Besando de los pájaros la pluma
Que beben en su límpido caudal;
Y la luna su luz dando á las flores,
Con sus rayos el sol borrando nieves,
Y las auras balsámicas y leves
Rizando de las fuentes el cristal,

Otra vez tornan; pero en vano ¡ay mísero!
Con los ojos del alma gozar quiero
Panorama tan dulce y hechicero
Que en otro tiempo mi deleite fué.
Si hay en los campos el verdor de siempre,
Si igual murmurio la cascada arroja
Y el ruiseñor renueva su congoja
Entre las ramas de su nido al pié;

Sirven no más para evocar recuerdos
Que acrecientan del alma los dolores:
¡Ya para mí no hay sol, torrentes, flores,
Bosques, praderas, luna, claridad!
¡Doloroso contraste! ¡doble pena!

La primavera allí con sus alfombras,
En mí el invierno con sus negras sombras,
Con sus noches de insomnio y soledad!

¡Ay del que jóven la esperanza pierde
Y el no existir espera con afan!
¡Mísero aquel que como yo recuerde
Ensueños que ya nunca volverán!
¿Qué fué mi corazon? Corona verde
Un tiempo de jazmines y arrayan:
Blanca y fragante rosa sin espinas.
¿Qué eres hoy, corazon? ¡Lágrimas, ruinas!
Busco en el mundo el sér que lo ha dejado
Por decretos de Dios que yo bendigo,
Y de buscarle en balde fatigado,
¡Cuántas veces en tierra doy conmigo!
Peregrino sin fe, desalentado,
Lo que los hombres aman yo maldigo;
Pero quiere el Señor que en mi agonía
Siga esta cruz llevando todavía.
¡Vivir, vivir con la esperanza muerta,
Marchita el alma, el corazon partido,
Al borde de una tumba, siempre abierta,
Mansion postrera de un amor perdido!
Tal es mi porvenir: ¡noche cubierta
De horrible soledad, luto y olvido!
¡Noche sin luz, de lágrimas sembrada,
Imágen espantosa de la nada!

No extrañes, no, primavera,
Que tus magníficas galas
Indiferentes hoy miren
Ojos que llanto derraman.
Bien sabes que en otro tiempo,
Pasada apenas mi infancia,
Era un hijo cariñoso
Que en tu regazo soñaba
Juveniles ilusiones

Con tus flores ataviadas:
Bien sabes que por tus campos,
Cual mariposa esmaltada
Que liba de flor en flor
De los céfiros en alas,
Enajenado corria
Al primer fulgor del alba,
Por gozar en los misterios
Que á mi vista desplegabas.
¡Cuántas veces en tus fuentes
Mis labios ¡ay! reposaban,
Contándoles mis amores,
Pidiéndoles esperanzas!
¡Cuántas veces sus cristales
Dieron sepulcro á mis lágrimas
Con armónicos suspiros
Que, llevados por las auras,
A su vez entre las flores
Hallaron muerte temprana!
¡Cuántas veces escuché
De tus invisibles hadas
El dulcísimo concierto
Con todo el fervor de un alma,
Vírgen, inocente, pura
Y á los dolores extraña!
Al sueño entónces mis ojos,
Acuérdate, se cerraban,
Y en tanto que yo dormia,
Con tristes notas pausadas
Cantaban los ruiseñores,
Los rosales sus guirnaldas
Y su cáliz la azucena
Sobre mi frente doblaban
En blandas ondulaciones,
Temiendo que despertara,
Como la madre que al hijo
Enfermo el sueño le guarda.

XXXIX

Hoy como entónces ¡ay mísero!
Tienes campos de esmeralda,
Torrentes, árboles, flores
Y ruiseñores que cantan:
Hoy como entónces murmuran
Tus fuentes, y embalsamadas,
Las brisas de las florestas
Sentidos ayes exhalan;
¡Mas para mí todo en vano!
Si tus encantos resaltan
Como siempre, por un prisma
Enlutado los ve el alma,
Y alma que en llanto rebosa,
La tumba sólo con ánsia
Mirar puede y deleitarse
Del no ser en la esperanza.

¡Ay alma! ¿Lloras,
Porque tu primavera
Pasa tan pronta?
Tambien esos rosales
Que el viento mece,
En espinas los hielos
Despues convierten.
Tambien los ruiseñores
Que hoy trinan tanto,
En los meses de invierno
Quedan callados,
¡Ay! ¿Lloras, alma,
Porque tu primavera
Tan pronto pasa?
Tambien esos collados
Que cubre el césped,
En llegando el estío
Su verdor pierden.
Tambien esos arroyos
Que así murmuran,
En los mares encuentran

inmensa tumba,
Donde principia
Otra vida para ellos,
Grande, infinita,
Y ¿lloras, alma mia,
Viendo esa esfera,
Que es el mar de las almas,
La vida eterna?

Abril de 1846.

UN LIRIO POR CORONA.

Flores busqué para en la tumba aislada
¡Ay hermano infeliz! donde reposas
Una corona de brillantes rosas
Suspender con mis lágrimas regada.
Tu memoria en las sombras de la nada,
Las emociones tiernas, generosas,
Muertas hallé. ¡Las nieblas silenciosas
Del norte sean tu *corona* helada!
Sólo una cruz y rosas naturales,
Ofrenda pura de amistad sincera,
En derredor de tu sepulcro veo.
¿Quién ha puesto esa cruz? ¿Quién los rosales?
Urbistondo la cruz, las flores *Vera*.
¡Oh! perdon, amistad! Aún en ti creo.

Octubre de 1853.

EUGENIO GIL Y CARRASCO.

EN LA TUMBA DE D. ENRIQUE GIL. [k]

No de altivo laurel rama frondosa
Colgaré yo con mano temeraria
Donde tu tierno corazon reposa
Bajo tumba modesta y solitaria;
Blanca azucena y encendida rosa,
Llanto afectuoso y síncera plegaria
Serán los dones, que mi amor te ofrece,
Y que el recuerdo de tu amor merece.
Que tu existencia como el aura suave
Pasó sin ruido por el triste suelo,
Como la blanca estela de la nave,
Cual la línea que forma con su vuelo
Sobre el tendido firmamento el ave:
Así pasaste de la tierra al cielo,
Dejándola bañada en armonía
Los ecos de tu dulce poësía.
Ni á los aplausos de guerrera gloria,
Ni al rumor de tumultos populares
Mezcló tu nombre nuestra triste historia,
Ni la ambicion lo guarda en sus altares.
Pura, como tu vida, tu memoria
Quedará en tus dulcísimos cantares,
Como queda en el vaso cristalino
La rica esencia de licor divino.
Adios, dulce poeta, tierno amigo,
Que en los helados brazos de la muerte
Hallaste al fin impenetrable abrigo
Contra los tiros de envidiosa suerte.
Si tu espíritu baja á ser testigo

(*k*) El autor de estas bellas octavas, que se hallaba en Berlin como Encargado de Negocios pocos años despues de la muerte de Gil, hizo plantar flores en la tierra que cubre los restos de su infeliz amigo, y sobre la cual D. José de Úrbistondo habia hecho levantar, á sus expensas, un sencillo y elegante monumento.

Del llanto acerbo que mi pecho vierte,
Huelle á lo ménos tu querida sombra
De frescas flores olorosa alfombra.
¡Ay! esas flores, que mi amor te envia,
Regadas con el llanto de mis ojos,
Eran ayer emblema de alegría;
Hoy lo son de la muerte y los enojos.
Al esparcirlas en la tumba fria,
Que guarda para siempre tus despojos,
Imágen son á mi angustiada mente
Del bien pasado y del dolor presente.

FERNANDO DE LA VERA É ISLA.

EPÍSTOLA Á PEDRO. (1)

Berlin, 1.° de Febrero de 1856.

Quiero que sepas, aunque bien lo sabes,
Que á orillas del Sprée (ya que del rio
Se hace mencion en circunstancias graves)
Mora un semi-aleman, muy señor mio,
Que, entre los rudos témpanos del Norte,
Recuerda la amistad y olvida el frio.
Léjos de mi Madrid, la villa y córte,
Ni de ella falto yo porque esté léjos,
Ni hay una piedra allí que no me importe.
Pues sueña con la patria, á los reflejos
De su distante sol, el desterrado,
Como con su niñez sueñan los viejos.
Ver quisiera un momento, y á tu lado,

(1) Esta magnífica composicion, dirigida por el Sr. Sanz, siendo secretario de nuestra legacion en Berlin, al renombrado Sr. Calvo Asensio, fundador de *La Iberia*, salió á luz en este diario y fué reproducida con elogio por otros periódicos.

Cuál por ese aire azul nuestra Cibeles
En carroza triunfal rompe hácia el Prado!...
  ¿Ries?... Juzga el volar, cuando no vueles...
Átomo harás del mundo que poseas,
Y mundo harás del átomo que anheles!
  Al sentir *coram vulgo*, no te creas...
Al pensar *coram vulgo* no te olvides
De compulsar á solas tus ideas.
  Como dejes la España en que resides,
Donde quiera que estés, ya echarás ménos
Esa patria de Dólfos y de Cides;
  Que obeliscos y pórticos ajenos
Nunca valdrán los patrios palomares
Con las memorias de la infancia llenos.
  Por eso, aunque dan son á mis cantares
Elba, Danubio y Rhin, yo los olvido
Recordando á mi pobre Manzanares.
  ¡Allí mi juventud!... ¡ay! ¿quién no ha oido
Desde cualquier region, ecos de aquella
Donde niñez y juventud han sido!...
  Hoy mi vida de ayer, pálida ó bella,
Múltiple se repite en mis memorias,
Como en lágrimas mil única estrella...
  Que quedan en el alma las historias
De dolor ó placer, y allí se hacinan,
Del fundido metal muertas escorias.
  Y, aunque ya no calientan ni iluminan,
Si al soplo de un suspiro se estremecen,
¡Aún consuelan al alma!... ¡ó la asesinan!
  Cuando al partir del sol las sombras crecen,
Y, entre sombras y sol, tibios instantes
En torno del horario se adormecen;
  El dolor y el placer, férvidos ántes,
Se pierden ya en el alma indefinidos,
Á la luz y á la sombra semejantes.
  Y en esta lánguidez de los sentidos,
Crepúsculo moral, en que indolente
Se arrulla el corazon con sus latidos,

Pláceme contemplar indiferente
Cual del dormido Sprée sobre la espalda
Y en lúbrico chapin sesga la gente:
O recordar el toldo de esmeralda
Que ántes bordó el Abril, en donde ahora
Nieve septentrional tiende su falda:
Miéntras la luz del Héspero incolora
Baña el campo sin fin, que el Norte rudo
Salpicó de brillantes á la aurora!

....

¡Hijo de otra region, trémulo y mudo
Con la mirada que por tí paseo,
Nieve septentrional, yo te saludo!
Una tarde de Mayo (casi creo
Que salta á mi memoria su hermosura
De este cuadro invernal, como un deseo),
Una tarde de flores, y verdura,
Rica de cielo azul sin un celaje,
Y empapada en aromas y frescura;
En que, al son de las auras, el ramaje
Trémulo de los tilos repetia
De otros lejanos bosques el mensaje;
Yo, con mi propio afan por compañía,
Del recinto salí que nombró el mundo
Córte del rey filósofo algun dia.
A su verdor del Norte sin segundo,
De un frondoso jardin los laberintos
Atrajeron mi paso vagamundo...
En armoniosa confusion distintos,
Cándidos nardos y claveles rojos,
Tulipanes, vïolas y jacintos,
De admirar el verjel dierónme antojos;
Y perdíme en sus vueltas, rebuscando,
Ya que no al corazon, pasto á los ojos.
Y una vïola, que al favonio blando
Columpiaba su tímida corola,
Quise arrancar...—Mas súbito, clavando
Mis ojos en el césped, donde sola

Daba al favonio sus esencias puras,
Respeté, por el césped, la vïola...
¡Guirnalda funeral, de desventuras
Y lágrimas nacida, eran las flores
De aquel vasto jardin de sepulturas!
Pero jardin. Allí, cuando los llores,
Aún te hablarán la amante ó el amigo
Con aromas y jugos y colores...
¡Y de tu santo afan mudo testigo,
Algo en aquellas flores sepulcrales,
Algo del muerto bien será contigo!
Dentro de nuestros muros funerales
Jamás brota una flor... Mal brotaría
De ese alcázar de cal y mechinales,
Índice de la nada en simetría,
Que á la madre comun roba los muertos
Para henchir su profana estantería;
Ruin estacion de huéspedes inciertos
Que ofreciera á los vivos sus moradas,
Por alquilar los túmulos abiertos!
De tierra sobre tierra fabricadas,
Más solemnes quizá, por más sencillas,
Las del santo jardin tumbas aisladas,
Con su césped de flores amarillas,
Se elevan... no muy altas... á la altura
Del que llore, al besarlas, de rodillas.
¡Mas sola allí... sin flores... sin verdura...
Bajo su cruz de hierro se levanta
De un hispano cantor la sepultura!...
Delante de su cruz tuve mi planta...
—Y soñé que en su rótulo leia:
«¡Nunca duerme entre flores quien las canta!»
¡Pobre césped marchito! ¡Quién diria
Que el cantor de las flores en tu seno
Durmiera tan sin flores algun dia!
Mas, ¡ay del ruiseñor que, en aire ajeno,
Por atmósfera extraña sofocado,
Sobre extraña region cayó en el cieno!

¡Ay del vate infeliz que, amortajado
Con su negro ropon de peregrino,
Yace en su propia tumba desterrado! (1)
Yo, al encontrar su cruz en mi camino,
Como enjendra el dolor superticiones,
Llamé tres veces al cantor divino.
Y de su lira desperté los sones,
Y turbé los sepulcros murmurando
La más triste cancion de sus canciones...
Y á la vïola, que al favonio blando
Columpiaba allí cerca su corola,
Volvi turbios los ojos... Y clavando
La rodilla en el césped (donde sola,
Era airon sepulcral de una doncella)
Desprendí de su césped la vïola.—
Y al lado del cantor volví con ella;
Y así lloré, sobre su cruz mi mano,
La del pobre cantor mísera estrella:
Bien te dice mi voz que soy tu hermano...
¿Quién saludára tus despojos frios,
Sin el ¡ay! de mi acento castellano?
Diéronte ajena tumba hados impíos...

---

(1) Entre los epitafios alemanes del cementerio católico de esta ciudad, se lee sobre una cruz de hierro la siguiente inscripcion castellana.

A Don Enrique Gil y Carrasco,
fallecido en Berlin el 22 de Febrero de 1846,
su amigo
José de Urbistondo.

Contemplando su tumba se vienen dolorosamente á la memoria estos tristísimos versos del malogrado poeta:

«¡Quizá al pasar la vírgen de los valles,
Enamorada y rica en juventud,
Por las sombrías y desiertas calles
Do yacerá escondido mi ataud,
Irá á coger la humilde víoleta
Y la pondrá en su seno con dolor!
Y llorando dirá: ¡*pobre poeta*!
¡Ya está callada el arpa del amor!»

¡Si ojos extraños la contemplan secos,
Hoy la riegan de lágrimas los mios!
Sólo suena mi voz entre sus huecos,
Para que en ella, si la escuchas, halles
Los de tu propia voz póstumos ecos...
¡Por las desiertas y sombrías calles,
Donde duerme tu féretro escondido
No pasa, no, la vírgen de los valles!
Una vez que ha pasado... no ha venido...
Trajéronla con rosas... á tu lado,
La vírgen, desde entónces, ha dormido...
Si su pálida sombra, al compasado
Son de la media noche, inoportuna,
Flores entre tu césped ha buscado,
Bien habrá visto á la menguante luna,
Que en el santo jardin, rico de flores,
Sólo yace tu césped sin ninguna (*ll*).
¡No tienes una flor!...—¿Ni á qué dolores
Una flor de tu césped respondiera
Con aromas y jugos y colores?...
Sólo al riego de lágrimas naciera...
Y de tu fosa en el terron ajeno
¿Quién derrama una lágrima siquiera!
¡Ay, sí, del ruiseñor, de vida lleno,
Que en atmósfera extraña sofocado,
Sobre extraña region cayó en el cieno!
Cantor en el sepulcro desterrado,
Descansa en paz... ¡Adios!...—Y si á deshora
Un viajero del Sur pasa á tu lado;
Si al comtemplar tu cruz, como yo ahora,
Con su idioma español el vïajero
Te llama aquí tres veces, y aquí llora;
Dígale el son del aura lastimero
Cuál en los brazos de tu cruz escueta,
Peregrino del Sur lloré primero...

(*ll*) Sin duda, al escribirse estos versos se habrian marchitado ya las plantadas por el Sr. de la Vera é Isla.

Recibe con mi adios *tu vïoleta!*
La tumba de la vírgen te la envia...
. . . .
Y al unirse la flor con su poeta,
Ya en el ocaso agonizaba el dia!...

EULOGIO FLORENTINO SANZ.

POESÍAS LÍRICAS.

POESÍAS LÍRICAS.

UNA GOTA DE ROCÍO.

Gota de humilde rocío
Delicada,
Sobre las aguas del rio
Columpiada;
La brisa de la mañana
Blandamente,
Como lágrima temprana
Trasparente,
Mece tu bello arrebol
Vaporoso
Entre los rayos del sol
Cariñoso.
¿Eres, di, rico diamante
De Golconda,
Que, en cabellera flotante
Dulce y blonda,
Trajo una Sílfide indiana
Por la noche,
Y colgó en hoja liviana
Como un broche?
¿Eres lágrima perdida,
Que mujer

Olvidada y abatida
Vertió ayer?
¿Eres alma de algun niño,
Que murió,
Y que el materno cariño
Demandó?
¿Ó el gemido de espirante
Juventud,
Que traga pura y radiante
El ataud?
¿Eres tímida plegaria,
Que alzó al viento
Una vírgen solitaria
En un convento?
¿O de amarga despedida
El triste adios,
Lazo de un alma partida
¡Ay! entre dos?

Quizá tu frágil belleza,
Quizá tus dulces colores,
Tus cambiantes y pureza,
Y tu esbelta gentileza,
Tus fantásticos albores,
Son imágenes risueñas
De contento y de ventura;
Son citas de una hermosura,
Son las tintas halagüeñas
De alguna mañana pura.
Que acaso bella te alzaste
Entre el cantar de las aves,
Y magnífica ostentaste
Tu púrpura y oro suaves,
Y con ellos te ensalzaste.
Que acaso en cuna de flores
Viste la lumbre del dia,
Y blando soplo de amores
Te llevó una noche umbría

En sus alas de colores.
Y en la rama suspendida
De un almendro floreciente
Oiste trova perdida,
En el perfumado ambiente
Por los ecos repetida.
Ruiseñor enamorado
Cantaba encima de ti,
Y junto al tronco arrugado
Oiste un beso robado
Á unos labios de rubí.

Misterios, y colores, y armonías,
Encierras en tu seno, dulce sér,
Vago reflejo de las glorias mias,
Tímida perla que naciste ayer.
Pero es tan frágil tu existencia hermosa
Y tu espléndida gala tan fugaz,
Que es un vapor tu púrpura vistosa
Que quiebra el ala de un insecto audaz.
Mañana ¿qué será de tus encantos,
De tus bellos matices, pobre flor?
No habrá pesares para ti, ni llantos,
Ni más recuerdo que mi triste amor.
Si tu vida fué un soplo de ventura,
Si reflejaste el celestial azul,
No caigas, no, sobre esta tierra impura
Desde tu verde tronco de abedul.
Pídele al sol que con su rayo ardiente
Disipe por los aires tu vivir,
Ó á un pájaro de pluma reluciente
Que recoja en su pico tu zafir.
Que no naciste tú para este suelo,
Para trocar en lodo tu beldad;
Tú, más baja que espíritu del cielo,
Más alta que la humana vanidad.
Quédate ahí pendiente de tu rama,
Cual blanco mensajero de oracion,

Que sólo el verte la esperanza inflama
Y alienta al quebrantado corazon.
Quizá al pasar un ángel solitario
Te cubrirá con su ala virginal...
Si caes envolverá frio sudario
Tu forma vaporosa y celestial.

Á LA MEMORIA DEL GENERAL TORRIJOS.

Ondas del mar de Málaga la bella,
Que visteis apagarse en vuestra orilla
Del cielo de Cortés la última estrella
Con el último nieto de Padilla;
Arenas, que con peine de cristales
Pule esa mar tan lánguida y sonora,
Do flotaron del Cristo las señales
Ante el pendon de la falanje mora;
Aguas, de espuma coronad la huesa
Donde duerme el caudillo de los bravos,
Arenas, amparad en sombra espesa
La víctima inmortal de los esclavos.
No guarda el mar el rastro de su barca,
Ni su huella la márgen floreciente:
Serenó el mar la mano de la parca,
Borró su huella sangre del valiente.
Costas del mar de Málaga encantada,
Si por vosotros algun dia errante
Se extendiera mi vista desolada,
Se perdiera mi paso vacilante;
Arrodillado, con los ojos fijos,
Esa tumba sagrada adoraria,
Y la gigante sombra de Torrijos
Entre el sol del ocaso buscaria.
Paz, le dijera, á tu desierta losa;
Yo te cantara, y si laurel tuviera,

Yo dejaria su guirnalda hermosa
En la tranquila paz de esta ribera.
  Mas, huésped de la bella Andalucía,
Cisne sin lago, bardo sin historia,
Mi perdido cantar empañaria
El rutilante sol de tu alta gloria.

EN EL ÁLBUM DE UNA SEÑORITA.

  Rica es, señora, el alba de la vida
Cuando brilla la flor de la esperanza,
De líquidos diamantes guarnecida
Y halagada por brisas de bonanza.
  Bello es mirar con ojos infantiles
El pintado tropel de los amores
Volar por entre mágicos pensiles
Con sus alas cambiantes de colores.
  Pero en tu frente virginal asoma
Eterno dia de eternal pureza,
Y la flor de esperanza con su aroma
En tus labios ostenta su belleza.
  Y es tu voz la de un ángel cariñoso
Que canta amores y de amor suspira,
Céfiro que girando vagaroso
Estremece las cuerdas de la lira.
  Tú brillas con la luz de la mañana,
Y sólo ves fulgentes mariposas,
Y brotas entre flores, flor temprana,
En las praderas del Abril frondosas.
  Embalsama los campos de la vida
Miéntras dure tu alegre primavera,
Y yo te cantaré, flor hechicera,
Del sol y de los céfiros querida.
  Sí; yo te cantaré, porque tu frente
Refleja su esperanza en mis canciones,

Y vuelven en tropel resplandeciente
Al alma las perdidas ilusiones.
  Y es tal en mi abrasada fantasía
De tus hechizos y tu fe el tesoro,
Que á tus plantas mi lira arrojaria
Para morir diciendo: *yo te adoro.*

LA CAMPANA DE LA ORACION.

Trémulo son
Vibra en el viento...
¿Es el acento
De la oracion?
¿Es que suspira
La brisa pura,
Que se retira
Por la espesura?

¿Es que cantan las aves á lo léjos
Con voz sentida al apagado sol,
Bañadas en los últimos reflejos
De su encendido y bello tornasol?
¿Es el blando ruido de las alas
De los genios del dia y de la luz,
Que van á desplegar sus ricas galas
Á otro país de gloria y juventud?
¿Es la voz destemplada del torrente,
Que trueca su mugido bramador
En un himno dulcísimo y doliente,
Himno de paz, de religion, de amor?

No, que esa voz misteriosa,
Como el crepúsculo vaga,
Cual la niebla vaporosa,
Solitaria y melodiosa,

Como la voz de una maga;
Es más que el leve murmullo
Del aura que se despide
Y besa el tierno capullo
Y un instante más le pide
Con melancólico arrullo.
Es más que el triste cantar
De los pájaros pintados,
Que contemplan admirados
Nube rojiza empañar
Del sol los rayos dorados.
Es más que la voz sonora
Que se escapa del torrente
Y en himno tímido llora
El muerto sol de occidente,
Y aguarda el sol de la aurora.
Es más blanda y delicada
Que la confusa armonía
Del ala tornasolada
Del espíritu del dia,
En los aires agitada;
Que es la voz de la campana,
Voz de alegría y tristeza,
De alegría en la mañana,
Triste en la noche cercana,
Sepulcro de la belleza.
Voz que dulce y apagada
En la oscuridad solloza,
O que rica y acerada
Corre los vientos alada
Y entre misterios se goza;
Que tal vez recuerda el alma
Despertada por su son
Horas de plácida calma,
En que, solitaria palma,
Florecia el corazon.
Y entónces las oraciones
De la infancia bulliciosa

Pasan en blancas visiones
Cual aéreas ilusiones,
Por el alma pesarosa.
  Y las dulces confianzas
De solícita amistad,
Las doradas esperanzas,
Abandono y bien-andanzas
De la venturosa edad.
  Y las pláticas de amor
Entre flores y verdura,
Que cantaba el ruiseñor
Y embellecia el pudor
De conturbada hermosura.
  Todo en los ecos se mece
Del misterioso metal,
Pero confuso aparece
Y sin contornos se ofrece
Como vapor matinal.
  Que son harto delicados
Aquellos suaves placeres
En que yacen apiñados
Ensueños idolatrados
Con semblante de mujeres.
  Porque en otro pensamiento
Se miran sobrenadar,
Y siguen su movimiento,
Cual marchan al son del viento,
Las escuadras por el mar.
  Pensamiento, sí, infinito,
Que vaga por el espacio,
Pensamiento de proscripto,
En las cabañas escrito,
Y en la frente del palacio.
  Las músicas de la vida,
El silencio del no ser,
Y la amarga despedida,
Y la queja dolorida
De las hojas al caer.

La idea consoladora
De otro mundo de virtud,
Y la madre que nos llora
Y que, áun muertos, nos adora
Contemplando el ataud.
La imágen de la doncella
Que su fe nos dió al pasar,
Y que tal vez nuestra huella
Busca en moribunda estrella
Con distraido pensar;
Y el ánima desatada
Que va á llamar congojosa
A la puerta nacarada
De la mansion perfumada,
Donde el querubin reposa;
Y Dios y la majestad,
Y el son de las arpas de oro
En la mística Ciudad,
Y aquel inefable coro
Por toda una eternidad!!
Ideas son que oscurecen
Las memorias infantiles,
Y ante quienes desparecen
Y en humo se desvanecen
Los delirios juveniles.

Encumbrada en gigante campanario,
Desde allí enseñorea al huracan,
Soberana de un mundo solitario
De grave y melancólico ademan.
¿Por qué, di, tanto gozo en la mañana?
Por qué al oscurecer tanto pesar?
¿Por qué en tus ecos, lànguida campana,
Haces así mi corazon rodar?
¡Ay! cantas la esperanza en la alborada,
La fe sencilla del primer amor,
Y en la noche las sombras de la nada,
Desengaños y dudas y dolor.

Tal vez eres escala luminosa
Por do se sube á espléndida region;
Tal vez eres la senda tenebrosa
Que guia al ignorado panteon.
Paréceme en las noches más oscuras
Oir entre tus ecos de metal
Unas palabras tímidas y puras,
Perdidas en tu acento funeral.
Palabras de abandono y confianza,
Blando perfume de inocencia y paz,
Ideas de fantástica esperanza,
Memorias de dulcísima amistad.
Memorias, sí, del malogrado amigo,
Del malogrado amigo que perdí,
Que repartia su placer conmigo,
Y descargaba su amargura en mí.
Que desplegó mi corazon de niño,
Como el alba las hojas de la flor,
Y suavizó con maternal cariño
Mis ideas de luto y de dolor.
¿Quién sabe si abandona su morada
Cuando vas á cantar la última luz,
Y cruzando la boveda estrellada
Mezcla á tu son el son de su laud?
¿Quién sabe si hay un punto en el espacio,
De entrambos mundos eternal confin,
Más alto que la cresta del palacio,
Y postrer escalon del serafin?
. . . .
Tú eres, campana, el punto misterioso;
Sobre la tierra levantado estás,
Y tú sin duda al celestial reposo
Del espíritu amigo servirás.
Lanza tu voz, desplégala sonora,
Pues que en ella le escucha mi pasion;
Si es ilusion, campana bienhechora,
¡Ay! déjame morir en mi ilusion:
Porque es triste perder el sér que amamos,

Y los sueños con él perder tambien...
¿Para qué averiguar si deliramos?
¿Para qué razonar si obramos bien?
¡Ay! es tan dulce al alma abandonarse,
Y mecerse en memorias de placer,
Y luego melancólica lanzarse
Á buscar la esperanza en el no ser;
Que Dios sin duda te colgó en el viento,
Como flor del perdido corazon,
Cual llama, que el helado pensamiento
Convierte en un aroma de oracion.
Tú que me traes al rayar el dia
Vagos recuerdos de la bella edad,
Y por la noche pálida y umbría
Me muestras la confusa eternidad;
Tú que entre sombras y tiniebla vana
Evocas una forma celestial...
¡Bendita seas, lúgubre campana!
¡Bendito, sí, tu acento funeral!

EL RUISEÑOR Y LA ROSA.

El ruiseñor.

Reina hermosa del verjel,
A mi cantar
Abre tu cáliz de olores;
Sé cariñosa con él
Y el viento irán á poblar
Tu alabanza y mis amores.
Dulce flor tímida y bella,
Tan galana,
Que eres amor del jardin;
Nunca mi amante querella

Arrullará en la mañana
Tu desmayado carmin.
Solamente por la noche
Doy al viento
Mi vagarosa cancion,
Y amo tu dormido broche,
Y muere en su verde asiento
El eco de mi pasion.
Yo que canto de los cielos
Las venturas
Y la eterna juventud,
Y doy al mundo consuelos,
Y soy en las amarguras
Una fuente de salud;
Pobre pájaro que tengo
Por riqueza
Sólo amor y libertad,
Y á cantar al mundo vengo
De la vírgen la pureza
De las aguas la beldad;
¿Cómo no adorarte, rosa
Tan lozana,
Perfumada, y juvenil,
Tan delicada y vistosa,
Sonrisa de la mañana,
Y vanidad del pensil?
Mi amor volaba algun dia
Pasajero
Como un céfiro fugaz,
Y ante la ronca armonía
Parábase placentero
De la catarata audaz.
Y bañaba yo las plumas
De mis alas
Y mi pico de cantor
En sus rápidas espumas,
Y de su fada las galas
Celebraba con mi amor.

Pero su ronco gemido
Pavoroso
De mi cantar eco fué,
Y mi amor vago y perdido
Desencantado y lloroso
Á otras beldades canté.
Y á esas nubes nacaradas
Que en los cielos
Mece el aura matinal,
Con sus sílfides aladas,
Con sus fantásticos velos
Guarnecidos de coral,
Llevaba yo el amor mio
Candoroso
Como á las islas del bien,
Mas luego huracan sombrío
Disipaba el lustre hermoso
De aquel vapor del Eden.
Y vagaba entre las flores
Solitarias,
Demandándoles amor,
Y sus hojas de colores
Cerraban á mis plegarias
Sus matices y primor.
Y amé los genios del viento,
Y del espacio
Los espíritus de luz,
Y buscaba un blando acento
En el rumor del palacio,
De las tumbas en la cruz.
Y aquella voz de esperanza
Y de alegría,
No encantó mi soledad,
Y mis sueños de bonanza
Volaban del alma mia
Con su dulce claridad.
Y una noche que cantaba
Mi perdida

Melancólica pasion,
Y á la luna confiaba,
Como al genio de mi vida,
La pena del corazon,
  Sentí una nube de olores
Invisible
En torno mio vagar,
Como una trova de amores,
Y lánguida y apacible
En mi pluma resbalar.
  Y mi amor batió sus alas,
Dulce rosa,
De tu cáliz al redor,
Y de tus dormidas galas,
Y de tu frente amorosa
Fuí enamorado cantor.
  Porque eres tan delicada,
Frágil, pura,
Como débil es mi sér,
Y á la luna plateada
Se adormece tu hermosura
Inocente como ayer.
  ¡Ay! cuando tus tiernas hojas
Esparcidas
Lleve el viento bramador,
Y mis amantes congojas
Con ellas desvanecidas
Canten sólo mi dolor,
  ¿El espíritu amoroso
Que en ti habita,
Mis penas escuchará,
Y paisaje delicioso
A mi esperanza marchita
Por las noches pintará?
  ¿Y cuando llegue otro Mayo
Cariñoso
Rico en flores y en amor,
De la luna el triste rayo

Reflejará tembloroso
En tu amante ruiseñor?
Pura flor del amor mio,
Dulce rosa,
Yo te amaré hasta morir!
Gota es mi amor de rocío
Que va en tu copa olorosa
A buscar su porvenir.

La rosa.

Dulce es oir un pájaro que canta,
Como tú cantas, suave ruiseñor;
Dulce es oir vibrar en tu garganta,
El eco de las arpas del amor.
Dulce es soñar en la desnuda tierra
Con un amor aéreo y celestial,
Tener un cáliz lánguido que encierra
Tanta belleza pura y virginal.
¿De qué sirven la pompa y los colores?
¿De qué sirve la gala y juventud,
Si el corazon sediento está de amores,
Y late solitario en su inquietud?
Idolo soy de espíritus suaves
Ricos en hermosura y en candor;
Lucientes plumas de vistosas aves
Despliegan al volar en mi redor.
Y me besan tal vez cuando la aurora
Tiñe el oriente en púrpura y carmin,
Y me dicen su amor cuando colora
El sol poniente occidental confin.
Mas de tus cantilenas el acento
Nunca en sus trovas acertó á sonar;
Y vale más tu voz que lleva el viento
Que su más tierno y plácido cantar.
¡Qué blanda y melancólica armonía,
Qué dulces quiebros y apagado son
Lánguidos pasan por la frente mia

Si me cantas tu tímida pasion!
Si yo tuviera un eco solamente
Con que poder decirte mi querer,
¡Cuánto amor vieras en mi seno ardiente!
¡Cuántas promesas vagas de placer!
Tú eres feliz!... Tú envias á las nubes
Tus cantilenas y á su cielo azul,
Y el mundo hechizas si á cantar te subes
A la copa de altísimo abedul.
Pero mi muda voz es un aroma
Que hiende el aire trémulo y fugaz,
Y el tímido arrullar de la paloma
Es, á par de él, altísimo y audaz.
Y á veces cuando el céfiro ligero
Entre sus alas lleva su vapor,
Y va como celeste mensajero
A llevarte venturas de mi amor;
Sopla quizá del lado del desierto
Impetuoso y turbio el huracan,
Y mi amor puro en triste desconcierto
Y mi alegría deshojados van.
Canta, pájaro tierno, tu esperanza;
De primavera al rutilante sol,
Que allí está mi vivir y mi bonanza
Y es de su luz traslado mi arrebol.
Cuando me agoste el fuego del estío,
Mi espíritu los aires cruzará,
Y el perfume del tímido amor mio
A tu marchito pico llevará.
Y al soplar de las brisas de otro Mayo
Florecerá mi amor y dulce bien,
Y pálida luna con su rayo
Te alumbrará en un árbol del Eden.

EN EL ÁLBUM DE UNA SEÑORA.

Dulce Madre y Señora,
Vuelve á la paz de tus tranquilos lares,
Como la blanca aurora
Que endulza los pesares
Y luz derrama y esperanza á mares.
Ven, que llagada el alma,
Harto tu amiga voz echó de ménos:
Torne á brotar la palma
Que en dias más serenos
Nos vió á su sombra de pesar ajenos.
¡Oh! cuánto apetecia
El corazon rendido que te amaba
Ver tan alegre dia;
¡Oh! cuánto el alma esclava
Por sus dulces cadenas suspiraba!
Al murmullo del rio,
Al son, entre los árboles, del viento
En tierno desvarío
Pedíamos tu acento
Y á ti volaba el triste pensamiento.
El astro de esperanza,
Blanco fanal de nuestro oscuro cielo,
Reposo y bienandanza
Y júbilo y consuelo
Prometia tal vez á tanto anhelo.
¡Bendito su albor santo
Que tan hermosas horas nos brindaba,
Que en halagüeño canto
Las lágrimas trocaba
Y al amor de tus hijos te guiaba!
¡Bendito, sí, mil veces
Y siempre nuestros ojos ilumine
Y escuche nuestras preces
Sin que su luz decline,

Ni del ocaso al término se incline!
  Y goza tú en buen hora
De tus dulces amados las caricias:
Tu estrella bienhechora
Al alma pida albricias
De un siglo de contento y de delicias.
  Que si es amar la vida,
Si en el amar la dicha está cifrada,
¿Quién como tú querida?
¿Quién como tú esperada?
¿Quién como tú de todos deseada?

LA NIEBLA.

Recuerdos de la infancia.

  Niebla pálida y sutil
Que en alas vas de los vientos,
No así callada y sombría
Desparezcas á lo léjos,
O en pos de ti correré,
Sin vagar y sin sosiego,
Porque está sedienta el alma
De tus sombras y misterios.
  Acuérdate, engañadora,
Del inocente embeleso
Con que, niño embebecido,
Contemplaba tu silencio,
Por ver si en él resonaban
Perdidos y blandos ecos
De las arpas melodiosas
De las magas de los cuentos.
  Crédulo entónces y puro
Rasgar intenté tu velo,
Pensando que me ocultaba

Sus palacios hechiceros,
Sus fantásticos pensiles,
Sus músicas y torneos,
Y los flotantes penachos
De encantados caballeros.
 Rasgada en pedazos mil,
Cual perdido pensamiento,
Te ví envolver cuidadosa
Y con solícito anhelo
Las almenas carcomidas
Del alcázar, que en un tiempo
Escándalo fué del mundo
Por su pompa y devaneos,
Sin ver que era vano afan
Y descabellado intento
Velar sus rotos blasones
Y sus mutilados fueros
Con tu liviano ropaje,
Y más liviano deseo;
Y con todo alguna vez
El sol te daba contento
Reverberando apacible
Del torreon altanero
En el musgo húmedo y triste;
Roja chispa de su fuego,
Que despues tú disfrazabas
Hasta mentir el reflejo
De perfilada armadura
O de rutilante yelmo.
 ¡Cuántas veces me engañaste
Con dolosos sortilegios,
Haciéndome atropellar,
Desapoderado y ciego,
Las ruinas del castillo,
Cándido infante, creyendo
Mirar de pié en su poterna
Membrudo y alto guerrero
Como lúgubre guardian

De la prez de sus abuelos!
¡Cuántas veces ¡ay! mis lágrimas
Por tus mentiras corrieron
Al ver que mi fantasía
Y mi dulcísimo ensueño
Tornábanse entre mis manos
Manojo de musgo seco,
Que en vagas ondulaciones
Flotaba á merced del viento!
Y á la verdad no era mucho
Que el sol oyera tu ruego;
Porque nunca le engañaste
Para mostrarse severo:
Y, á pesar de tus engaños,
Yo te adoraba en extremo.
Y aún te adoro, parda niebla,
Porque excitas en mi pecho
Memorias de bellos dias
Y purísimos recuerdos;
Porque hay fadas invisibles
En el vapor de tu seno,
Y porque en ti siempre hallé
Blando solaz á mi duelo.

¡Ay del que pasó la infancia
Á sus ilusiones muerto!
¡Ay de la flor que fragancia
Consume y pura elegancia
En apartado desierto!
¡Ay del corazon de niño
Que se abrió sin vacilar,
Sin reserva y sin aliño,
Pidiendo al mundo cariño,
Y no lo pudo encontrar!
Niebla que fuiste mi amor
Y de mi infantil desvelo
Amparo consolador,
Que sola bajo del cielo

Comprendias mi dolor;
¡Qué mucho que yo te amara,
Yo, desterrado del mundo,
Que en ti perdido vagara,
Y á ti sola confiara
Mi desamparo profundo!
Tú á mi espíritu algun dia
Dabas tus húmedas alas,
Y, demente de alegría,
El vago viento corria
Descomponiendo tus galas.
Cuando, en el llano tendida,
Los contornos de los montes
Ocultabas atrevida,
Fingiendo en los horizontes
Vaga mar desconocida;
Y de la verde montaña,
Que asomaba la cabeza
Con altiva gentileza,
Isla formabas extraña
De delicada belleza:
Bogaba la fantasía
Por tu misterioso mar,
Y en su ignorancia creia
La vírgen isla lugar
De ventura y de alegría.
Y crédula la soñaba
Puerto en la vida seguro,
Y desde allí imaginaba
Un porvenir que llegaba
Sereno radiante y puro.
En tu piélago tal vez
De gótica catedral
La fábrica colosal
Flotaba con altivez,
Ó fortaleza feudal.
Y el ánima embebecida
En entrambas se fijaba,

Y ya la veleta erguida,
Ya la almena esclarecida
Solitaria acompañaba.
Que en los mares de la edad
No flotan, no, de otra suerte
Mundana pompa y beldad,
Hasta que en la oscuridad
Relumbra el sol de la muerte.
Todo confuso y borrado
En tu seno aparecia,
Vaporoso y nacarado
Y en celajes mil velado
Como luna en noche umbría.
Y la mente virginal
Que sólo á ver alcanzaba
Las rosas en el zarzal
Y otros vientos no soñaba
Que la brisa matinal;
Tus enigmas resolvia
A favor de la inocencia,
Y calma tan sólo via,
Y solamente escondia
Amor sin fin y creencia.
Que hay una edad placentera
De vistosos arreboles,
Pura como azul esfera,
De espléndida primavera
Y mágicos tornasoles,
En que se goza el dichoso
Porque en la dicha confia,
En que se goza el lloroso
Viendo fanal luminoso
Allá en la bruma sombría.
De pura nieve y carmin
Formada está el alma nueva:
No es mucho, pues, que se atreva
Con el destino, y que beba
En las copas del festin.

Vaga niebla sin color,
No es mucho que vea en ti
Serenas noches de amor,
Labios de ardiente rubí
Y verdes prados en flor.
No es mucho; porque ilusiones
De tan vistoso jaéz
Pasan tan sólo una vez
Para velar sus blasones
En perpetua lobreguez.
Su blanca luz placentera
Brilla un instante no más,
Y en la amorosa carrera
De juventud hechicera
No vuelve á lucir jamás.
Niebla, ya no puedo ver
En tu misterioso espejo
Los verjeles del placer,
Que el corazon está viejo
De quebranto y padecer.
Pasó mi infancia muy triste,
Más pasa mi juventud;
Que entónces tú me acogiste,
Y hoy mi ventura consiste
En la paz del ataud.
Mas, ya que has sido mi amor,
Envuélveme con tu velo,
Dame sombras y consuelo,
Que tú sola mi dolor
Has comprendido en el suelo.

LA CAIDA DE LAS HOJAS.

Hojas del árbol caidas,
Juguete del viento son:
Las ilusiones perdidas
¡Ay!... son hojas desprendidas
Del árbol del corazon.

ESPRONCEDA.

Caed, hojas, caed; y mi esperanza
Ya sin verdor llevad:
Venid vientos de otoño, sin tardanza
Su encanto arrebatad.
¡Oh! de esta vez
El invierno más triste llegará;
Que el corazon perdió el aroma ya
De la feliz niñez;
Caed, hojas, caed.
Mis ilusiones ¡ay! amarillentas
Perdieron el verdor,
Que mostraban del dia soñolientas
Al matinal albor.
Sólo el ciprés
Con hojas queda en medio del jardin;
Mas nunca hará su nido el colorin
Allá en su lobreguez;
Caed, hojas, caed.
De mi laud las últimas canciones
Marchitas volarán
Con vuestras esmeraldas y festones
Que lleva el huracan.
Con su jaez,
Desnudo de colores y arrebol,
Vestirá del Enero el turbio sol

Su amarga vïudez;
Caed, hojas, caed.
¿Quién sabe dónde vais, hojas galanas
Que orlabais el pensil
Al murmurar las ráfagas tempranas
Del céfiro de Abril?
Fué vuestra red
Magnífico palacio á mi ilusion,
Que de fe henchia el jóven corazon.
¡Ay! hojas, responded:
Mas no, caed, caed.
Y en alas de los vientos del otoño
Doradas hojas id,
Y del sol del Abril en el retoño
Segunda vez lucid,
Que yo no volveré,
Mustia yedra que el viento derribó,
A vestir de un alcázar que se hundió
La colosal pared:
Caed, hojas, caed:

Fresca y leve guirnalda de los años,
¡Qué leccion ofreceis á nuestros ojos!
¿Pasan así del hombre los engaños,
Pálida flor, que morirá entre abrojos?
Son hojas el poder y la grandeza;
Hojas serán los lauros de la gloria;
Hojas tambien amores y belleza,
Y hojas, en fin, las hojas de la historia.
Frágiles son los árboles de vida,
Que en el Eden no mecen su follaje;
Y al soplo de la muerte sacudida
Pierde su copa el delicado encaje.
Los godos ensalzaron á Toledo,
Y con sus fiestas la pobló Rodrigo.
¿Señalaria un ángel con el dedo
Do fué el alcázar del placer testigo?
Los árabes danzaban en la Alhambra

Al son de sus metálicos lelíes
Los mágicos compases de la zambra
De los abencerrajes y zegríes.
El árbol de su pompa despojaron
Los vientos de Aragon y de Castilla,
Y náufragas sus hojas hacinaron
Del africano mar junto á la orilla.
¡Oh! si esa mar con encumbrado vuelo
Rauda cruzara la encendida mente!
¡Si el sol de los desiertos desde el cielo
Fulminara su luz sobre mi frente!
Debajo el manto de su arena roja
¡Cuántas hundidas glorias no encontrara!
¡Cuánta huella gigante en su congoja
Mi desolada planta no borrara!
Hojas del árbol de la humana alteza,
Babilonia! Persépolis! Palmira!
En polvo vuestra pompa y gentileza
Con el turbion de los desiertos gira.
Las piedras ve rodar del Capitolio
Roma vuestra señora deshojada,
Sin que vea las menguas de su solio
La púrpura imperial despedazada.
Arbol de libertad, corona un dia
De esa Polonia que canté por triste.
Santa ilusion de gloria y alegría,
¿De tu verdura sin igual, qué hiciste?
El huracan desnudo te ha dejado,
Y circundó tu tronco de miseria,
Tus bellas hojas, ¡ay! han alfombrado
Los páramos incultos de Siberia.
Los bosques que en el Vístula se miran,
Blandos al soplo del Abril se mecen;
Pero las dulces auras que suspiran
El árbol que murió no reverdecen.
Roma la prostituta corrompida
Vió agostarse su flor entre los vicios;
Y el templo de Persépolis hundida

Entornó á la virtud los áureos quicios.
Y cayó por cobarde Babilonia
Con sus murallas, fiestas y pensiles;
Mas tú, infeliz magnánima Polonia,
¿Dó escondes el laurel de tus abriles?
Crímenes y virtud juntos descansan
¡Oh mi Dios! en la noche de la huesa:
Y las mortales ráfagas amansan
Sólo al cruzar por su tiniebla espesa.
Arbol es ¡ah! la gloria de este mundo,
Que en el otoño pierde su beldad,
Y un huracan lo azota furibundo
Que sopla de la oscura eternidad.

Mas si pasan las naciones,
Y los fuertes, sin espada,
Van por desiertas regiones;
Si ha perdido sus blasones
La virtud abandonada;
¿Qué eres tú, esperanza mia,
Del Agosto exhalacion,
Á quien por frágil queria,
Y que en mi engaño fingia
De perpetua duracion?
¿Qué eres tú que henchiste el alma
De zozobras y de encanto,
De dulcísimo quebranto,
Cuando te cedí mi calma
Y me dejastes el llanto?
Era mi amor dulce nido
Colgado en tan frágil hoja,
Que con el viento ha caido,
Y yo ¡triste! le he perdido
Por no haber quien le recoja.
Sombra de la clara fuente,
Do los pájaros cantaban;
Do yo canté blandamente
Cuando las brisas volaban

Del estío por mi frente;
   Tus plantas desnudas hoy
Con susurros no acompañan
Las quejas que al viento doy,
Y zarzas sólo enmarañan
El camino por do voy.
   Cuando tornen á su canto
Las aves en primavera
Y el Abril tienda su manto
De flores por la pradera,
Borrando huellas de llanto;
   ¿Me volverá á mi las flores,
Vírgenes de juventud?
Y sus dulces ruiseñores
¿Volverán á mi laud
El cantar de los amores?
   Hojas de mi gloria, el nido
Con vosotras ha volado
A los campos del olvido,
Y sólo yo lo he llorado,
Porque sólo lo he querido.
   Y nunca más tornará
De tan opacas regiones...
Adios, célicas visiones!
Que el alma ha perdido ya
La fe de las ilusiones.

   Hojas doradas, últimas, queridas,
Que mi amor cariñosas amparasteis;
Que de encanto y placer estremecidas
A sus pasadas trovas murmurasteis:
   Hojas, que, como yo, volar le visteis
Y que sin mí le seguireis en breve,
Que entónces mi dolor compadecisteis;
Veladle ¡ay Dios! con vuestro manto leve.
   Veladle: y, tristemente susurrando,
«El poeta, decidle, nos envia,
Que en tinieblas sin fin se quedó allá,

Su amor, su pena, y soledad cantando:
Mas canta, blanco cisne, en su agonía:
Y su cítara en breve callará!»

AL DOS DE MAYO.

Roncos clarines, negros atambores,
Música triste, pompa sacrosanta,
Que alzais eco de gloria y de dolores
Al sol que del oriente se levanta;
Venid, vibrad en mi enlutada lira
Con un cantar de inspiracion y duelo,
Y la llorosa vírgen que suspira
Tienda en sus cuerdas el flotante velo.
Venid, hermosas, y en doliente coro
Cantemos de la patria la amargura:
Reguemos, sí, con encendido lloro
El sauce de esa noble sepultura.
Cayeron los hermosos y valientes
Que el pendon levantaron de Padilla:
Allí sin vida las hidalgas frentes
Rodaron sobre el suelo de Castilla.
Hélos allí! Sobre el triunfante carro
Tal vez despiertan del eterno sueño:
Tal vez palpita el corazon bizarro
Al sacudir el eternal beleño.
Alzan quizá la indómita cabeza
En el lugar de su valor testigo,
Y revuelven la vista con fiereza
En busca del pendon del enemigo.
¿Dónde están sus famosos estandartes?
¿Dónde reluce su nombrado acero?
¿Por qué los españoles baluartes
No derrumba el cañon del extranjero?
Sus águilas de sangre amancilladas

Traspusieron la cima de los montes,
Y el leon las llevó despedazadas
Bajo el sol de los patrios horizontes.
Allí otra vez los lauros de Pavía,
Allí otra vez de San Quintin la gloria,
Coronaron tu sien ¡oh patria mia!
Con su diadema de inmortal memoria.
¡Prez á los esforzados que murieron!
¡Himnos sin fin al castellano nombre!
Nunca los siglos tan feliz lo vieron,
Nunca tan alto lo soñara el hombre.
Doblad, soldados, la gallarda frente:
Dormid en paz el sueño de la huesa;
Que el sol de vuestro honor resplandeciente
Ya no nos roba el águila francesa.
Hijos y hermanos á llorar venimos
Al pié de ese sarcófago sagrado,
Donde morir con alta frente os vimos,
Do la noche tal vez hemos llorado.

¡Francia, Francia! la intrépida guerrera
Que un dia paseaste
Por la vencida y humillada Europa
La tricolor bandera;
Que déspotas soberbios derrocaste
Cuando de libertad en la áurea copa
La sed de las naciones apagaste:
Tú, la de los valientes y esforzados,
Que al galope tomaban los navíos,
Cuando eran tus soldados
El rayo de la guerra
Que los fuertes alcázares sombríos
Barrian de la sierra,
Cual barre el sol la bruma de los rios;
¿Por qué tan rica, tan feliz cosecha
De porvenir, de libertad y gloria
Entregaste deshecha
En las manos de un déspota? Tu historia

Escrita con la sangre del esclavo,
Con la sangre del bravo,
Con la sangre del rey y del pechero,
Coronada de llamas,
De nobles oriflamas
Rotas por el cañon del extranjero;
¿No era, di, levantada y refulgente
Más que el cometa ardiente
Que, al rodar por los ámbitos del cielo,
Alumbra con su luz y espanta el suelo?
¿No te bastaba, dime,
Mandar en el soberbio capitolio,
Despertar en su tumba á los romanos,
Y en ímpetu sublime
Volver á la República su solio;
Romper de los germanos
La indómita falanje
Con tu acerado y destructor alfanje?
¿No bastaban las brisas
De la encantada Italia y sus riberas
Para mecer ligeras
Tus palmas, tus laureles y divisas?
Y nó que confiada
Y en tu orgullo y valor desvanecida,
Haciendo de tus huestes vano alarde,
A un capitan rendida
Le ceñiste tu acero por la tarde
Y te dormiste alegre y descuidada
En brazos de tu próspero destino,
Soñando triunfos, juventud preciada,
Y oro y placer al fin de tu camino...
Te despertastes ebria de esperanza,
De sangre y de conquista;
Y al extender la vista
Por la española tierra,
Blandiste loca la probada lanza
En la encumbrada sierra
Y te digiste: «Al pueblo castellano

»Mis hazañas deslumbran y mis hechos;
»Le tenderé con amistad la mano;
»Su honor y sus derechos,
»Sus generosos timbres y blasones
»Mis bardos cantarán en dulces sones.
»Y cuando adormecido
»A su traidor y mentiroso acento
»Yazga el leon de España,
»Con ligaduras le ataré sin cuento.
»En vano el monte atronará su saña,
»Me sentaré en el trono de sus reyes;
»Y regirán mis leyes
»A los soberbios dueños de dos mundos,
»Y domaré sus pechos iracundos.»
Y con traidora oliva
Bajaron de las cumbres tus guerreros:
Cruzó el cañon los campos españoles,
Y aciaga lumbre esquiva
Derramaron tus fúlgidos aceros.
¡Vergüenza sobre ti que en torpe dolo
Al soldado indefenso acometiste!
¡Vergüenza sobre ti, terror de Europa!
La de los caballeros sin mancilla!...
Porque el honor perdiste
Del lento Manzanares en la orilla;
Que del leon al áspero rugido
Hambrientos sus cachorros acudieron,
Y tú con el renombre mal hallada
Que tus hijos hubieron,
Convertiste en puñal la noble espada,
Y tu luz y valor se oscurecieron.
Tú que en el Tiber y en el Rhin triunfabas,
Tú que en las ondas del distante Nilo
El sol de los desiertos reflejabas
De tus aceros en el limpio filo;
Tú, la que en las pirámides gigantes,
Al trueno de tu ronca artillería,
Escribiste con letras relumbrantes

Tu prez republicana y su valía;
¿Por qué estrellar los niños inocentes
Y beber de las vírgenes el lloro
Y emplear el fusil de tus valientes
En manchar tu esplendor y tu decoro?
De la sangre de un pueblo de guerreros
Sacias, mezquina, el corazon bastardo;
¿Dónde están los famosos caballeros
Del pendon de Luis y de Bayardo?
  Con bajo ardid y con mentira aleve
De los fuertes el brazo desarmaste,
Y de la flor de Mayo el alba nieve
Con su sangre caliente matizaste.
  ¿Por qué no los venciste en la pelea
Si eran valientes, nobles y leales;
Si al sol que en el oriente centellea
El resplandor le hurtaban sus señales?
  Tú te digiste: «En un sangriento lago
»Sumergiré de su leon la raza,
»Temblarán de mis lanzas al amago
»Cuando resuene el cuerno de mi caza.»
  Pensaste ¡vive Dios! como cobarde,
Que el corazon no hiela el torpe miedo
Donde la llama de los héroes arde
Que alzó Padilla en la imperial Toledo.
  ¡Goza en tu crímen, miserable, goza!
¡Harto de llanto y de dolor te viene:
Que á tu espalda la invicta Zaragoza
Luengos y oscuros lutos te previene!
  Tú, que soñabas triunfos y quimeras,
¿Por qué cubre el rubor tu altiva sien?
¿Dónde están los cañones y banderas
Que atronaron los campos de Bailén?
  Llegó tu hora: el español coraje
Se despertó del sueño en que yacía;
Y ver pudistes el nefando ultraje
Como el genio del mal en tu agonía;
  Que, al mirar en la noche de la Albuera

Irse apagando el faro de tu gloria,
Ya el águila cantaba lastimera
La sangrienta jornada de Vitoria.
¡Caiste! Para ti no hay esperanza:
Carcomió el crímen tu luciente arnés;
Secó tus lauros y rompió tu lanza:
Sobre tu tumba crecerá el ciprés!...

Venid, doncellas hermosas,
Venid, niños inocentes,
Y con laureles y rosas
Y con las ramas llorosas
De los sauces de las fuentes,
Coronad el mármol frio,
Templo de nuestra grandeza;
Miéntras que el cántico pio
De religion su pureza
Vierte cual suave rocío.
El himno de los cañones
Con esa mística nube
De inciensos y de oraciones
En vagarosos festones
A la azul boveda sube.
Y un pueblo entero postrado
Viene á rezar por los muertos,
Y ardiente y acelerado
Late el corazon honrado
Ante sus despojos yertos.
¡Oh cuán hermoso es morir
Por la patria que se adora!
¡Cuán puro y noble dormir
Bajo el mármol que atesora
La fama y el porvenir!
La vírgen que se arrodilla
Sobre el césped del guerrero,
Cuando del cielo en la orilla
La luna pálida brilla
Por las noches del Enero;

Y el jóven que por su frente
Siente pasar generoso
Del honor el soplo ardiente
Que murmura sonoroso
En los lauros del valiente;
Y el rugoso y noble anciano
Que siente en su corazon,
Ante el mármol soberano,
Zumbar el eco lejano
De la guerrera cancion;
Angeles son de consuelo,
De la noche dulces flores
Que derraman sus olores
De las tumbas en el duelo,
De la ausencia en los dolores.

La voz de los cañones se ha apagado
Que retumbó de Mayo á la memoria:
Solos quedais en el desierto Prado,
Solos con el arcángel de la gloria.
Y á su pié vibra el arpa del poeta
Para cantar los himnos de la tumba;
Miéntras el aura de la noche inquieta
Entre los sauces desmayados zumba.
Régia corona, campos milagrosos
Que ve el conquistador en sus ensueños,
Crepúsculos de amor esplendorosos,
De juventud pensiles halagüeños,
¿Qué sois ante la tumba del soldado
Que por la patria libertad cayó?
¿Qué sois al pié del nombre blasonado
Que en letras de oro la virtud grabó?
¡Gloria á vosotros, que, de patria al nombre,
De libertad al generoso acento,
La luz alzasteis del honor del hombre
Sobre las alas del sonante viento!
¡Imágen santa de la patria mia,
Mi corazon adora tu bandera!

Yo las guirnaldas del amor daria
Por un sepulcro en tu feliz ribera.
  Por un sepulcro que tu llanto riegue,
Por un sepulcro que tu flor corone,
Y á dó en la noche palpitante llegue
Cántico triste que tu voz entone.
  Héroes de Mayo, el fuego de la guerra
Los déspotas encienden en los montes,
Y empaña el humo á la española tierra
El sol de sus brillantes horizontes.
  Mi brazo es débil, y en el arpa mia
Los cánticos no vibran de Tirteo;
Y su lánguido son apagaria
La tromba del gigante Pirineo:
  Mas si despunta el alba de la gloria
Al áspero silbar de la metralla
Y descuellan las palmas de victoria
Entre el ronco fragor de la batalla,
  Yo arrojaré mi lira en el torrente
Con sus trovas de amor y de pesares,
Y humillaré con religion la frente
Al pié de vuestros ínclitos altares.
  Y de ese mármol del honor testigo
Descolgaré la generosa lanza
Y ante al plomo al caer del enemigo,
Muriendo allí, repetiré: ¡Venganza!

UN DIA DE SOLEDAD.

L' esprit de la priere et de la solitude
Qui plane sur les monts, les torrents et les bois,
Dans ce qu' aux yeux mortels la terre a de plus rude
Appelá de tout temps des ames de son choix.

LAMARTINE.

Hay una voz dulcísima, inefable,
De tierno encanto y apacible nombre,
Alada, pura, mística, adorable,
Música eterna al corazon del hombre.
Es *soledad* su nombre acá en la tierra;
Mas bendicion los cielos la apellidan:
Un misterio sin fin allí se encierra,
Y á su festin los ángeles convidan.
En alas de un espíritu divino
El alma vagarosa se levanta,
Hiende el éter azul y cristalino,
Y envuelve en nubes su ardorosa planta.
Y cuando acaba triste, acongojada,
Su peregrinacion de luz y gloria,
Cuando llega hasta el suelo quebrantada,
Pobre en ventura, espléndida en memoria;
Entónces mira en rutilante espejo
Reflejarse de Dios la omnipotencia,
Y, de la gloria pálido bosquejo,
Estremecerse el mundo á su presencia.
Y el sol, esplendoroso mensajero,
Los prados matizar de bellas flores,
Cual esclavo rendido y placentero
Que prepara el festin de sus señores.
Ve al céfiro mecer las arboledas
En homenaje al Rey del firmamento,
Y cual pendones de flotantes sedas
Ondear sonorosas en el viento.

Hombre es ya el alma que ángel se miraba,
Sér formado de muerte y esperanza.
Nave rota la quilla y en mar brava,
De dudas y de fe triste balanza.
Y con todo, la luz y la armonía,
Las aguas y los bosques y collados,
Los himnos de tristeza ó de alegría,
Los árboles sombríos y apiñados,
Vuelven la paz al conturbado pecho,
Apagan el volcan de las pasiones:
Duérmese el alma, cual en blando lecho
Tímida vírgen llena de ilusiones.
Sí; porque un eco á nuestra voz responde,
Cual la bóveda santa á las plegarias,
Y un ángel Dios en cada gruta esconde
Para oir nuestras quejas solitarias.
¡Oh! ¿por qué el genio triste y abatido
Cuya cabeza abraza un pensamiento,
Y que le ve marchito, escarnecido,
Rodar de la ciudad el pavimento;
Por qué, Dios mio, busca en la amargura,
Léjos del mundo, asilo y esperanza?
¿Por qué corre á ocultarse en la espesura,
Cual ciervo herido de enemiga lanza?
Nuestro espíritu es obra de tus manos,
Infinito cual tú, señor del mundo;
Y todo el esplendor de los humanos
No llenará vacío tan profundo.
Para escuchar tu voz consoladora
El sér contemplador deje los hombres,
Que vanidad ridícula devora
Y mueren por las letras de sus nombres.
Tú pueblas de visiones apacibles
La dulce soledad, inmenso templo,
Formas aéreas, suaves, bonancibles,
De tu poder y tu bondad ejemplo.
Por eso en los suspiros de las ramas
Suena la voz de un padre cariñosa,

Y el alma de un amigo en dulces llamas
Arde tal vez en nube silenciosa.
Por eso mira el enlutado amante
Allá á lo léjos entre parda bruma
Flotar la vírgen que perdió distante,
Cual en mar borrascosa blanca espuma.
¡Oh Dios! ¿qué explica el delicioso llanto,
La dulce turbacion que agita el alma,
Bálsamo de amargura y de quebranto,
Brisa templada en la profunda calma?
¿Es precursora de la paz divina,
La paz que goza el alma solitaria?
Y ese fanal de amor que la ilumina
¿Es de tu gloria santa luminaria?
¡Oh Dios! ¡una morada en el desierto,
Un pájaro que cante tu alabanza,
Con una flor sobre el peñasco yerto
Meciéndose, cual nave en la bonanza!
¿Para qué más riqueza ni ventura?
¿Para qué vanidades pasajeras?
¿De qué sirven amores ni hermosura,
Las palmas de la gloria lisonjeras?
¡Ay! nuestro corazon es un abismo
Y cegarlo con flores un delirio:
Es el hombre verdugo de sí mismo
Y por mentida fe sufre martirio.
Buscad la paz orilla de los mares,
Pedídsela á la bóveda estrellada,
Buscadla en las ruïnas y lugares
Que recuerden los tiempos y la nada.
Que delante de Dios y lo infinito
Truena la voz la verdad sonora;
Y cruza el alma, mísero proscrito,
Un golfo hácia su patria encantadora.

POLONIA.

Al príncipe Luciano Woroniecki.

Héla allí moribunda y quebrantada,
Por el suelo la rica cabellera;
Héla allí solitaria, abandonada,
Cual náufrago bajel en la ribera.
Héla allí que los déspotas cobardes
Vienen á escarnecerla en su agonía,
Y aprietan sus cadenas por las tardes
Para dormir tranquilos hasta el dia.
¡Polonia! ¡vírgen pura de los hielos,
Generosa, entusiasta, enaltecida!
La noche del sepulcro entre sus velos
Guarda tu juventud rica y florida.
Poco valió tu blasonado escudo,
Melancólica fada de las nieblas,
Y el guerrero atambor descansa mudo
Y velado en inmóviles tinieblas.
Que te fueron infieles tus memorias,
Solitaria nacion entrada á saco,
Y cayeron tus héroes y tus glorias
Bajo la inmunda planta del cosaco.
Tus antiguos pendones y estandartes
Se arrastraron por tierra moscovita,
Y ondea en tus feudales baluartes
La enseña de los déspotas maldita.
El Vístula se arrastra lentamente
Con cadáveres, armas y banderas,
Y lleva entre los muertos de tu gente
Tus vírgenes de blondas cabelleras.
Y á veces por piedad á tu memoria
Refleja vencedoras bayonetas,
Y te pinta ilusiones y victoria
Entre las brumas de sus aguas quietas.

Ilusiones; que el mísero cautivo
Sólo deleites mira en lo pasado,
Y á tu dolor ¡oh vírgen! tan esquivo
Solamente memorias han quedado.
Pasó Sobieski el noble y el guerrero,
El que alzó tu pendon resplandeciente;
Poniatowski el hermoso, el caballero,
Bajo las aguas escondió la frente.
La libertad tus pueblos levantaba:
La libertad te hacia grande y bella...
¡La libertad murió para la esclava
Y perdió sus amores la doncella!
Hoy, vírgen, solitaria y dolorida,
Madre sin hijos, reina sin blasones,
Tu blanca ropa en sangre está teñida,
Y tu frente sellada con baldones.
Y esa Europa que via tu quebranto,
Esa Europa que culta se llamaba,
Que miró tus ultrajes y tu llanto
Y tu flor que en la sangre se ahogaba;
Esa Europa del débil protectora
¿Te tendia una mano de consuelo?
¿Fué á levantarte al despuntar la aurora,
Cuando hollada rodabas por el suelo?
No; que tembló decrépita y cobarde,
Y apegada á villanos intereses,
Hizo de humanidad pomposo alarde,
Pero plantó tus campos de cipreses.
Dijeron sus ministros y sus reyes:
«Escribid una nota en favor suyo:»
Y á la merced de un déspota sin leyes,
Dejaron el honor y nombre tuyo!
¡Te han dejado morir, vírgen del polo!
¡Te han dejado morir! ¡malditos sean!
Que ellos hundieron con innoble dolo
Tus derrumbadas torres que aún humean.
¡Ah! no pongas en ellos tu esperanza,
Porque te venderán cual te han vendido,

Porque dobla sus brazos una lanza,
Porque el orin sus armas ha podrido
¡Miserables! el dia del combate
¿Dó buscarán la fuerza y valentía?
Pagarán con dinero su rescate!
Llorarán cual mujeres su agonía!
Cuando vean sus niños estrellados,
Cuando vean sus hijas sin decoro,
A ti se volverán desesperados,
Y tú responderás: «Sálveos el oro!»

Mas otro porvenir guarda la suerte,
Polonia, para ti, y otros blasones;
Mira la juventud alzarse fuerte,
Rica de libertad y de ilusiones.
Mírala, sí, y espera en tu agonía,
Porque ella ve tus lágrimas de duelo,
Y no está léjos el hermoso dia
Que un sol de libertad muestre en el cielo.
Tus hijos van por ignoradas tierras,
Lleno su corazon de tus encantos,
Pensando en los amores que tú encierras,
En la fe de sus padres y sus santos.
Tus hijos volverán á tus llanuras,
Y sollozando abrazarán tu suelo,
Y al recordar pasadas amarguras,
Los turbios ojos alzarán al cielo.
Que es el Eden la patria de la vida,
Primer amor que el corazon inflama,
Estrella en una mar embravecida,
Perdida voz que nos cautiva y llama.

Cuando guerrera lidiabas
Era yo débil y niño;
Pero el alma entusiasmabas,
Y yo te dí mi cariño,
Tan sólo porque penabas.
Llegó al fin la juventud

Con su celaje liviano,
Y en mi ardorosa inquietud
Yo miré en ti la virtud
Luchando contra un tirano.
  Y murieron ilusiones
En las que el alma creia;
Mas tu amor en mi crecia,
Al compas que tus baldones
Mayores son cada dia.
  Y al contemplar tus pesares
Sintiendo mi sangre hervir,
Sentí grande mi vivir;
Acallé tristes cantares;
Tuve fe en el porvenir.
  Y acaricié en mis ensueños
Auroras de libertad,
Dias para ti risueños;
Lanzados de tu ciudad
Ví tus despóticos dueños.
  Que es tu causa la del mundo,
La del cielo y de los hombres;
Vírgen pura no te asombres,
Si ves en el cieno inmundo
Los déspotas y sus nombres.
  Que el cielo se cansará
De tamaños desafueros;
Que el cielo quebrantará
Como un vidrio sus aceros,
Y ese dia llegará.
  Y ese dia no habrá nubes,
Sino arreboles de gloria,
Himnos de paz y victoria,
Y escribirán los querubes
Con fuego tan rica historia.
  Y entónces te alzarás pura
De esa mancha que hoy te afea,
Espléndida en hermosura,
Cual faro que centellea

Sobre una playa insegura.
¡Vírgen! el Dios que murió
Por el bien de los humanos
La libertad nos dejó:
¡Perezca el dia que vió
Levantarse á los tiranos!
Mas los dias pasarán,
Y las naciones verán
Tu amargura y tu abandono,
Y entónces desplomarán
Sobre el verdugo su trono.
Y otra vez serás gloriosa,
Y otra vez afortunada,
Y triunfal música honrosa
En ti sonará velada
En tu niebla silenciosa.

Espera, sí, que es bella la esperanza,
Que el cielo nos la dió para el pesar;
Y á ti, infeliz, te toca la mudanza,
Porque sobrado fué tu sollozar.
¿No escuchas, dime, en alas de los vientos
Que de Siberia llegan hasta ti,
Sentidos y dulcísimos acentos,
Blandos como un perfume de alhelí?
¿No sientes, dime, en la callada noche,
Entre tinieblas, soledad y horror,
Alzarse de tus huesas un reproche
Contra tu odioso y bárbaro señor?
Es la voz de tus hijos, que allí esperan
La aurora de la dulce libertad:
Tus muertos son, que helados vituperan
Al que llevó arrastrando tu beldad.
Y siempre fué solemne profecía
La voz que de los túmulos salió:
Siempre del desterrado la agonía
Al cielo melancólica subió.
No temas, no, sin héroes eclipsarte,

Solitaria vïuda con tu afan,
Que si tus hijos mueren, á poblar te
Del destierro los ángeles vendrán!

EL CISNE.

Monarca de los pájaros marinos,
Cisne hermoso,
Que á veces por los golfos cristalinos
Vas vistoso;
Que á veces cortas solitario estanque,
Barco alado,
Desafiando al viento y á su arranque
Desbocado;
Oyeme, y no así loco te envanezcas
Con tu pluma,
Porque los besos y el amor merezcas
De la espuma:
Que siendo tan espléndidas tus alas,
Solo un dia
No es plazo que la suerte con sus galas
Fijaria.
No la provoques, no, que débil eres
Para ella,
Y no por blancos búrlanse los séres,
De su estrella.
¡Ay! guarda, guarda esa liviana pompa,
Que es muy loca;
No sople el viento, y mísero te rompa
En una roca.
Que el cielo no te dió tanta belleza
Por jactancia,
Ni dió á la flor por eso gentileza
Y elegancia.
Formóte Dios para que viera el hombre

Tu existencia,
Y amara bajo el velo de tu nombre
La inocencia.
Y es la inocencia tímida y graciosa,
No liviana,
Flor que apartada crece y candorosa,
Nunca vana.
Oye un momento, pájaro orgulloso,
No te ciegue
Ver que el agua en cambiante tan vistoso,
Tu ala riegue.
La veleta en la torre por altiva
Llama al rayo,
Y á veces, por audaz, llora cautiva
Flor de Mayo.
¡Ay! no despliegues tan liviana pompa,
Que es muy loca,
No sople el viento, y mísero te rompa
En una roca.

Mas ¡ay de mí! porque dudo
Cuando grave te aconsejo,
Y el pensamiento desnudo
Titubea, pobre viejo,
Sin creencia y sin escudo.
Que el alma vaga perdida
En semejantes combates,
Y ve empañarse la vida,
Y en la pelea reñida
Perder la fe sus quilates.
Porque, humilde y cariñoso ,
Como vano y altanero,
Sobre tu cuello vistoso,
Sobre tu plumaje hermoso
Veo blandirse un acero.
Si hay luz en el firmamento,
Y si hay blando movimiento
En las olas de la mar,

Águilas hay en el viento
Que te quieren devorar.
Hasta en las aguas verdugo
Hay para ti, blanco sér,
Que en todas partes un yugo
Al sér eterno le plugo
En tu cerviz imponer.
Para desdicha mayor,
Á mirarte alcanzó el hombre,
Y le prendó tu candor,
Y le encantó tu color,
Y halló sonoro tu nombre.
Entónces, adios paseos
Por las llanuras del mar,
Adios gala y contoneos:
Pasaron los devaneos,
Llegó la hora de cantar.
Cantar, dejar de existir,
Palabras iguales son
Para ti, que al sucumbir,
Del cantar y del morir
Vienen á ser eslabon.
Canta, sí, canta tu muerte,
Que si posible te fuera
Ver la suerte que te espera,
Comenzaras á dolerte
En cancion más lastimera.
No alcanzarás un suspiro
Cuando, vil mercadería,
Consumas en el retiro
La pompa que en leve giro
Cortar los mares solia.
Y en lugar de las caricias
Con que el agua te halagaba,
Cuando eras tú sus delicias,
Darán tu pluma en albricias
Tal vez á mísera esclava.
O serás perdida alhaja

De alguna infame ramera,
Que en su garganta altanera
Te convertirá en mortaja
De la virtud hechicera.
  En impuras bacanales
Empañaráse el candor
De tus alas virginales:
Perderse ¡ay! veo la flor
De tus gracias celestiales.
  ¡Ay, pájaro sin ventura!
Si morir es tu destino,
Si allá de la sombra oscura
Llega la muerte segura
En el ronco torbellino,
  ¿Por qué no gallardearte
Cuando la vida es tan bella,
Y á su magia abandonarte,
Y vistoso engalanarte,
Como la gentil doncella?
  Tus memorias nada más
Sobradas á defenderte
Debieran ser de la muerte;
Ni en tu belleza jamás
Debió cebarse la suerte.
  Que en las doradas edades
Cobijó tu pluma un Dios:
De ti salieron beldades
Soberanas de ciudades,
Y luceros dos á dos.
  Y si tu encanto es igual
Al que en la Grecia risueña
Te elevó á sér celestial,
¿Cómo ya sólo animal
Eres de forma halagüeña?
  Pero si vas á morir,
¿Qué importa un misterio más?
¡Ay! el dejar de existir
Misterio es, que á concebir

No alcanzó el hombre jamás.
  Pues bien, si morir es ley,
Envanécete en la vida,
Alza la frente florida,
Que tu corona de rey
No está del todo perdida.
  Deja un recuerdo de orgullo,
Si tu vivir se acabó;
La rosa de su capullo,
La fuente de su murmullo,
Cada una lo dejó.

Mas ¡ay! ¿de qué sirviera, desgraciado,
Loca memoria tras de ti dejar?
No mueras, no, soberbio y rebelado,
Más vale melancólico cantar.
  Más vale; que á la tumba solitaria
Del que bueno y sin culpas espiró,
Lleva el viento la tímida plegaria
De otro sér que en la vida le adoró.
  Si alguna vez desconocido el justo,
El mundo cruza y muere en su confin,
Baña su losa con llorar augusto
Arrodillado blanco serafin.
  ¡Pobre cisne, tan puro y reluciente!
La desesperacion no es para ti:
Si la huesa te llama tristemente,
Piensa que el hombre al cabo pára allí.
  Mírala como un puerto de esperanza,
Do los peligros cesan y el afan,
Como tierra de paz y bienandanza,
Sembrada de jazmines y arrayan.
  Que si para los hombres hay un cielo,
Mar para ti sereno habrá tal vez,
Más azul que los mares de este suelo,
Y más lleno de luz y brillantez.
  Porque es tanta tu gracia y tu inocencia,
Tan puro de tus alas el lucir,

Que, al acabar tu plácida existencia,
Miras tal vez rosado porvenir.
Tal vez por eso melodioso cantas,
Y te despides sin pesar del sol,
Y el cuello moribundo ya levantas,
Por gozarte al morir en su arrebol.
Abandónate al mar en que naciste,
Que amor y espuma tuvo para ti;
¡Ay! morir en la cuna nunca es triste,
Que el maternal dolor aguarda allí.
Piensa además que, emblema de pureza,
Al pasar has dejado una leccion...
Si el mundo la recibe con tibieza,
¡Lástima para él y compasion!

RECUERDOS DE LA INFANCIA.

El Sil.

Rio de las ondas claras
Y las arenas de oro,
Que en los remansos te paras,
Y de sus sombras amparas
Tu codiciado tesoro;
Yo, que mi frente infantil
Miraba en ti reflejar,
Sin que su terso marfil
Pudiera el ardor febril
De la pasion empañar;
¿Por qué no escucho un acento
De los dias de mi infancia
En tu raudal violento?
¿Por qué pasas turbulento
Con tu espuma y tu arrogancia?
¿Desdeñarán tus cristales

Ser espejo de tristeza,
Cual si pudieran mortales
De mi frente las señales
Ir á empañar tu pureza?
  Los dias de tu cariño
Fueron y de mi consuelo,
Cuando, bullicioso niño,
Via por ti sin aliño
Volar las nubes del cielo.
  ¡Oh quién pudiera volver
A tan rosadas auroras!
¡Quién pudiera detener
El huracan de las horas
Que llevaron mi placer!
  ¿Quién volverá al alma mia
Los perdidos pensamientos
Con que tus ondas seguia,
Y allí los desvanecia
Pesarosos ó contentos?
  Y aquel acento sin fin
Con que tu blando murmullo
Halagaba en tu confin
De la tórtola el arrullo
Y el cantar del colorin;
  Y la voz ronca y sonora
Con que al pasar saludabas,
Con que triste lamentabas
Murallas que son ahora
De la torpe yedra esclavas;
  ¿Do están, rio cristalino,
Que las perdió el corazon?
¿Fué su encanto peregrino,
Fué su prestigio divino,
Calenturienta ilusion?
  Cruzan tus aguas mis ojos
Hoy solitarios y oscuros,
Y no encuentran sus enojos,
Ni los helados despojos

De aquellos sueños tan puros.
¿Será que en la mente sólo
Moran ventura y pesar,
Y que el mundo es un lugar
De mentiras y de dolo,
Que disipa el despertar?
Que tus aguas corren hoy
Como corrian ayer;
Sólo yo mudado estoy,
Porque los pasos que doy,
Son pasos hácia el no ser.
Temerarios pensamientos
Cruzan mi frente marchita,
Y en dudosos sentimientos
Trémula el alma se agita,
Cual nave en contrarios vientos.
Esas aguas que llevaron
Con mi niñez mi ventura,
¿En dónde, rio, pararon?
¿Quizá las abandonaron
En el mar de la amargura?
Cuando fié mi esperanza
De tus frágiles arenas,
Soñaba sólo bonanza,
Paz y bienaventuranza
En tus orillas amenas.
Pero tormenta furiosa
Tus márgenes ensanchó,
Y mugiendo cenagosa,
Tus arenas arrastró
Con mi dicha candorosa.
Que luego jóven y triste
Por tus orillas busqué
La paz que dejar me viste,
Y á encontrarla no alcanzé,
Y sólo en la mente existe.
Y sin embargo es hermoso
Cabe tus aguas soñar,

Y el paisaje deleitoso
De un pasado venturoso
En tus cristales mirar.
Es hermoso, claro rio,
Amontonar las quimeras
Sobre tus ondas ligeras,
Junto á ese alcázar sombrío,
Que descuella en tus riberas.
Que si á tientas caminamos
Por las nieblas del vivir,
Y cuanto más avanzamos,
Otro tanto recelamos
Del oscuro porvenir,
No es mucho que inquieta el alma
Vuelva á mirar lo que fué,
Y llore si yerto pié
Huella la pasada calma
Y de la infancia la fe.
¿La ilusion es la verdad?
¿O es la verdad ilusion?
¿Es la ciencia vanidad?
¿Es la gloria soledad
Del humano corazon?
Las dudas ¡ay! atormentan,
El ánima combatida,
La turban y la amedrentan,
Y las flores ähuyentan
Del sendero de la vida.

Un tiempo descollaron en tu orilla
Altas memorias de gigantes hombres,
Resplandecientes armas sin mancilla,
Nombrados hechos, y gloriosos nombres.
En ti el romano, vencedor del mundo,
Llevó á beber sus miserables siervos:
Tú consolabas su dolor profundo
Delante de los déspotas protervos.
Y tú, al pulir el oro del romano,

Que mercenarias manos le labraban,
Viste cómo los ojos del tirano
Con la codicia vil centelleaban.
Tú sumidos los viste en torpe mengua,
Bien así como impúdicas mujeres,
Mover tan sólo la cobarde lengua
Para cantar sus lúbricos placeres.
Tú miraste la bárbara cuchilla
Sus crímenes lavar con sangre roja,
Y caer los tiranos en tu orilla,
Como en otoño macilenta hoja.
Viste despues en la vecina altura
Flotar al viento el pabellon templario,
Y su alcázar de gótica estructura
Retratarse en tu espejo solitario.
Sus nobles y cumplidos caballeros
Cantaban en tu márgen cristalina
Las empresas y honor de sus aceros,
El sepulcro de Dios, la Palestina.
Magnánimos, de lustre esclarecido,
Con tantas prendas de memoria eterna,
¿Cómo ¡ay Dios! sus blasones han caido
En pedazos al pié de su poterna?
Ellos tan valerosos y alentados,
Ellos tan grandes, de ánimos tan nobles,
¡Yacen bajo la yedra sepultados!
¡Allí descansan lúgubres é inmobles!
Pasaron los romanos desafueros,
Pasaron sus impuras bacanales,
Pasaron los templarios caballeros
Con sus lucientes armas y señales:
Y de los dos la infancia fué segura,
La juventud de entrambos rica y fuerte:
Y ambos cruzaron como sombra oscura
Los silenciosos campos de la muerte.
Y tú, rio, llevaste sus blasones,
Bien como la gentil infancia mia,
Bien como llevarás las ilusiones

De mi caduca frente en algun dia.
Ya que perdí mis dichas infantiles,
Tráeme, rio, de entónces una flor,
Una flor nada más de sus pensiles,
En cuyo cáliz vierta mi dolor!

Gentil y vistosa infancia,
Delicado y puro sueño,
Flor que un cáliz de fragancia,
Ufana con tu elegancia,
Viertes en valle risueño;
Pues por mi mal te perdí,
Ven mi mente á sosegar:
Recuerda que niño fuí,
Que entónces no conocí
Las tinieblas del pesar.
Tú eres para mí el amor,
Un amor triste y perdido,
Blando y lejano sonido,
Que lleva un viento traidor
Al desierto del olvido.
Por la noche y á la luna
Cruzan blancas tus memorias
Las aguas de la laguna,
Como encantadas historias,
Como prendas de fortuna.
Y el alma vaga con ellas
Abandonada y dichosa,
Olvidando sus querellas
A la luz de las estrellas
Vacilante y misteriosa.
Y entónces me creo niño,
Y sueño blanca mi frente
Como la piel de un armiño,
Y soy hermoso, inocente,
El hijo de tu cariño.

1838.

LA VIOLETA.

Flor deliciosa en la memoria mia,
Ven mi triste laud á coronar,
Y volverán las trovas de alegría
En sus ecos tal vez á resonar.
Mezcla tu aroma à sus cansadas cuerdas;
Yo sobre ti no inclinaré mi sien,
De miedo, pura flor, que entónces pierdas
Tu tesoro de olores y tu bien:
Yo, sin embargo, coroné mi frente
Con tu gala en las tardes del Abril,
Yo te buscaba orillas de la fuente,
Yo te adoraba tímida y gentil.
Porque eras melancólica y perdida,
Y era perdido y lúgubre mi amor;
Y en ti miré el emblema de mi vida,
Y mi destino, solitaria flor.
Tú allí crecias olorosa y pura
Con tus moradas hojas de pesar;
Pasaba entre la yerba tu frescura,
De la fuente al confuso murmurar.
Y pasaba mi amor desconocido,
De un arpa oscura al apagado son,
Con frívolos cantares confundido
El himno de mi amante corazon.
Yo busqué la hermandad de la desdicha
En tu cáliz de aroma y soledad,
Y á tu ventura asemejé mi dicha,
Y á tu prision mi antigua libertad.
¡Cuántas meditaciones han pasado
Por mi frente mirando tu arrebol!
¡Cuántas veces mis ojos te han dejado
Para volverse al moribundo sol!
¡Qué de consuelos á mi pena diste
Con tu calma y tu dulce lobreguez,

Cuando la mente imaginaba triste
El negro porvenir de la vejez!
  Yo me decia: «buscaré en las flores
Séres que escuchen mi infeliz cantar,
Que mitiguen con bálsamo de olores
Las ocultas heridas del pesar.»
  Y me apartaba, al alumbrar la luna,
De ti, bañada en moribunda luz,
Adormecida en tu vistosa cuna,
Velada en tu aromático capuz.
  Y una esperanza el corazon llevaba
Pensando en tu sereno amanecer,
Y otra vez en tu cáliz divisaba
Perdidas ilusiones de placer.

  Héme hoy aquí: ¡cuán otros mis cantares!
¡Cuán otro mi pensar, mi porvenir!
Ya no hay flores que escuchen mis pesares,
Ni soledad donde poder gemir.
  Lo secó todo el soplo de mi aliento,
Y naufragué con mi doliente amor:
Léjos ya de la paz y del contento,
Mírame aquí en el valle del dolor.
  Era dulce mi pena y mi tristeza;
Tal vez moraba una ilusion detras:
Mas la ilusion voló con su pureza,
Mis ojos ¡ay! no la verán jamás!
  Hoy vuelvo á ti, cual pobre vïajero
Vuelve al hogar que niño le acogió;
Pero mis glorias recobrar no espero,
Sólo á buscar la huesa vengo yo.
  Vengo á buscar mi huesa solitaria
Para dormir tranquilo junto á ti,
Ya que escuchaste un dia mi plegaria,
Y un sér hermano en tu corola ví.
  Ven mi tumba á adornar, triste viola,
Y embalsama su oscura soledad;
Sé de su pobre césped la aureola

Con tu vaga y poética beldad.
  Quizá al pasar la vírgen de los valles,
Enamorada y rica en juventud,
Por las umbrosas y desiertas calles
Do yacerá escondido mi ataud,
  Irá á cortar la humilde violeta
Y la pondrá en su seno con dolor,
Y llorando dirá: «¡pobre poeta!
Ya está callada el arpa del amor!»

IMPRESIONES DE LA PRIMAVERA.

  Otra vez en los árboles las hojas
Pueblan los vientos de murmullos leves,
Y se deshacen en las cumbres rojas
Al sol de Mayo las brillantes nieves.
  Límpidos los arroyos se dilatan
Por su márgen vestida de jazmines,
Y sus cantos suavísimos desatan
Los tiernos y pintados colorines.
  Y cantan la esperanza y los amores,
Miéntras las plantas aman y florecen,
Y en el nítido cáliz de las flores
Las amorosas auras se adormecen.
  ¿Por qué no amar, y al himno de natura
Juntar mi voz que por el yermo suena?
¿Por qué la frente jóven y segura
No levanto á la par de la azucena?
  ¿Por qué si el alma en ímpetu sublime
Puede medir los ámbitos del cielo,
Solitaria y oscura y triste gime
En pos de los amores y el consuelo?
  ¿Por qué en selvas vestidas de esmeralda
Y encantadas con música apacible,
Buscar una fantástica guirnalda,

Corona de una imágen imposible?
¡Ay del que eterna juzga del oriente
La blanca luz al despuntar la aurora!
Porque el sol de la tarde falleciente
Sólo la paz de los sepulcros dora.
Jóven y bella estás, naturaleza:
Ricas tus flores son, tu estrella amiga,
Tus céfiros aliento de pureza,
Y misterios y amor tu seno abriga.
Yo que, al dormir gozoso en tu regazo,
Despertaba al acento de tus fiestas,
Yo que estreché con ilusorio abrazo
El ángel protector de tus florestas;
Yo te miro volver sin alegría
Con tu ropa brillante de colores;
Que la tímida flor del alma mia
Perdió por siempre juventud y olores.
Sí; que al pasar el cierzo de las penas
El perfume robó de su corola,
Y la luna tan sólo en las serenas
Noches la envuelve en pálida aureola.
Jamás tu relumbrante panorama,
Espléndida y vistosa primavera,
Me volverá la consumida llama,
Los sueños de oro de mi edad primera.
Yo te via llegar enajenado
Y mirarte en las aguas de los rios,
Rico de amor, ajeno de cuidado,
Perdido en esplendentes desvarios.
Tú pasaste una vez y otra pasaste,
Y mis sueños de amor no se cumplian,
Y una vez y otra vez luego tornaste,
Y una vez y otra vez ellos volvian.
Mas llegó Julio, y la esperanza rota
Honda arruga selló sobre mi frente,
Y del pesar por la region remota,
Busqué la paz del ánima doliente.
Tambien en ella el ruiseñor cantaba,

Tambien la fuente sin parar corria;
Pero la fuente ronca murmuraba,
Pero el doliente ruiseñor gemia.
Y era su trova moribunda y vaga,
Canto de amor, de incertidumbre y pena,
Postrer acento de nocturna maga,
Flébil quejido que á lo léjos suena.

—«Pasan de Mayo las flores,
Con ellas va la esperanza,
Y apénas la mente alcanza
Voz lejana de placer;
Que, al tornar los turbios ojos
Al campo de la memoria,
Sólo encontramos la gloria
Entre las sombras de ayer.
»Trovador de los pesares,
Que te fingiste ventura,
Paz, abandono y ternura
En las músicas de Abril,
Ven á escuchar mis acentos,
Porque yo como tú lloro,
Tambien yo una sombra adoro,
Que fué orgullo del pensil.
»Yo suspiré en la enramada
Dulces ánsias á la rosa,
Y abrió su cáliz la hermosa
Para escuchar mi cancion;
Y la luna desde el cielo
Con luz amante bañaba
Su frente, que arrebolaba
La esperanza y la ilusion.
»Y yo entre sueños perdido
De fantásticos amores,
Aspiraba los olores
De su seno celestial;
Y entre las frágiles alas
Del aura de Mayo tierna,

Visiones de gloria eterna
Miró el alma virginal.
»Mas ¡ay! que el sol del estío
Mi esperanza peregrina
De la rosa purpurina
En el cáliz agostó;
Y una á una con sus hojas
Volaron mis ilusiones,
Y de mis tiernas canciones
Sólo un eco me quedó.
»Un eco triste y confuso
Que el campo de la amargura
Encanta con la ventura
Del desvanecido bien;
Y que en las cuerdas se mece
Del arpa de los pesares,
Al reflejar sus cantares
Las músicas del Eden.
»Ven á mí, triste poeta,
Arroja el arpa de oro,
Déjala al pié del tesoro
Que halagó tu juventud;
Que de tu amor los ensueños
Con mis ensueños volaron,
Y otro bien no nos dejaron,
Que un ciprés y un ataud.
»¡Ay! la fe pasa y la ilusion se pierde:
Por lo de ayer el corazon suspira:
Cae de los campos la corona verde:
Lágrimas sólo quedan á la lira!»

Calló la voz del ruiseñor, y el alma
Dejó sus flores en la playa oscura,
Su porvenir y su amorosa palma,
Y su corona de inmortal verdura.
¡Oh! nunca, nunca, Abril esplendoroso,
Me traerás, con tus pájaros gentiles,
De lo pasado el campo venturoso,

La flor de mis creencias juveniles.
 Volará la felice primavera,
Sin que un suspiro mio la acompañe,
Sin que furtiva lágrima siquiera
La palidez de mi semblante bañe.
 Que no de Mayo en el feliz retoño
El término hallaré de mis congojas,
Y al soplo de los vientos del otoño
Veré volar las macilentas hojas.
 Y cuando el alma en su dolor recuerde
Del corazon las flores esparcidas,
Yo cantaré el encanto que se pierde,
Como he cantado imágenes perdidas.

EL CAUTIVO.

 Callada la noche está,
Callada, limpia y serena,
Sin más voz que la cascada
Que á lo léjos se despeña;
Sin más música que el canto
Del ruiseñor que enajena,
Ni más lumbre que el templado
Resplandor de las estrellas.
Cerró la flor su capullo;
Todo es paz, todo es tristeza;
Solo está el llanc y el monte,
Y cual vírgen soñolienta,
De la sombra entre los brazos
Se duerme naturaleza.
 Dulce es vagar en la noche
Por la llanura desierta;
Ver sobre el lago pasar
En vapor y espuma envueltas,
Confusamente borradas,

Las flores de la existencia,
Y en las grutas de las rocas
Oir vaga y casi muerta
Del arpa de juventud
La voz del viento en las cuerdas.
Dulce es al alma cruzar
Con la brisa de las selvas
Esos aires que la luna
Confusamente platea;
Adormecer la razon
Con relumbrantes quimeras,
Y al alcázar de los sueños
Con desbocada carrera
Lanzar la imaginacion,
De amor y gloria sedienta,
Y allí una imágen buscar
Inefable, hermosa, eterna,
Inmensa como el espacio,
Como el corazon inmensa,
De luz vestida y de galas,
De asombro y misterios llena.

Dulce es soñar si en libertad soñamos;
Son dulces esos sueños,
Con que del porvenir ataviämos
Los campos halagüeños.
¿Mas qué importa al cautivo engalanada
La noche ver de estrellas,
Si no puede en su cárcel olvidada
Decirles sus querellas?
¿De qué sirven los astros que iluminan
Los patrios horizontes
Cuando su disco sin color inclinan
Sobre ignorados montes?
¡Prisma encantado! ¡libertad gloriosa!
¡Del alma santa flor!
¿Qué es junto á ti la frente de la hermosa?
¿Qué es junto á ti el amor?

Del otro lado del hercúleo estrecho
Hay un doncel cautivo,
De hidalga sangre y levantado pecho,
De corazon altivo.
¿Qué nombre esclarecieron sus mayores?
¿Dónde nació el cristiano?
¿La cumbre del poder y los amores
Tocó tal vez su mano?
El misterio le envuelve y la amargura
Y un mundo de pesares;
Y sólo el mar en la tormenta oscura
Escucha sus cantares.
Hélo, allí está; su frente generosa
Surcan hondas arrugas;
Así marchitan del Abril la rosa
Mortíferas orugas.
Hélo, allí está: sus ojos distraidos
Tal vez en busca van
De los campos que un tiempo florecidos
Miraron de arrayan.
De la noche al aliento regalado
Sus labios ha entreabierto,
Y escuchará su pena y su cuidado
La noche del desierto.

«¡Noche! serena estás, mágica y pura:
Ni un soplo turba tu feliz quietud:
Eres un sueño de la edad futura
Dorado por un astro de virtud.
Mas ¿por qué vienes ¡ay! tan encantada
Con todos los luceros hácia mí,
Si ya pasó la edad arrebatada
En que los lauros del honor cogí;
La edad en que la cítara amorosa
Vibraba al son de mi primera fe,
Cuando orlada de mirtos y de rosa
Delante de mi amada la arrojé?
Tambien amaba entónces las estrellas,

Noche serena, de tu manto azul,
Y esas nubes de nácar sin centellas
Que lo prendian como blanco tul.
Hoy de todas tus pompas y misterio
Sólo te pido sombra y soledad;
De todos los poderes de tu imperio
Las ráfagas que traen la tempestad.
Del otro lado de la mar, los mios
De la guerra cayeron al furor;
Y el ángel de mis tiernos desvaríos
Dejó en las aras de mi altar su amor.
Yo no tengo una madre ni una esposa
Que vengan á llorar en mi ataud,
Ni quien escriba en la extranjera losa
Las penas de mi amarga juventud.
Los lazos de la vida siento rotos;
La patria para mí perdida está,
Y el alma por los términos ignotos
De la duda y dolor cruzando va.
Y siento que estos muros y estas rejas
Van apagando el noble corazon,
Como el rumor se apaga de mis quejas
Sobre esa mar que azota el aquilon.
¡Oh! yo quiero volar por el desierto,
Correr por las orillas de la mar,
Y tras la nave que abandona el puerto
La fantasía juvenil lanzar.
Quizá pudiera la ilusion del alma
Del árabe en las tiendas entrever;
Tal vez al pié de solitaria palma
Me sonriera celestial mujer.
Y si la soledad es mi destino,
Y no ha de hallar un eco el corazon,
Si para siempre el resplandor divino
Se amortiguó de la primer pasion,
Las ciudades que fueron contemplara,
Y á su polvo diria mi pesar,
Y de mis cantos el poder bastara

De los siglos el duelo á despertar.
Sobre las aguas del soberbio Nilo
Viera el sol del desierto aparecer
Y, al morir, las pirámides tranquilo
En sus últimos rayos envolver.
Una leccion pidiera yo á la muerte,
Que descifrase el libro del vivir,
Y ella rasgando el velo de la suerte
Me mostrara la faz del porvenir.

....

....

Sueños de libertad y de consuelo,
Sobrado puros sois para verdad:
Tended las alas y subid al cielo;
Sueños de encanto y de placer, volad!
Nunca veré pirámides ni arenas,
Mares azules, ni radiante sol,
Ni del pié de la palma las serenas
Tintas de la mañana y su arrebol.
Sólo esa mar por cuya espalda un dia
Volaba en la tormenta mi bajel,
Alzará su clamor en mi agonía,
A mi abandono y mis desdichas fiel.
Sólo esa mar, mi amor y mi delicia,
Si, en la noche, azotada del turbion,
Bramando melancólica, acaricia
La eterna tempestad del corazon.
El amor de esa mar es mi ventura,
Que arrullará mi duelo al espirar,
Y sus olas vendrán mi sepultura
De espumas y de limo á coronar.»

La luna el firmamento plateaba
Pálida y bella la serena frente,
Y el ruiseñor la orilla arrebataba,
De aquella mar tan música y doliente.
El limpio azul de la celeste esfera
Playas sin fin mostraba al nuevo dia,

Y la aurora en la lánguida palmera
Ya sus primeras lágrimas vertia.
Un árabe á lo léjos galopaba;
Y entónces un suspiro el aire hendió,
Que en la prision cantaba:
¡«Ay de la flor que el viento deshojó!
¡Ay de la flor que de mirarse esclava
Toda su pompa y juventud perdió!»

A. F. O.

Dulce niña tan hermosa,
¿Por qué le pides cantares
Á mi lira,
Si está ronca y tenebrosa,
Y al eco de mis pesares
¡Ay! suspira?
Capullo de una flor pura,
Abierto al sol de la aurora
Placentero,
Guarda, guarda tu frescura
De la cólera traidora
Del Enero.
Cuando es para ti la vida
Un arroyo de mil flores
Coronado,
Que lleva su agua perdida
De mil pájaros cantores
Visitado;
Cuando tu serena frente,
Del corazon no revela
Tempestades,
Ni á la solitaria fuente,
Donde la luna consuela
Á las beldades,

Vas á decir tu agonía,
Vas á cantar tu tristeza
Ó tu quebranto;
¿Por qué empañar, alma mia,
Esa angélica pureza
Con mi llanto?
¿Acaso, juzgas, hermosa,
Los misterios de amargura
Y de dolores,
Y ángeles ves cariñosa
En ellos, de frente pura,
Voladores?
No, mi vida, que es engaño
Esa luz en que creemos
Cuando niños,
Y su horizonte es extraño,
Y sin madre allí nos vemos,
Ni cariños.
Vuelve, vuelve á la floresta
Donde los pájaros cantan
Sus amores,
Limpia, angélica y honesta,
Como rosas que levantan
Sus olores.
Tu destino no es el mio,
Que eres tú sobrado bella
Y cariñosa:
Nunca en mi cielo sombrío
Relumbrará alguna estrella
Tan hermosa.
Dulce niña, en mi laud
El cantar de la esperanza
Se ha perdido,
Y á mi triste juventud
El puerto de la esperanza
Es el olvido.
Yo no te canto, ángel bello,
No soy cantor de alegría

Ni venturas,
Ni de tu frente un destello
Derrama en el alma mia
Sus dulzuras.

Adios, adios, mi lira se adormece
En el hondo letargo de la pena:
Tal brilla en los desiertos y perece
La perfumada y cándida azucena.
Adios, adios; el arpa solitaria,
Que tus abriles no acertó á cantar,
Sonará al son de tu infeliz plegaria
En las lúgubres noches del pesar!

Agosto de 1838.

A.....***

Sentimientos perdidos.

Es el amor del poeta
Flor de un ignorado valle,
De gentil y puro talle
Y de encendido color.
Crece en la sombra confusa,
En claras aguas se mira,
Y en ella el aura suspira
Con delicioso rumor.
Pero sólo se despliega
A los rayos de la luna,
Porque menguada fortuna
Cupo á la triste tal vez;
Que es en verdad bien menguada
Y melancólica suerte,
Irse arrastrando á la muerte
En amarga viudez;
Sentirse rica en perfumes,

Sentirse rica en colores.
Rica tambien en amores,
Y solitaria llorar,
Y no encontrar unos ojos,
Con ser tan pura y tan bella,
Que se reposen en ella,
Y la miren con pesar.
Bien haces, flor sin ventura,
En descorrer por la noche
El tornasolado broche
De tu cáliz de afliccion;
Que, á falta de humanos ojos,
Las moribundas estrellas
Llorarán tus hojas bellas
Con lumbre de compasion.

¡Triste poeta! ¡palma descuajada
De un campo de ventura!
Nacido en una patria allá apartada
De sombras y verdura;
¿Qué haces perdido en el helado suelo
Vagando sin cesar,
En busca de un acento de consuelo
Que temple tu pesar?
¿No sabes, di, que el llanto de amargura
Al mundo contamina,
Y que anubla su paz y su ventura
La frente que se inclina?
¿No sabes, desgraciado, que en el suelo
Rotas se ven tus alas,
Y que sólo en las bóvedas del cielo
Desplegarás tus galas?
....
Escucha: yo era niño, y en mi frente
Brillaba la esperanza,
Y el porvenir abríase esplendente
De gloria y bienandanza.
Edificio de nácar y diamante

Era mi dulce vida:
Iluminaba estrella rutilante
Mi juventud florida.
  Tierno latió mi cozazon de niño
Con delicioso amor,
Y, á su compas, otro infantil cariño
Latió consolador.
  Entónces yo canté, yo fuí poeta,
Que era bello cantar,
Como es bello á la humilde violeta
Su cáliz desplegar.
  Mas el alma dormia confiada
So nube tormentosa,
Y vióse al despertar abandonada
En noche tenebrosa.
  Que soplaron los hombres en mi frente
Con su furor impío,
Y huyó con mi ventura velozmente
El tímido amor mio.
  Huyó el amor dichoso, esperanzado,
El mísero quedó,
Y entre espinas y abrojos arrastrado,
El alma ensangrentó.
  Que sólo ofrecer pude al ángel mio
Quebranto y maldicion,
Y ante la muerte me tendí sombrío
Con mi fatal pasion,
  Y la canté con enlutada lira,
Orillas del torrente,
Que en ronca voz consuela al que delira
Con abrasada frente.
  Y por la noche la canté á la luna,
Lámpara del pesar,
Y regué con mis lágrimas la cuna
Del turbulento mar.
  Y mi amor en los aires exhalaba,
Desterrado del mundo,
Y otro mundo de duelo me formaba

En mi dolor profundo.
  Otro mundo sin luz y sin placeres,
De llanto y soledad,
Poblado de fantasmas de mujeres
De juvenil edad.
  Mujeres, que llorosas se volvian
Para mirar su infancia,
Y al cabo de la vida bendecian
Sus años de ignorancia.
  Lentas cruzaban la tiniebla oscura,
Con suelta cabellera,
Cantando en bajo son su desventura
Con trova lastimera.
  Y una entre todas pálida y doliente
Mirábame al pasar,
Y su mirada fija tristemente
Me hacia palpitar.
  Que era ¡ay Dios! el ensueño de mi vida,
La vírgen que adoré,
Solitaria en las sombras y perdida
Moviendo el leve pié.
  Una sonrisa triste y resignada
Sus labios entreabria,
Y en sus ojos estrella amortiguada
Reverberar se via.
  Su mano cariñosa me apartaba,
Con lúgubre inquietud,
De aquella oscuridad, que así empañaba
Su pura juventud.
  Entónces desbocado torbellino
Llegaba bramador,
Y llevaba el fantasma peregrino
Con hórrido fragor.
  ¡Oh Dios! bien melancólico era el sueño:
Mas ¡ay! que al despertar,
Al lado de la vida era risueño
Su llanto y su pesar.
  Mi triste corazon ha sucumbido

Con tanto y tanto afan,
Y su alegría leve polvo ha sido
Que lleva el huracan.
Que es la justicia, que pregona el hombre
Diabólica ironía,
Y su fe y su virtud mentido nombre,
O vil mercadería.
¡Ay de mí! ¡ay de mi infancia bulliciosa,
Purísima azucena!
¡Ay de mi juventud dulce y hermosa
Que se pasó en la pena!
¡Ay de mi amor, de su esperanza y gloria
Paisaje peregrino!...
¡Sólo ruina sois en mi memoria!
¡Trofeos del destino!

¡Pobre poeta! ¡Serafin caido!
Busca otra patria, sí:
Búscala, que en el mundo empedernido
No hay patria para ti.
¡Angel de blancas alas que pecaste
Y lloras desterrado!
¿Quién sabe si con lágrimas lavaste
La mancha del pecado?
¿Quién sabe si mañana será el dia
De gloria y claridad,
Si esconde el mármol de la huesa fria
Tu dulce libertad?
¡Ay! para ti en la vida hay esperanza,
Y en las tinieblas luz,
Y un mundo de justicia y confianza
Detras del ataud.
Tú con tintas suavísimas coloras
El negro porvenir,
Y cruzas en las nubes voladoras
Los campos de zafir.
¡Poeta! enigma oscuro y tenebroso
Es tu vivir fugaz:

Desconocido pasas y lloroso
Con encubierta faz.
Ave de paso triste y solitaria,
Cruzas tiniebla oscura,
Mas si ruegas, tu tímida plegaria
Al cielo va segura.
Si el eterno gozar lo gana el llanto,
El llanto y la tristeza,
Si es escalon la pena y el quebranto
De celestial pureza,
Espera, poeta, espera,
Espera y no llores más:
Que tu enlutada carrera
Un dia en la azul esfera
Finalizada verás.

LA ISLA DESIERTA.

Isla dichosa que levantas pura,
En el inquieto seno de los mares,
Tu frente coronada de verdura
Y tus bosques poblados de cantares;
Tierra inocente y vírgen todavía,
Que imaginé en mis noches de tristeza
La solitaria cuna en que dormia
Un ángel de inocencia y de pureza;
Hoy huésped de tu playa silenciosa,
Vengo á pedirte soledad y calma,
Porque desamparada y ruinosa
En el mundo dejé la paz del alma.
Si mis lágrimas corren, no te asombres,
Hija querida de la mar hirviente,
Que el sosiego y placer que dan los hombres
Son arrugas sombrías en la frente.
Tal vez mi pié marchitará tus flores,
Y secará la yerba de tus prados,

Y callarán tus dulces ruiseñores,
De oir llorar confusos y admirados.
  Pero no tiembles, no, por tu hermosura,
Que mi huella en tu frente será leve:
¡Ay! para un sér de amor y desventura
Largo es el duelo, mas la vida breve!
  Hay además belleza en los pesares,
Y tiene encantos el doliente pecho...
¡Duérmete, pues, corona de los mares!
¡Duérmete pura en tu inocente lecho!
  Duérmete, sí, porque jamás la vida
Igualó las venturas del soñar;
Abandonada duérmete y mecida
Por los arrullos del inmenso mar.
  Puro y sin nubes cual tu edad temprana,
A tu sueño demanda el porvenir;
Si la tarde es igual á tu manaña,
Flor de las aguas ¿qué podrás pedir?
  Sol, espléndido cielo y alegría
Á tu cuna sirvieron de dosel,
Y sin héroes, ni gloria todavía
Brotó en tu seno el inmortal laurel.
  ¡El laurel! profecía misteriosa,
Cuna de ensueños, cuna de ambicion,
Que abriga con su copa generosa
Y hace latir guerrero corazon!
  ¡El laurel! que fué emblema de los reyes,
Y emblema de los pueblos fué despues,
Cuando, más altos que menguadas leyes,
Rugiendo las postraron á sus piés!
  ¡Árbol inmóvil! ¡árbol del destino!
Que anida la zozobra y el afan,
A lo léjos fantasma peregrino,
De cerca espectro en lúgubre ademan!
  Mas ¡ay de tu candor! isla inocente,
Que es su misterio enorme para ti,
Y empañará la gracia de tu frente,
Cual sol de Julio el tímido alhelí.

Sí, porque es el pensamiento
De un destino turbulento
En una frente infantil,
Y es la idea agigantada,
Y es la frente delicada
Flor de ignorado pensil.
Porque fuente de pesares,
Gala y amor de los mares,
Será para ti el laurel,
El laurel que tú criaste,
Y solícita regaste,
Como encendido clavel.
¡Ay de tí! que en tu inocencia
No viste que era demencia
Así la muerte abrigar,
Y soñaste el mar vacío,
Y su horizonte sombrío
Imposible valladar.
Tu árbol tiene bello nombre,
Y lo bello busca el hombre
Aún á riesgo del vivir;
Que es una imágen divina,
Que misteriosa ilumina
Las brumas del porvenir.
Que es un destello del cielo,
Que relumbra de este suelo
En el borrado confin,
Voz del arpa melodiosa,
Que en la mansion venturosa
Pulsa alado serafin.
Para tu mayor desdoro,
Sobre montones de oro
Plantaste el árbol fatal;
Como orgulloso guerrero,
Que agita leve plumero
Sobre el casco de metal.
Entónces, ¡ay! tu esperanza
Se deshizo y tu bonanza,

Como malogrado amor;
En los aires se exhalaron,
Y al exhalarse dejaron
Un acento de dolor.
Bien hacian si lloraban,
Si por tu amor entonaban
Una trova funeral,
Que desde entónces perdida
Vieron la gala florida
De tu frente virginal.
Que en busca de tu pureza,
De tu infantil gentileza
Sólo cruzaria el mar
El hombre desventurado,
Por el mundo lastimado,
Corroido de pesar.
Pero jamás su existencia,
Y la paz de la inocencia
Respetó el doliente sér,
Que es la amargura un bautismo
Recibido en el abismo
De la vida ó del placer.
Amor de su alma serias,
Como de las ondas frias
Del piélago bramador,
Y tal vez fuera dichoso
En tu profundo reposo
El corazon pensador.
Mas, ¡ay de ti sin ventura!
Que con llanto de amargura
Vas á regar tu laurel,
Porque el oro de tu seno
Será para ti veneno
En un cáliz de oropel,
Heredad de la codicia,
Trofeo de la avaricia
En adelante serás;
Cuantos misterios encierra

Tu suelo, mísera tierra,
Profanados mirarás.

En vano furioso el mar
Te quisiera defender,
Porque el hombre domeñar
Sabe muy bien su poder,
Y sus furias enfrenar.
Y es el interes tan ciego,
Tan desaforado y loco,
Que la amenaza y el ruego,
Hasta el vivir y el sosiego
A su desenfreno es poco.
La nave que ántes cruzaba
Como perdido vapor,
Y al horizonte asomaba,
Y nunca te se acercaba
Por respeto ó por amor,
Hoy velera y atrevida
Tu valla atropellará,
Que, si la estima es perdida,
A la soberana erguida
La esclava se atreverá.
Y cuando deje en tu arena
La turba de hombres feroces
Que cobija con su entena,
Y que cantarán tu pena
Con sus destempladas voces,
Echará el ancla altanera
Con orgulloso ademan,
Se mecerá en tu ribera,
Y gozará placentera
De tus lágrimas y afan.
¡Ay de ti, pura guirnalda
De los mares bramadores!
¡Ay de tu luciente gualda,
De tus campos de esmeralda,
Y de tus hermosas flores!

¡Ay de tus pintadas aves,
De tus rios solitarios,
De tus músicas suaves,
Y torrentes temerarios
Que lanzan mugidos graves!
Déjame ¡ay triste! llorar,
Ya que venturoso fuí,
Cuando te escuché cantar
Y entre rosas y azahar
Adormecida te ví.
Tu ventura y mi ventura
Corrieron destino igual,
Que si fué tu frente pura,
La mia fué virginal
Y esplendente en hermosura.
Y así las dos se juntaron
Cuando el golpe recibieron;
Los que juntas las miraron,
Juntas las compadecieron,
Juntas despues las lloraron.
Que hay destinos paralelos
Adonde no alcanza el hombre,
Y á veces bajo los cielos
Arrastran los mismos duelos
Séres de distinto nombre.
Y pues hermanos nacimos
Tú sin alma y yo con ella,
Y con viento igual corrimos
Los mares, donde tuvimos
Por norte la misma estrella;
Deja que lloren mis ojos
Nuestros destinos hermanos,
Que sólo vía de abrojos,
Sólo amargura y enojos
Debimos á los tiranos.

UN ENSUEÑO.

¿Qué significa, Dios mio,
Esta memoria tirana
Que cual fatídica nube
Mi corazon así empaña?
¿Por qué tan vago misterio
Guarda la sombra borrada
De un sueño de desventura,
Que pasó en la noche opaca
Por delante de la mente,
Como traidora amenaza?
¿Es benéfico consejo?
¿Es profecía enlutada
De mi vivir, ó tal vez
Espejo que fiel retrata
La dolorosa agonía,
Que vida los hombres llaman?
¡Ay de mí! que á tal misterio
La fria razon no alcanza,
Porque hay doquiera lecciones
Para la vida sembradas,
Y es la muerte de los sueños
Y de las sombras hermana.
Mas cuando al cielo pedí
Reposo, y dulzura, y calma,
¡Quién ¡ay de mi! me dijera
Que mi doliente plegaria,
Como el himno de un festin
El viento desparramara,
Y que serian perdidas
Mis amarguras y lágrimas!
Perdidas fueron sin duda,
Porque en vez de la mañana
Pura y sin nubes, que en sueños
A los cielos demandaba,

Soñéme vagando solo
Por una inmensa llanada,
Sin flores y sin verdura,
Sin torrentes, ni montañas
Y sin pájaros cantores,
Y sin fuentes solitarias,
Indefinible, y confusa,
Y descolorida, y pálida.
Trémula luz de crepúsculo
Moribunda la bañaba,
Tan dudosa que los ojos
A distinguir no acertaban
Si eran de un sol agonías,
Si eran vislumbres del alba.
Y era tan triste aquel mundo,
Tan tristes sus nieblas pardas,
Que lo imaginé embrion
Del caos ó de la nada.
Mas luego á ver alcancé
Melancólicos fantasmas,
Que su oscuridad median
Con lúgubre y yerta planta,
Y que la calva cabeza
Sobre su seno inclinaban.
Un misterio tenebroso,
Una idea inmensa, extraña,
Su fantasía perdida
Despótica sojuzgaba,
Y su anhelar infinito,
Y su flaqueza extremada,
Y sus locos pensamientos,
Y deshechas esperanzas,
Reñian dentro su mente
Cruda y áspera batalla,
Y de inquietudes y penas
Triste campo la tornaban.
En vano á la luz se abria
De luz su pupila avara,

Que el resplandor macilento,
Que en la llanura brillaba,
Más bien que lumbre de sol,
Era luz de triste lámpara.
Solos y oscuros doquiera
Sus enojos arrastraban,
Sin música, sin amores,
Ni amistad, ni confianza;
Que temblando por sus duelos,
Cada pecho se cerraba,
Temeroso de encontrar
Acaso ironía amarga
Por solaz á su congoja,
Y por bálsamo á sus llagas.
A veces jóven figura
Lenta las sombras cruzaba,
Cual ramo puro y frondoso
Que de solitaria palma
El huracan del desierto
Desenfrenado arrebata;
Mas de su frente marchita
Las arrugas pregonaban,
Si nó la vejez del tiempo,
La vejez de la desgracia.
Y áun así desparecia
Como exhalacion liviana,
Y los semblantes adustos
Otra vez tristes pasaban
De los fantasmas que allí
Como en su centro moraban,
Arrastrando en pos de sí
La postrimera esperanza.

Entónces sentí oprimido
Palpitar mi corazon
Atribulado y herido,
Con tal pena dolorido,
Y luto y desolacion.

Súbito en la oscuridad
Brilló una luz de consuelo,
Y con suave claridad
Bañó de la soledad
El descolorido suelo.
Y al volver los ojos ví
Dos figuras esplendentes,
Jóvenes y florecientes,
Con guirnaldas de alhelí
En las purísimas frentes.
Inocentes y amorosas,
Y abandonadas y bellas,
Reverberaban vistosas
En sus ojos dos estrellas
De esperanza luminosas.
Tímida vírgen divina,
Y cándida y confiada,
Una de ellas, peregrina
Como rosa purpurina
Por Mayo desabrochada.
Por el campo de tristura
Movia la planta leve,
Como los ampos de nieve
Cuando visten una altura
Con su mágico relieve.
Partido el negro cabello
Sobre la frente morena
Y en ondas batiendo el cuello,
Ví un doncel de faz serena
Gallardo, y altivo, y bello.
Y en sus atrevidos ojos
Amorosa llama ardia,
Y en amorosos enojos
De su pasion por despojos
Su pecho se consumia.
Y ví que los dos amantes
Se buscaban con afan,
Inquietos y palpitantes,

Con encendidos semblantes,
Con impaciente ademan.
Y cuando al fin se miraron
Al dulce encuentro corrieron,
Y ciegos imaginaron,
Que ya las dichas llegaron,
Que en sus ensueños fingieron.
¡Ay del triste que confia!
¡Ay de los puros amores!
Yo ví de una huesa fria
Alzarse nube sombría
De mortíferos vapores,
Y atrevida desdoblarse
Entre los jóvenes bellos,
Sobre su frente posarse,
Sobre sus ojos plegarse,
Y consumir sus destellos;
Y convertirse en ceniza
Ví tanto amor y beldad,
Y su pura claridad
Trocarse en nube rojiza,
Que abriga la tempestad.
Llegó la desconfianza
Y mató el amor naciente,
Que en su funeral balanza
No pesa infantil bonanza
Más que la rugosa frente.
¡Pobres jóvenes hermosos!
¡Pobres flores deshojadas!
¡Tornasoles vaporosos
De las tardes abrasadas
De los estíos fogosos!
A los tristes ni siquiera
Les quedaron las memorias
De la niñez hechicera,
Ni una flor, ni una quimera
De sus juveniles glorias.
Vana sombra vacilante

De tanta gloria quedó,
Y su luz pura y radiante
Solitaria se perdió
En la tiniebla distante.
Y solitarios tambien
Los jóvenes caminaron
Sin amor y sin sosten,
Y, en vez de amor, encontraron
Soledades ó desden.
Y se perdieron llorosos
Allá en la confusa bruma,
Como en mares procelosos
Eclípsanse vaporosos
Los encajes de la espuma.
Y entónces yo de aquel sueño
A otro sueño desperté
De más anublado ceño,
Y que en el alma desdeño
Desde que á verlo alcancé.
Y este sueño es el vivir;
Porque vivir es dudar,
Y entre el dudar y el morir
Média un confuso lugar
Que apellidan *porvenir*.
¡Porvenir! ¡dulce palabra
En la aurora de la vida!
¡Mágica tela febrida
Que en su confianza labra
El alma desvanecida!
¡Porvenir! ¡linda vision!
¡Celestial aparicion
De nácar, y oro y carmin,
Que hace sombra al corazon
Con guirnaldas de jazmin!
Mas ¡ah! que al vernos en él
Admirados preguntamos
Por los bosques de laurel,
Por las galas del verjel

Que en la juventud soñamos;
Y en lugar de sus primores
Y perfumes y colores,
Por el lánguido arenal
De la duda, los rigores
Sufrimos del vendaval;
Y vuela la flor del alma
Entre sus alas marchita,
Y el abandono y la calma
De la fe, mística palma
Que en los desiertos habita,
Trocamos por la amargura
Que nos mina el corazon,
Y del sol la lumbre pura
Con insensata pasion
Juzgamos débil y oscura;
Y vagamos sin consuelo
Por las tinieblas perdidos,
De incertidumbre y recelo
Y pesares combatidos,
Sin esperanza y sin cielo.
Tal vez nos rie el amor
Celeste ilusion sin nombre,
Espejo fascinador
Que un Eden encantador
Pinta á los ojos del hombre,
Y corremos desalados
De sus fulgores en pos,
Palpitantes y turbados,
Y ciegos y deslumbrados
Nos le fingimos un Dios.
Mas presto llega la duda
Cadavérica y desnuda,
Y con su mano lo toca,
Y luego irónica y muda
Sopla en él con yerta boca;
Y tórnalo espectro feo,
Y repugnante, y mezquino,

Y cual pueril devaneo
Disipa el puro deseo
Que embellecia el destino;
  Y entónces en vez de amores
Sólo abrigamos despecho,
Y marchitamos las flores
Con el aliento del pecho,
Que es aliento de dolores.
  ¡Ay de mí! cuánto ha pasado
Con su prisma engañador
El fantasma del amor,
Y ni un reflejo ha quedado
De su brillo seductor:
  Y la postrera esperanza
Con él se eclipsa tambien,
Y queda por todo bien
La fria razon, que alcanza
Inquietudes ó desden:
  ¿Por qué cobardes temblar
Al acercarse la muerte?
¿Por qué con ánimo fuerte
Su tiniebla no aceptar,
Que emancipa de la suerte?
  Porque áun dentro de la tumba
Hay una voz que retumba,
En el yerto corazon,
Y que fatídica zumba:
¡Duda, desesperacion!

UN RECUERDO DE LOS TEMPLARIOS.

  Yo ví en mi infancia descollar al viento
De un castillo feudal la altiva torre,
Y medité sentado á su cimiento
Sobre la edad que tan liviana corre.
  Jóven ya, y pensativo, y solitario,

La misma idea esclavizó mi mente,
Y del desierto alcázar del templario
En los escombros recliné la frente.
Un tiempo ví de lustre y poderío
Escrito en deleznables caracteres,
Porque pasó el honor y antiguo brío,
Como liviana pompa de mujeres.
Pasó porque era puro, y grande y noble,
Y por eso escupió en su frente el mundo,
Que de gloria y virtud corona doble
No sientan bien en su pantano inmundo.
De su pujanza y fama esclarecidas
Algunas cruces quedan conservadas,
Unas por las murallas esparcidas,
Otras en las ruinas sepultadas.
Tambien nos queda un cristalino rio,
Que allá en su juventud azul y puro
Velaba con vapores y rocío
El yerto pié de su gigante muro;
Y que hoy, más generoso que los hombres,
Enfrena al paso su veloz corriente,
En homenaje á los pasados nombres,
En homenaje á la olvidada gente.
Esto queda y no más de los blasones
Con que ornaron el mundo los templarios,
Y la yedra y sus lúgubres festones
Son hoy de sus cadáveres sudarios.
Pero flota en los mares de la muerte
Como encantada nave su memoria,
Porque es su nombre levantado y fuerte
Y colosal su portentosa historia.
Quizá sobre la losa de la tumba
Se ostenta el mundo libre y generoso,
Y la verdad sonora al fin retumba
En el silencio del final reposo.

Así dormid en paz ¡oh caballeros!
Dormid en paz el sueño de la muerte,

Graves, y silenciosos, y severos,
Al amparo del mundo y de la suerte.
  Porque en el mundo fuisteis peregrinos,
Y lúgubres pasasteis é ignorados,
Y de nieblas vistieron los destinos
Vuestro blason de nobles y soldados.
  No alcanzó el mundo su gigante altura
Y os coronó la frente de mancilla...
Dormid en la callada sepultura,
Paladines hidalgos de Castilla;
  Que tal vez por su noche tenebrosa
Pasará el sol que iluminó esplendente
La templaria bandera victoriosa,
Que guarecia la invencible gente.
  Grandes y puros fuisteis en la vida,
Grandes tambien os guardará la huesa,
Porque es para una raza esclarecida
Mágico prisma su tiniebla espesa.
  Bien estais en la tumba, los templarios,
Porque si abriérais los oscuros ojos,
Y otra vez por el mundo solitarios
De la vida arrastraseis los enojos,
  Tanto baldon, y mengua, y desventura
Vierais en él, y tanta hipocresía,
Que la seca pupila en su amargura
Otra vez á la luz se cerraria.
  No parece sino que con vosotros
Todo el honor y lealtad llevasteis,
No parece sino que con nosotros
Todo el oprobio y vanidad dejasteis.
  Porque en el dia irónicos y secos,
Y menguados arrástranse los hombres
Para llenar sus corazones huecos
Del oropel mentido de sus nombres.
  Pasó la fe y con ella la inocencia,
Y el candor que doraba vuestros años,
Pasó la dulce flor de la existencia
Cual pasa la niñez con sus engaños.

Hoy las ideas de entusiasmo y gloria
Ceden el puesto á viles intereses,
Y crecen en el campo de la historia
Sobre la tumba del honor cipreses.
Y todo sentimiento generoso
Vilipendiado rueda por el suelo,
Y la fuerza, cual bárbaro coloso,
Vela del mundo el funeral desvelo.
En vez del corazon la mente late,
Tibia la sangre y pálida circula:
Si un rey á su nacion lleva al combate,
Sobre la muerte y destruccion calcula;
¿Dó estan vuestros escudos, caballeros,
La lanza que en los aires rïelaba,
Los vistosos pendones tan ligeros,
Que el moribundo sol tornasolaba?
¿A dónde fueron las templarias cruces
Que un dia vió Jerusalen divina,
Y que bañaban con cambiantes luces
La arena de la ardiente Palestina?
¿Dó está el batir sonoro de las palmas
De tantos melancólicos cautivos,
Que por merced de sus sublimes almas
Vian del sol los resplandores vivos?
¿Dónde encuentran amparo las mujeres?
El húerfano ¿dó encuentra valedores?
¿Dó la cabeza los dolientes séres
Reclinan por descanso á sus dolores?
Poblada soledad es hoy el mundo,
Pantano que Abril viste de guirnaldas,
Abismo melancólico y profundo
Coronado de aromas y esmeraldas.
Por eso vuestras palmas y laureles
Silbó con su raquítica garganta,
Y amontonó mentiras y oropeles
Para borrar vuestra soberbia planta.

Para baldon y vergüenza

La juventud hoy comienza
Do paró vuestra vejez;
Mas ¡ah! que en nosotros falta
Vuestra hidalgía tan alta,
Y fama, y valor, y prez.
Y falta vuestra inocencia
Y pundonor, y creencia
Y religiosa piedad,
Y vaga el hombre inseguro
Por el crepúsculo oscuro
De la duda y vanidad.
Y no hay estrella en sus mares,
Ni esperanza en sus cantares,
Ni en su mente porvenir,
Porque el mundo que le engaña,
En su corazon empaña
El espejo del sentir.
Que en la juventud florida
Bella y desapercibida,
El ánima virginal
En busca va de los hombres,
Fascinada con sus nombres,
Y su apariencia leal.
Y ángeles ve en las mujeres
Y amor, y luz, y placeres,
En la senda del vivir,
Y por su mágico prisma
Mira el mundo que se abisma,
Y piensa que va á dormir.
Y entónces, fuertes caudillos,
Vuestros ánimos sencillos
El alma comprende y ve,
Como en mi dorada infancia
Vuestra gótica arrogancia
Cándido y puro alcancé.
Mas ¡ay de mí! los paisajes,
Los cambiantes y celajes
De la rica juventud

Son no más lánguidos sones,
Que arrancan los aquilones
De un amoroso laud.
Porque llega el desencanto
En las noches de quebranto,
Y con su mano glacial
Descorre triste y severo,
El pabellon hechicero,
Fantástico y celestial
De la vida engañadora,
Que con falsa lumbre dora
Las nieblas del porvenir,
Y como encantado velo,
Sobre nosotros un cielo
Despliega de oro y zafir.
¡Pobres dichas juveniles,
Tan lozanas y gentiles,
De tan suave y puro albor!
¿Por qué sois mentira sólo
Y encubridoras del dolo
Del universo traidor?
¿Por qué la edad de pureza,
De pasion, y de belleza
Nos ha de engañar tambien,
Y robarnos el sosiego,
Y con su aliento de fuego
Quemar la cándida sien?
¡Ay! cuando desencantados,
Náufragos y derrotados,
Pisamos la orilla, al fin,
De sus mares turbulentos
Con celages macilentos
En su nublado confin,
Sin amor, sin esperanza,
Ni gloria, ni bienandanza,
Que allá en su seno se hundió,
Y en lugar de la hermosura,
Y en lugar de la ventura,

Que la juventud soñó,
Vemos arenal tendido,
Y pálido y desabrido,
Que es forzoso atravesar,
Sin árboles ni verdura,
Sin una corriente pura
Donde la sed apagar.
¿Qué es lo que entónces encierra
La desnuda y seca tierra
De esperanza y de placer?
¿Qué visiones luminosas,
Infantiles y vistosas
Pueden ¡ay! aparecer?
Aparecen amarillos
Sin fosos y sin rastrillos,
Centinelas ni pendon,
Vuestros alcázares nobles
Con reminiscencias dobles
De hidalguía y religion:
Monumentos inmortales,
Que envueltos en los cendales
De verde yedra se ven;
Islas que en el mar de olvido
Con ademan atrevido
Levantan la antigua sien;
Maravillosas historias,
Y magníficas memorias
Quedan y templaria cruz,
Que despiertan las campanas
Melancólicas ó vanas,
Que cantan la última luz.
Y entónces el alma sueña
Con una voz halagüeña
Entre el ruido mundanal,
Por más que sea muy triste
Ver que solamente existe
En la noche sepulcral.

LA NUBE BLANCA.

Sus alas de azul y de oro
Tendió el ángel de la noche;
Baña el rocío en su lloro
De la flor dormida el broche
Cabe el arroyo sonoro.
No asoma tibia la luna
Al horizonte encendido,
Que alumbra un mundo dormido
En los sueños de la cuna,
Por los espacios perdido.
Leve escala
El limpio cielo
Blanca nube,
Y su velo
Rico en gala,
Como el ala
De un querube,
Por un céfiro
Suavísimo
Impelido,
Corre plácido
Y fantástico
Sobre sus alas tendido.
Ora tímido,
Amoroso,
Alguna estrella
Envuelve súbito:
Ora calado y vistoso
En prisma mágico
Torna su luz
Viva, rutilante y bella,
Cual bajo un manto andaluz
De ojos negros la centella.

Y en espuma blanda y suave
Flotar deja el corazon
Errante meditacion,
Cual flota de triste nave
Sobre el mar el pabellon.
Que no con franjas de plata
Va á guarnecerla la luna,
Ni allá en su seno retrata
Roja tinta de escarlata
Del sol la luz importuna.
Es pálida y solitaria
La melancólica nube;
No cual pasion temeraria,
Sino cual tierna plegaria
A la azul bóveda sube.
¿De dó salió su vapor
Que salió tan virginal?
¿Formó de un primer amor
El ensueño encantador
Su trasparente cendal?
El aroma de un harem
Ardiendo en pebetes de oro
Formarla pudo tambien;
Pero es vírgen su tesoro
Como una flor del Eden.
Si una lágrima formó
Su tersa frente de armiño,
La lágrima fué de un niño,
Que al despertar se encontró
Solitario y sin cariño.
Ella tan cándida y pura
Es un suspiro tal vez
De ignorada desventura,
Que del mundo la altivez
Abandona por oscura.
Blanca nube peregrina,
Tú la reina del misterio,
Tú cuya frente domina

De los aires el imperio.
Tan vagarosa y divina;
¡Oh! yo quisiera saber
El enigma que tú encierras;
Muriera por conocer
Esas encantadas tierras
Que te miraron nacer.
En las riberas del Ganges
Me figuro yo tu cuna,
Entre moriscos alfanges
Que reverberan la luna
En las espesas falanges.
Sueño que una peri el velo
Perdió del Indo en la orilla,
Y un céfiro en blando vuelo
Al azul del vago cielo
Fué á colgar la maravilla.
Te sueño perdida esencia
De desconocidas flores,
Meditacion de inocencia,
El genio de los amores
Que embalsaman la existencia.
O sueño en ti la morada
De algun espíritu triste,
Que con el alma turbada
Busca la patria adorada,
Y con la esperanza existe.
Y cuando el alma oprimida
Torva pesadumbre aqueja,
Quebranta la dura reja
De su cárcel denegrida,
Y de este mundo se aleja.
Que tú, nube, puedes ser
Tambien de melancolía
Desventurado placer,
Hermoso á la fantasía
Como las dichas de ayer.
Porque el arpa de Osian,

De la Escocia entre la bruma,
Pudo alzarte con su afan,
Cuando el torrente y su espuma
Miraba en triste ademan:
  Y quizá en ti de Malvina
Vido el flotante ropaje,
Y á Fingal en tu celaje,
Pensativo de una encina
A la sombra del ramaje;
  Que la tristeza del Norte
Tambien refleja tu frente,
Si lánguida y falleciente
Y en indeciso recorte
Te acercas al occidente.
  Y allí yo triste te sigo
Como seguí á mi esperanza,
Y allí al morir te bendigo,
Porque he mirado contigo
Paisajes de bienandanza.

  Pero, ¿por qué morir, nube apacible,
Tú de dulce y suavísimo arrebol,
Tú que, á fuer de inocente y bonancible,
Gracia y amor hallaras ante el sol?
  Con esa frente plácida y serena,
Con esa blanda y apagada luz,
¿Cruzas tambien el mundo de la pena,
Envuelta de la muerte en el capuz?
  Si eres una esperanza para el suelo
¿Cómo la muerte te arrebata así?
¡Mísero aquel que hallaba su consuelo.
Sólo en mirar en este mundo á ti!
  Yo sin amor, perdido por el mundo,
Que mi amor al sepulcro acompañé,
Que solitario en mi dolor profundo
Veo la tumba donde fijo el pié;
  ¿Dó volveré los anublados ojos,
Cuando pase tu encanto sin color?

¿A quién iré á mostrarle los despojos
De mi desventurado y puro amor?
¡Nube serena! ¡reina del misterio!
¡Prenda de un melancólico placer!
Tú que me ves en triste cautiverio,
Casi envuelto en las sombras del no ser:
Cuando cruce tu esencia disipada
De los cielos el místico confin,
Busca el amor marchito de mi amada
Cabe las azucenas y el jazmin;
Y dile que en el mundo sin ventura
Se arrastra mi doliente juventud,
Y en largo paso hácia la sombra oscura
Marchando voy del lúgubre ataud!

MEDITACION.

¿Qué se hicieron las gotas de rocío
Que orlaban tus verjeles, juventud,
Cuando el naciente sol en el estío
Brotaba á mares inmortal salud?
Yo he buscado la flor de tus praderas,
La flor que mis cantares escuchó:
Su cáliz no embalsama tus riberas,
Su corona el torrente se llevó.
Y era la flor tan delicada y pura,
Y era mi amor tan tierno y juvenil,
Que imaginaba eterna su frescura
Y eternas las auroras de su Abril.
El alma nueva y vírgen todavía
Creia en la inocencia y el placer,
Y la risa de un ángel entendia
En la risa mirar de una mujer.
¡Cuántas entónces mágicas y bellas
Ante mis ojos deslizarse ví,

Como una noche azul con sus estrellas
Purísimas y limpias para mí!
¡Cuántas veces soñaba en mis delirios
Las encantadas islas del amor,
La playa orlada de fragantes lirios,
Sus campos de esmeralda en el color!
¡Cuántas veces cruzaba solitario
Sus llanuras de rosas y jazmin,
Y el corazon amante y temerario
Llegaba de los cielos al confin!
Los espíritus blancos de esperanza
Sus alas detenian en mi sien,
Y allá hácia el fin de misteriosa andanza
Los pájaros cantaban del Eden.
¡Trémula luz de la esperanza mia!
¿Dónde fué tu suavísimo arrebol?
¡Isla que vió mi jóven fantasía!
¿Qué se hicieron tus bosques y tu sol?
Una mujer cruzó por su pradera
Y ya ni flores ni praderas ví;
Meció el aura su negra cabellera,
Y fué la diosa de mi amor allí.
¡Cuán bella mis sentidos la juzgaron!
¡Cuán pura la juzgó mi corazon!
Mis ojos en sus ojos se enclavaron,
Y yo la amé con inmortal pasion.
Y á aquel amor los cielos se le abrian
Como al alba las rosas del verjel,
Y las noches calladas escondian
Acentos misteriosos para él.
¡Oh! la vida era dulce así pasada;
Hermoso fuera entónces el morir,
Y llevar un suspiro de mi amada
A los inmensos campos de zafir.
Ora sombrío, errante por el suelo,
Sin más amor que la pasion de ayer,
Ni aguardo las auroras del consuelo,
Ni busco el corazon de otra mujer.

¡Oh! la que el alma como siempre adora,
La vírgen que encantó mi juventud,
¡Cuánta imágen luciente y seductora
Disiparse miró con su inquietud!
Mi amor pasó como nocturna sombra;
Yo su hoguera en mi pecho sofoqué:
Y hollóle el mundo como vil alfombra,
Y á un desierto mis lágrimas llevé.
Ella tambien lloró en sus soledades;
De sus mejillas se apagó el carmin,
Y sólo vió lucientes claridades
En las alas del blanco serafin.

Todo pasó, mujer bella,
Con los sueños de mi amor;
Todo lo secó mi huella
De tu frente de doncella
La alegría y el fulgor.
Hermosa del alma mia,
Tú serás siempre mi bien:
¿A quién adorar podria
Yo que miraba algun dia
Tu pura y cándida sien?
Yo empañé tu corazon
Con las nubes de pesar
De una perdida pasion;
Yo nunca te acerté á dar
De esperanza la ilusion.
Relámpagos pasajeros
En lugar de sol te dí,
Flor de tumbas te ofrecí;
Vírgen de ojos hechiceros,
¡Oh! dime ¿por qué te ví?
En las noches de tristura
Cuando piensas en mi amor
Con dulcísima locura,
¿Hay un eco bienhechor
Que responde á tu amargura?

¿Cruzan ricas mariposas
Las lagunas solitarias?
¿Miras vírgenes dichosas,
Que murmuran sus plegarias
Enamoradas y hermosas?
Melancólica belleza
Que lloras cual yo tu amor,
Quizá guarde la tristeza
Misterios á tu pureza
Y á sus formas dé color?

Este es el don que yo alcancé á ofrecerte,
Las músicas son estas de mi amor;
Misterios ¡ah! de soledad y muerte,
Imágenes confusas de dolor.
Rotas están las cuerdas de mi lira,
No quiero más fantasmas de placer:
Que del vivir las glorias son mentira,
Más valen las verdades del no ser.
Flota el alma en el mar de la amargura
A merced de un horrísono huracan...
¡Huid, sombras mentidas de ventura,
Otros cual yo tambien os amarán!
Dejadme aquí morir abandonado
Lúgubre y solitario cual viví:
Despacio lata el corazon cansado,
La tumba escucho que me llama á sí.
¡Oh! si á lo ménos ella suspirara
Errante en las orillas de la mar,
Si mi postrer aliento al fin llegara
En su pálida sien á susurrar;
Muriendo llevaria una esperanza
Y me fuera dulcísimo el morir,
Y adivinara gloria y venturanza
De la huesa en el negro porvenir.
Pero si la esperanza es la ventura,
¿Por qué venturas mágicas soñar?
Doblaráse mi frente sola oscura,

Nadie vendrá en mi túmulo á llorar!
  Y el corazon me dice en su agonía:
«Naciste para amar y ser feliz,
Tú eres la sola flor á quien no envia
Ni el aura arrullo, ni la luz matiz.»
  ¡Oh! morir solo en ignorada tierra,
Yo que amor tuve y cariñoso hogar,
Yo que miré de la gigante sierra
Las aguas de mi patria resbalar!...
  Tal ha sido la estrella desdichada
Que mi destino presidió al nacer:
Duerme mi amor al borde de la nada,
Mis glorias son como la luz de ayer.
  ¡Ay! aunque al espirar por vez postrera
Escuche yo el cantar del ruiseñor,
Que al empezar mi juvenil carrera
Entonaba las trovas de mi amor;
  Esparcirá desenfrenado el viento
Las notas de su mágico laud,
Y no ha de oir su dolorido acento
La vírgen de mi pura juventud!

LA MARIPOSA.

(Recuerdos de la infancia.)

  Mariposa, mariposa,
Que das al viento gentil
De tus alas de oro y púrpura
El espléndido matiz,
Que, veleidosa y ligera,
La tímida flor de Abril
Besas, y al punto abandonas
Indiferente ó feliz,
Tú deslumbraste mis ojos

Desde el punto en que te ví,
Y fuiste la maravilla
De mi embeleso infantil.
Cegáronme tus encantos
Y entónces en pos de ti
Vagué por valles y montes,
Atropellando el zafir
De la fuente solitaria,
En que encendido alhelí
Reflejaba su corona
De arrebolado carmin.
Por ti de los verdes prados
Hollé el vistoso tapiz,
Por ti la esbelta azucena
Con su frente de marfil
En mi carrera afanosa
Desatentado rompí,
Y su cáliz de perfumes,
Y su gala juvenil
A los piés del caminante
Sin compasion esparcí.
  Y tú siempre vagarosa
El aire hendias sutil,
Con tu gala envanecida,
Sin escuchar ni sentir
Las inocentes plegarias
De mi niñez infeliz,
Que en fuerza de tu desden,
Empañó con su gemir
El cristal puro y luciente
De su rico porvenir.
Vano fué el blando cabello
Rizado en sortijas mil,
Vana la frente apacible
De pura rosa y jazmin,
Vanos los ojos azules
Y su cándido lucir,
Vana tambien mi pureza

De celeste serafin.
Mariposa, mariposa,
Flor de un aéreo pensil,
Hoy que la infancia ha pasado,
Bien te comprendo, ¡ay de mí!
Cayó el mágico cendal
Con que vendado viví,
Y pude mirar el mundo
Desencantado por fin.
Harto entónces tu leccion
En la amargura aprendí,
Viendo que bello fantasma
En la senda del vivir
Tendias las ricas alas
Para esconderme la lid
Que me guardaba la vida
En su lejano confin.

¡Pobre niño; qué inocente
Cerré sin dudar los ojos,
Con la esperanza en la frente!
¿Por qué no via la mente
De las flores los abrojos?
¿Por qué sin faro, ni estrella,
Cruzas el mar de la vida,
Juventud, pobre doncella,
En sueños de amor perdida,
Cándida, inocente y bella?
¿Por qué va tu corazon
Como los aires abierto?
¿No temes que tu ilusion
Desvanezca el aquilon
Del arenoso desierto?
Cuando á vivir nos lanzaste,
Criador del ancho mundo,
¿Cómo, di, no reparaste,
Que en la noche nos dejaste
De desamparo profundo?

Si era ley el pelear,
¿Por qué en vez del flaco pecho,
No nos pusiste espaldar
De diamante, en que deshecho
Fuera á estrellarse el pesar?
Porque al fin es el vivir
Encarnizada contienda,
Y solamente al morir
Cae de los ojos la venda
Que robaba el porvenir.
Mas de nuestro desvarío
¿Quién tiene la culpa, quién?
Tú no la tienes, Dios mio,
Que no está el cielo vacío,
Ni sin flores el Eden.
Si, á despecho de tu amor,
En pos corre el hombre loco
De un fantasma seductor,
Deshojando poco á poco
De su inocencia la flor;
Si á pesar de las lecciones
Que por el mundo esparciste,
Acallan sus ilusiones,
Devaneos y pasiones
La conciencia que le diste,
¿Quién tiene la culpa, quién?
De sus pesares y duelo
Si allá en la senda del bien
A mengua tuvo el consuelo
Y le apartó con desden?
¿Por qué imagina atrevida
El alma desvanecida
Perpetua la primavera,
Sólo con verla ceñida
De su guirnalda hechicera?
¡Ay! Dios abrió el ancho mundo
Como un libro á nuestros ojos,
Y eran tantos los enojos,

Las asperezas y abrojos,
En el volúmen profundo,
Que sólo nuestra demencia
Pudo mostrarnos en él
Bosques de mirto y laurel,
Y músicas é inocencia
En encantado verjel.
¡Mal haya quién como yo
Tuvo un aviso del cielo,
Que insensato despreció!
¡Mal haya aquel que buscó
Paz y contento en el suelo!
Que no en vano, mariposa,
Delante de mi volabas,
Porque tú representabas
Profecía misteriosa,
Que á mi vista desplegabas.
Fantasma de la ventura,
Cual ella rica y brillante,
Cual ella galana y pura,
Mas á par suyo inconstante,
Loca, falaz é insegura;
¿Por qué los ojos no abrí
Para verte sin pasion?
¿Por qué insensato perdí
Mis alegrías por ti
Y la paz del corazon?
Cuando en la fuente bebias,
Cuando libabas las flores,
Cuando en el viento esparcias
Hechizos y bizarrías
De tus alas de colores;
Cuando entre sombra y verdura
Ibas á perderte errante,
Y á gozarte en la frescura
De la selva susurrante
Bajo su bóveda oscura;
Y luego volvias loca,

Batiendo las alas bellas,
Festivo enredado en ellas
El céfiro que destoca
Mariposas y doncellas,
¿Por qué me dejé engañar
De tanta pompa y belleza?
¿No pude ¡ay de mí! pensar
Que esta gala, esta pureza,
No era cosa de alcanzar?
Mas si en los juncos posada,
Que orlaban la pura orilla
De la espumosa cascada,
De los ojos maravilla,
Mostrábaste columpiada,
Y allí al parecer dormida,
Me convidaba tu encanto,
Tu vestidura florida
Y tu arrebolado manto
A tender mano atrevida,
¿Qué mucho que al fin cediera
A tan rosada ilusion?
¿Qué mucho que el corazon
Apresurado latiera
Con la mágica vision?
Mas por necio ó por liviano
Frustrábase mi deseo,
Que era necio, bien lo veo,
Fiar el contento humano
De tan frágil devaneo.
Porque eras tú mi fortuna,
Y volabas por ser mia,
Y aún tan menguada alegría
Larga tal vez é importuna
Juzgaba la suerte impía.
Crucé los brazos al fin,
Dejé caer mi cabeza,
Y en nebuloso confin
Perdiéronse con presteza

Tus alas de serafin.
  Entónces reflexioné
Y en tu oscura profecía
Melancólico pensé:
Mas, ¡ay de mí! que tardía
La meditacion ya fué.
  Tardía, sí, que volaron
Mis ilusiones contigo,
Y solamente quedaron
Incertidumbres conmigo,
Que mi vida emponzoñaron.
  Mariposa, mariposa,
Si hay en el mundo otros niños
Con frente de nieve y rosa,
De cabellera sedosa,
Puros y blancos armiños,
  Ten con ellos más piedad
Que la que yo te debí,
Porque es inhumanidad
Ir á deshojar así
De la inocencia la edad;
  Y si á mi vista apareces,
No me recuerdes tus daños,
Sino mis cándidos años,
Y mis inocentes preces,
Y mis dichosos engaños,
  ¡Ay de mí! porque mi gloria,
No está, no, en el porvenir,
Ni en su dudoso lucir:
Sólo para mi memoria
Hay un cielo de zafir.

LA MUJER Y LA NIÑA.

(En el álbum de una señora.)

LA NIÑA.

Yo ví por mayo las flores
Muy galanas,
Sobre el tallo alzarse ufanas,
Y cantar los ruiseñores
Sus amores
En purísimas mañanas;
Y ví tambien aguas puras,
Bulliciosas,
Por la pradera seguras,
Yerbas besando olorosas;
Ví las rosas
En guirnaldas de verduras.
Niña de escasos abriles
Ví tambien;
Ví que era el mundo un eden,
A sus ojos infantiles;
Juveniles
Los albores de su sien.
Y la niña se paraba,
Y á las flores
Decia: «mostrad colores:»
Y en seguida las besaba,
Y contemplaba
Su rico cáliz de olores.
Y luego al agua decia
Que sonora
Con plata murmuradora
Por entre flores huia:
«Agua mia,
¿No es verdad que soy tu aurora?

»¿No es verdad que tus cristales
Destrenzados
Pintarán siempre corales
De mis labios encarnados,
Sin cuidados,
Cándidos y virginales?»
Y el agua en tanto corria,
Y las flores
Al aire daban olores,
Y la niña sonreia;
Que no via
Desengaños ni dolores.

LA MUJER.

Algunos años pasaron,
Y el enero
Cubren con manto severo
Las flores que perfumaron
El sendero
Que las vírgenes cruzaron.
Carámbanos aprisionan
Las corrientes,
Que bulliciosas é hirvientes
Quizá de libres blasonan:
Ya no entonan
Sus sílfides trasparentes
Trovas de amor
Apagadas, fallecientes
De dulcísimo rumor.
Pálida está una mujer
Contemplando
Tal desmayo y suspirando:
Las visiones del placer
Fueron ayer;
Hoy las contempla llorando.
Y así la triste decia
Miéntras su llanto corria:
«Espíritus de las flores

Esplendentes;
Arroyos que ibais lucientes
Coronados de vapores,
De colores,
Tan bellos y trasparentes;
Mis imágenes pueriles
¿Dónde están?
¡Sueños cabe el arrayan
En encantados pensiles!...
¡Mis abriles
Son hoja en el huracan!
Tambien vosotras vïudas
Flores bellas,
Como apagadas estrellas,
Estais dolientes y mudas,
Y desnudas
De vuestras suaves centellas.
Pero al fin llegará Mayo
Cariñoso,
Y con el seno oloroso
Os alzareis del desmayo;
Tibio rayo
Os dará el sol caluroso.
Y otra vez vistosas galas
Y primores,
Tendreis y vagos albores,
Y los pájaros cantores
Con sus alas
Os han de acariciar, flores.
Y vosotras correreis,
Aguas puras,
Cantando nuevas venturas,
Porque libres cantareis;
Y vereis
Sólo en mi frente amarguras.
Pero mi amor que pasó,
Que murió ya,
¿Quién, ¡ay! me lo volverá?

¡Llórele en las aguas yo,
Que murió,
Que ya nunca tornará!
....
....
....

Era la niña el ángel que del cielo
Cayó, pero que aún vaga entre las nubes:
Es la mujer el ángel en el suelo,
Que recuerda el amor de los querubes.

Á LA MEMORIA DEL CONDE DE CAMPO ALANGE.

(Á mi amigo D. José de Espronceda.)

Aún otra vez, callada lira mia,
Aún otra vez el himno de los bravos
Pueble el silencio de la noche fria
Y hiele el corazon de los esclavos.
¡Campo Alange! ¡perdon! sombra gloriosa,
Perdon para el cantor de los pesares,
Si en tu corona de laurel hermosa
El eco va á morir de sus cantares.
No es de dolor el himno que te canto,
No es de tristeza tu inmortal memoria:
Mengua fueran palabras de quebranto
Sobre esa tumba que selló tu gloria.
Mis trovas serán trovas de esperanza,
Como en Grecia los himnos de Tirteo,
Voces de libertad y confianza
Que retumben allá en el Pirineo.
¡Oh! yo he cantado un pueblo sin ventura,
Y noble indignacion tronó en mis labios,
Cuando le ví sumirse en la amargura,
Perdido por los reyes y sus sabios.

A ti que como bueno pereciste,
A ti tambien te cantará mi lira:
Mártir hermoso de los libres fuiste...
Mártir hermoso, tu virtud me inspira!
Cuando tronó el cañon en el Escalda
Y el pendon tricolor flotó en Amberes,
Marchitando en la sien de mil mujeres
Del amoroso mirto la guirnalda:
Y al son de fulminante artillería
Tu espíritu iba en pos de ardiente bomba
Que con fragor horrísono crujia,
Como en la mar la temerosa tromba:
¿Viste la libertad cruzar el viento,
Flotante con su blanca vestidura,
Perderse en el azul del firmamento,
Y aparecer allí radiante y pura?
¿La viste sonreirte y con el dedo
Mostrarte en encantada maravilla,
El alcázar antiguo de Toledo,
La morisca Giralda de Sevilla?
Y te dijo quizá: «Dulce es mi cuna,
Al pié de los naranjos columpiada:
Dulce es oir á la serena luna
De un bandolin la música pausada.
Dulce es ver de mis hijos las falanges,
Palpitar de Padilla á la memoria...
Yo templaré en el Tajo sus alfanges,
Los llevaré á los campos de la gloria!»
Y en tu fervor postrado allí de hinojos
Le dijiste: «Seré tu caballero!
Dulce será en la llama de tus ojos
Los mios enclavar si acaso muero.»
Y guardaste tu fe dentro del pecho,
Como la fe de tu primer amor.
Y flotaron en torno de tu lecho
Imágenes de fama y de esplendor.

La libertad cumplió su profecía,

Y su pendon se desplegó en los llanos,
Y allá en los montes, la bandera impía
Se desplegó tambien de los tiranos.
  Y del Tajo corristes á la orilla;
En él templó la libertad tu espada,
Te llevó de la mano por Castilla,
Y te dejó en su hueste denodada.
  Tú del poniente sol á los vislumbres,
De una reina sublime en ademan,
La contemplaste en pié sobre las cumbres
De los gloriosos montes de Arlaban.
  Gigante allí se apareció á tus ojos,
La sien orlada de un laurel celeste,
Hollando del esclavo los despojos,
Y de las selvas en la pompa agreste.
  Y te habló en una lengua misteriosa,
Dulce como el aplauso de la fama,
Y engalanó tu frente generosa
Rico trasunto de su viva llama.

  Tú, por su amor, intrépido lidiabas,
Tu corcel iba en pos de sus banderas;
Y otro Arlaban tal vez imaginabas
Del cántabro oceáno en las riberas.
  Los hijos de los libres combatian
De la inmortal Bilbao sobre los muros:
Los hijos de los siervos sucumbian
Dentro del foso reluchando oscuros.
  Cuando miraste la ciudad triunfante
Destacarse en lo blanco de la nieve,
Y del vapor de la neblina errante
Desparecer, debajo el manto leve;
  Te soñaste cruzado de la gloria,
Y otra Sion fingistes esplendente,
Y las trovas del Taso tu memoria
Cruzaron en tropel resplandeciente.
  Y era con todo la ilusion divina
Tu postrera ilusion sobre la tierra;

¡Blanca nube de forma peregrina
Que deshacen los vientos en la sierra!
¡Tú herido allí por una bala oscura
La víspera gloriosa del *mañana*
En que del monte ceñirá la altura
El humo del combate de Luchana!
¡Morir y no morir en la pelea,
Cuando al ronco cañon se enciende el alma,
Y pecho juvenil parar desea
Junto á la sombra de triunfante palma!
....
Tu vista entónces se volvió á los cielos
Empañada en vapor de amarga duda...
La libertad cruzaba con sus velos
Las nubes pardas para darte ayuda.
No era el ángel que viste en el Escalda,
Ni la diosa que en bélico ademan
Del occidente en la encendida gualda
Se apareció en las crestas de Arlaban.
Era la madre que sus hijos llora,
Era la vírgen que perdió su amor,
Y en quien de un cielo la esperanza dora
Las tinieblas confusas del dolor.
Besó tu frente y con amor te dijo:
«Bellos fueron tus dias en la tierra,
Bellos serán entre las nubes, hijo,
Do te aguardan los héroes de mi guerra.
»Ya no verán los soles de mi gloria
De tu sable el relámpago brillar,
Ni llenará más páginas la historia
Con tu caballeresco batallar.
»Mas eres mártir de una santa idea,
Blasones y poder por ella diste...
Tú mi arcángel serás en la pelea,
Pues caballero de mi causa fuiste!»
Y tus ojos entónces se cerraron,
Tu alma cruzó los campos de la luz,
Y los fuertes guerreros sollozaron

De tu glorioso túmulo en la cruz.

Hoy que tus alas cubren las enseñas
Que tu brazo otro tiempo defendia,
Y en el silencio de enriscadas breñas
Te muestras á mi ardiente fantasía;
Hoy te pido un cantar de fortaleza,
Que truene por los ámbitos de España,
Rico en vigor, espléndido en braveza,
Rugido de un leon en la montaña.
Ven, muéstrate á los ojos de los libres,
Que con adoracion dicen tu nombre,
Ora el acero ensangrentado vibres,
Ora te cerque tu inmortal renombre:
Y en tanto que en su mente entusiasmada
Eco lejano del cañon retumba,
Diles con voz sublime y levantada,
Grave con el reposo de la tumba:
«¡Himnos sin fin á la guerrera lira!
Su voz esparza por el mundo el viento!
¡Himnos sin fin! ¡la libertad no espira,
Porque no muere el sol del firmamento!

Madrid 8 de Noviembre de 1838.

LA VOZ DEL ÁNGEL.

¿Por qué el corazon palpita
Si cruza el viento tu voz?
¿Por qué dulzuras medita,
Si es el placer tan veloz
Que apenas la mente agita?
¿Escuchará en ese acento,
Ecos de un placer perdido,
De algun perdido contento,
Que á la orilla del olvido

Yace oscuro y macilento?
  Pájaro de triste pluma,
De pico arpado y sonoro,
Que cantas entre la bruma;
Vagos cual marina espuma,
Son tus himnos ó tu lloro.
  Vagos son como son vagas
Esas tiernas ilusiones
Con que el corazon halagas;
Son, señora, tus canciones
Como el cantar de las magas.
  ¡Oh! tú cantaste quizá
Bajo otro sol que perdiste...
De aquellas trovas ¿qué hiciste,
Que tu voz sonando está
Tan apagada y tan triste?
  No tan pura la escuchaba,
Pero más alegre sí,
Cuando el pecho palpitaba,
Cuando era el ánima esclava
De mi amante frenesí!
  Cruzaba entónces el viento
Esa voz blanda y sonora,
Celebrando seductora
El alba de mi contento,
Del amor mio la aurora;
  Que no es acento mortal
El que vibra en tu garganta;
Es de una patria ideal
Recuerdo que se levanta
Del cielo al azul cristal.
  Y en mi dulce adolescencia
Entre los aires la oia,
Y la paz de la inocencia
A mi amorosa demencia
Dulcísima prometia.
  Cantaban los ruiseñores
A la antorcha de la luna

Mi pasion y sus amores,
Como en perfumada cuna
Del almendro entre las flores.
Y entónces la voz callaba
Y los dejaba trinar,
Y solamente cantaba
De la aurora al despertar,
Y sus trovas eclipsaba.
Talisman de la ventura
Era la voz para mí,
Y esperanzas y hermosura,
Y músicas y ternura
Con sus encantos perdí.

Calló la voz, huyeron mis amores,
Pálida y turbia amaneció la aurora;
Y lámpara fué el sol de mis dolores,
Que en luz del duelo el porvenir colora.
Yo de mi patria abandoné los montes
Por esa soledad que llaman mundo,
Y la luz de los nuevos horizontes
No iluminaba mi dolor profundo.
Que un recuerdo dulcísimo moraba
Como un astro de paz en la memoria,
Y yo la voz en mi ilusion buscaba,
Que sonó al par de mi amorosa gloria.
Por fin la ví como en un tiempo hermosa,
Como en un tiempo delicada y pura,
Mas triste como estrella nebulosa,
Como un eco lejano de ternura.
Y era tu voz, señora, que poblaba,
Un teatro de célica armonía,
Y era tu voz que á un pueblo sojuzgaba,
De todo un pueblo el corazon heria.
Tanta luz y esplendor, tantos colores,
Músicas, y perfumes y mujeres,
Ricas en esperanza y en amores,
Bellas como son bellos los placeres;

Nada miró mi mente embebecida
De tanta hermosa aparicion de gloria,
Que recordaba entónces dolorida
Las auroras brillantes de mi historia.
Volví á soñar su luna y sus estrellas,
Volví á soñar el cándido amor mio,
Y de mi patria las praderas bellas,
Y el manso murmurar del claro rio.
Pero tu voz sonaba misteriosa,
Apagada, tristísima y doliente,
Y extendia una nube tenebrosa
Sobre el ensueño mágico y luciente.
¿Qué se hicieron tus encantos de alegría,
Ángel ó fada ó pájaro dichoso?
¿Qué fué tu abandonada melodía,
De tu esperanza el porvenir vistoso?
Di: cuando yo perdí mi amor primero,
¿Perdiste tú la libertad y calma,
Tu asilo venturoso y placentero
De los desiertos en la verde palma?
Tus alas de encendida mariposa
Con que cruzabas el sereno ambiente,
¿Huyeron con la nube luminosa
Que de mi amada coronó la frente?
Tú cantas una patria que perdiste,
Y yo un amor lamento que he perdido:
De mi laud el ébano es tan triste
Como tu melancólico gemido.
Que yo soy el cantor de las ruinas,
Cantor de las memorias de dulzura;
Tú mis pasadas glorias iluminas,
Espiritu de plácida tristura.
Y en ti contemplo el ángel desterrado
Que el amor celebró del ángel mio,
Y en el trágico fin ha suspirado
De mi crédulo y tierno desvarío.
Ya que pasas errante por el suelo,
Cántanos los misterios de las nubes,

Y las venturas del perdido cielo,
Y el purísimo amor de los querubes.
Canta, señora, en la enlutada tierra,
Y cura los partidos corazones:
Tú no sabes el bálsamo que encierra
El eco de tus lánguidas canciones.
¡Oh! para acompañar su voz divina
Desenterrad el arpa de Osian:
Bardos, al pié de solitaria encina
De ciprés coronadla y arrayan.
Y allí la escuchará mi mente inquieta
En su cantar de gozo y de dolor:
Ronco está mi laud... ¡ay del poeta
Que no acompaña al ángel del Señor!

Á BLANCA.

Dulcísima niña de labios de rosa,
De frente serena, de blando mirar,
Tan pura y lozana, tan fresca y hermosa,
Galana en tu talle, galana en tu andar;
Tus húmedos ojos rasgados y claros
Brotar esperanzas y vida se ven,
Que son tus dolores mentidos ó raros,
Y vuela un espíritu en torno á tu sien.
Espíritu hermoso de dulces caricias,
Espíritu hermoso de glorias y amor,
Que blandas sacuden sus alas delicias
Con vaga armonía y etereö rumor.
Que es, Blanca, tu hermano el espíritu suave
Que inunda tu alma de luz y placer:
Si él tiene las alas y el canto del ave,
Tú tienes el alma de niña y mujer.
El alma de niña bellísima y pura
Que cándida vuela de rosa en jazmin;

El alma que en jóven mujer se figura
Flotar entre nubes de grana y carmin.
¿Qué es, dime, la vida delante tus ojos?
¿Qué son las desdichas que el ánima ve?
Matices del alba cambiantes y rojos,
Ó lánguido arroyo que besa tu pié.
Dulcísima niña que adora mi alma,
¡Oh! siempre los cielos te guarden tu bien,
Tu paz, tu inocencia, tus juegos, tu calma,
Y el ala del ángel que ampara tu sien.
¡Pluguiera á los cielos que siempre pequeña
Mirases los dias cual flores pasar!
¡Pluguiera á los cielos tu boca risueña,
Tus labios carmíneos por siempre guardar!
Si hoy juegas y ries, ¿qué importa mañana?
¿Traeráte otro dia más gloria y placer?
Tan sólo, ángel mio, desdicha temprana,
Perdidos amores de triste mujer.
Hoy juntas las manos y ruegas al cielo
Por hombres que solos y lúgubres van;
Quizá solitaria y oscura en tu duelo
Mañana le pidas consuelo en tu afan.
Tambien, criatura, yo fuí un dia niño
Y tuve inocencia, caricias y amor;
Mas hoy de una madre tan sólo el cariño
Endulza mis noches de insomnio y dolor.
Relámpago leve de tanta ventura,
De tantos ensueños quedó para mí...
¡Dichosa ignorancia, perdida hermosura!
¿Dó fué su celaje de nieve y rubí?

Mas si pasa la edad de la inocencia,
Cual trémulo vapor sobre los mares;
Si entónces sólo es bella la existencia,
Y pueblan sus jardines mil cantares;
¿Para qué amontonar sobre tu frente
Tan lúgubres y oscuras profecías,
Cuando va de tu vida la corriente

El cielo azul pintando de tus dias?
Siéntate en las orillas de los rios,
Y canta, hermosa, tus abriles bellos:
Bajo sus sauces verdes y sombríos
Floten sobre la espalda tus cabellos.
Mira correr sus trasparentes olas
Sin pensar que se arrastran á la muerte,
Y corona tu frente de amapolas
Sobre la roca solitaria y fuerte.
Oye encantada el canto de las aves
Errante en las florestas silenciosas,
Do sonoras, altísimas y graves
Desplómanse cascadas espumosas.
Y piensa en los placeres de la vida,
Porque es la vida para ti un placer,
Y entre las flores yace adormecida
Con los recuerdos plácidos de ayer.
Porque pasa la edad de la inocencia
Cual trémulo vapor sobre los mares,
Y empaña la fogosa adolescencia
La dulce religion de sus altares.

Cuando en tu frente reposa,
Blanca mia,
Mi frente ajada y rugosa,
Tan sombría,
Siento una voz apacible
Y delicada,
Tiernísima y bonancible,
Y apagada,
Que discurre por mi sér
Y lo consuela
Y entre las glorias de ayer
Lánguida vuela.
Porque en la paz de tu frente,
Criatura,
De mi sol veo en oriente
La hermosura;

Y vuelve á mí la esperanza
En la virtud,
Y amor, y fe, y confianza,
Y juventud;
Y vuelven las ilusiones
Que murieron,
Que volcánicas pasiones
Consumieron,
Y en mística confusion
Mis plegarias
Se exhalan del corazon
Solitarias.
¡Perfume de la inocencia
Misterioso,
Rico en amor y en creencia
Y en reposo!
¡Memorias dulces perdidas
De mi infancia,
Pobres flores esparcidas
Sin fragancia!
¡Oh! de esa niña la frente
No dejeis,
Nunca su cándida mente
Abandoneis,
Que cuando el alma perdió
Vuestro matiz,
En las sombras se encontró
Muy infeliz!

Pobre niña de ojos negros
Y de garganta tan pura,
De tan galana figura
Y amoroso corazon,
Guarde el cielo tu ventura
Y tu inocente ilusion.
Y el ángel que con sus alas
Hoy ampara tu cabeza,
Y sendas mil de pureza

Te muestra en la juventud,
Acompañe tu belleza
A la paz del ataud.
Y no conozcas amores
Que queman jóvenes frentes,
Ni más ojos relucientes
Que los de tu serafin,
Ni más flores en las fuentes
Que guirnaldas de jazmin.
¡Ay! cuando tu planta huelle
De juventud el sendero,
Que el alma ve placentero,
Rico de luces y amor,
Tu ángel volará hechicero
Y no verás su dolor.
Y en la noche solamente,
Si lloras tristes amores,
Con sus alas de colores
Tus lágrimas secará,
Y entre perdidos rumores
Melancólico se irá.
Pobre niña de ojos negros
Y de garganta tan pura,
De tan galana figura
Y amoroso corazon,
Guarde el cielo tu ventura,
Tu inocencia y tu ilusion!

Blanca mia, mi amor pasará en breve
Y perderé tus gracias infantiles,
Como pierden su túnica de nieve
Las montañas al sol de los abriles.
Porque se inclina al suelo mi cabeza
En demanda de ignota sepultura,
Y aquí tu vida relumbrante empieza,
Y allí mi vida va á apagarse oscura.
Mira, yo pasaré de entre los hombres
Como pasa la luz de cada dia;

No quedará mi nombre entre sus nombres;
No habrá quien piense en la memoria mia.
Si amas un dia, cándida azucena,
Y de amor lloran tus radiantes ojos,
Ve á arrodillar tu soledad y pena
En la tumba que encierra mis despojos.
Porque yo sé de amores y de luto;
Que yo en mi juventud tambien amé,
Y hiel tan sólo y desabrido fruto
Con mis labios volcánicos gusté.
Y vierte entónces en mi huesa fria
Una lágrima hermosa de dolor,
Que tú fuiste solaz del alma mia,
Y ella te amaba con inmenso amor.

PAZ Y PORVENIR.

Abrid el corazon á la esperanza,
Abridlo al aura de la paz dichosa;
Caiga en astillas la sañuda lanza,
Ceñid las sienes de laurel y rosa.
Ceñidlas y cantad en los jardines
La aurora de la union cándida y pura,
Que ronco son de bélicos clarines
No enturbiará su calma y su ventura.
Porque es dulce á los nobles corazones
Tender las manos y alargar los brazos,
Y estrechar generosos campeones
Con dulce afan y con fraternos lazos.
Porque es bello el honor del vencimiento
Que sin llanto se compra ni mancilla,
Desde el Pirene y su encumbrado asiento
A los tendidos llanos de Castilla.
Ven, musa de las fiestas y alborozo,
Ven por primera vez al arpa mia;

Disipará el torpe dolo
De tiranía arrogante.
¡Ojalá que sus pendones
En el Báltico se miren,
Y entre doradas visiones
Hidalgos pechos suspiren
Al contemplar sus leones!
¡Plegue á Dios que los guerreros
Que nueva patria buscaron
Al pié de tus limoneros,
Y que áun á su pié lloraron
Sus altares y sus fueros;
A su sombra blasonada
Desnuden la limpia espada,
Y otra vez áurea corona
Ciñan en su verde zona
A su patria idolatrada.

Truene el cañon, pero de gozo truene;
Inunde el viento en salvas de alegría,
Y en acordada música resuene
Himno de paz, suavísima armonía.
A nosotros venid, que en lo pasado
Sólo las glorias de la hispana gente
Miraremos con pecho sosegado,
Con secos ojos y serena frente.
Tened la mano ruda en la pelea,
Que al tocar de la nuestra la rudeza,
Un mismo sol de gloria centellea
Sobre nuestra magnánima cabeza.
Mañana, sí, temidos y gloriosos,
Ricos de paz, colmados de ventura,
Los nobles lauros del valor frondosos
Del valiente orlarán la sepultura.
Hoy al placer el corazon se entrega,
Hoy la esperanza sus colores vista,
Porque la gloria palpitando llega
Y el trono excelso de su luz conquista.

Hoy la noche su pompa ha desplegado,
Y en sus campos serenos de zafir
Muestra la luna en círculo encantado
Ornado de esplendor el porvenir.

FRAGMENTO.

....
....
¡Mujer! fueron los dias de mi gloria,
Los dias de mi bella libertad,
Vagos ensueños de oriental historia,
Abril que ya se hundió en la eternidad.
Sólo un recuerdo bello se levanta
Entre tinieblas húmedas y olvido,
Voz solitaria que apacible canta,
Cascada de dulcísimo ruido.
Dia feliz de amor y de ignorancia
En que latió mi vírgen corazon,
Puro como los juegos de la infancia,
Dulce como mi tímida pasion;
Dia que vió un amargo desengaño
Rasgar cual hoja seca el porvenir,
Dia de llanto y de dolor extraño,
Y que aún así no puedo maldecir:
Que tu figura á tan infausto dia
Está mezclada, blanca y celestial,
Espléndida de luz y de alegría,
Aérea, vaporosa y virginal.
Que todavía mis nublados ojos,
Al mirar un desierto abrasador,
Truecan en flores áridos abrojos
Y tejen las guirnaldas del amor.
¡Mujer! ¿Sólo te ví para perderte?
¿Es para ti mentida claridad
Esta pasion que se hundirá en la muerte,

Que verá la confusa eternidad?
¡Oh! morir sin llevar una esperanza,
Abandonar la vida, el aire, el sol,
Los azulados mares en bonanza,
Del occidente el mágico arrebol!
¡Temblar á tu desprecio y á tu olvido,
Como palma que azota el huracan!...
Tal miseria y dolor no has conocido,
Pacífica doncella sin afan.
Angel puro, tu paz y tu contento
No han sucumbido al dardo del dolor
Por más que en alas del nocturno viento
Lleguen á ti los cantos de mi amor.
Mas los ángeles lloran en el cielo
Por el amor que muere sin laurel...
Si ha de pasar el mio sin consuelo,
¡Vierte, hermosa, una lágrima por él!

Á ESPRONCEDA.

¿Y tú tambien, lucero milagroso,
Roto y sin luz bajaste
Del firmamento azul y esplendoroso,
Donde en alas del genio te ensalzaste?
¡Gloria, entusiasmo, juventud, belleza,
De tu gallardo pecho la hidalguía
¿Cómo no defendieron tu cabeza
De la guadaña impía?
¿Cómo, cómo en el alba de la gloria,
En la feliz mañana de la vida,
Cuando radiantes páginas la historia
Con solícita mano preparaba,
Súbito deshojó tormenta brava
Esta flor de los céfiros querida?
. . . .

Águila hermosa que hasta el sol subias.
Que los torrentes de su luz bebias,
Y luego en raudo vuelo
Rastro de luz é inspiracion traias
Al enlutado suelo;
¿Quién llevará las glorias españolas
Por los tendidos ámbitos del mundo?
¿Quién las hambrientas olas
Del olvido y su piélago profundo
Bastará á detener? Tus claros ojos
No lanzan ya celestes resplandores:
Frios yacen tus ínclitos despojos:
Faltó el impulso al corazon y al alma:
En las ramas del sauce de tu tumba
El arpa enmudeció de los amores,
Y de tu noche en el silencio y calma
Trémula y dolorida el aura zumba!

. . . .

¡Y yo te canto, pájaro perdido,
Yo á quien tu amor en sus potentes alas
Sacó de las tinieblas del desierto,
Que ornar quisiste con tus ricas galas,
Que gozó alegre en tu encumbrado nido
De tus cantos divinos el concierto!
¿Qué tengo yo para adornar tu losa?
Flores de soledad, llanto del alma,
Flores ¡ay! sin fragancia deleitosa,
Hiedra que sube oscura y silenciosa
Por el gallardo tronco de la palma.
¡Oh, mi Espronceda! ¡oh generosa sombra!
¿Por qué mi voz se anuda en mi garganta
Cuando el labio te nombra?
¿Por qué cuando tu planta
Campos huella de luz y de alegría,
Y tornas á la patria que perdiste,
Torna doliente á la memoria mia,
A mi memoria triste,
De tu voz la suavísima armonia?

¡Ay! si el velo cayera
Con que cubre el dolor mis yertos ojos,
Ménos triste de ti me despidiera:
Blanca luz templaria mis enojos
Cuando siguiese tu sereno vuelo
Hasta el confin del azulado cielo.
¡Adios, adios! la angélica morada
De par en par sus puertas rutilantes
Te ofrece, sombra amada;
Vé á gozar extasiada
La gloria inmaculada
De Calderon, de Lope y de Cervantes.

ÍNDICE.

PÁGINAS



